HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCÍA.

VI.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCÍA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO VI.

EDUARDO PERIÉ.
SEVILLA.
Plaza de Santo Tomás, 13.

FÉLIX PERIÉ.
MADRID.
Calle de San Andrés 1, dup. 3.º

1871.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

HISTORIA GENERAL

DE ANDALUCÍA.

I.

Colon.

Hemos llegado á la época memorable en que cayó por tierra el edificio de la antigua geografía, y en la que España tomando la iniciativa y abriendo otros caminos á Europa, puso los cimientos de la nueva geografía, destruyó las barreras que los errores y las preocupaciones habian levantado y ensanchó estraordinariamente los horizontes de la ciencia: «El vasto conjunto del globo, á pesar de algunas sombras parciales, se halla, al fin, abierto á las miradas de la ciencia.»

Ya no es solo la luz de las estrellas la que ha de guiar al navegante fenicio para atravesar el Mediterráneo y descubrir el Océano; ni solo el afan de lucro del cartajinés la base del sistema colonial; ni son tampoco las especulaciones de

Eratóstenes, Estrabon, Plinio y Ptolomeo, los fundamentos de la teoría general de la ciencia geográfica en su expresion matemática, física y política: nó; es la brújula y el astrolabio aplicado á la navegacion por los españoles, es Colon, que con su auxilio nos vá á dar un *Nuevo Mundo*; es el génio, es la ciencia de este hombre estraordinario que con la luz de aquellos instrumentos náuticos, vá á trasformar completamente el mundo antiguo científico, político y comercialmente considerado, y á cambiar en todas sus fases la forma y la marcha del comercio, trasladándolo de la tierra á la mar; es, en fin, el oro de Méjico y del Perú traido á Europa por los españoles, que creando una nueva aristocracia mas útil para el progreso de la humanidad y engrandecimiento de las naciones que la que desapareció en los campos de batalla y en las discusiones de las Cortes y Parlamentos, creó con ella esa poderosa palanca de los pueblos modernos, que se llama el *crédito*, que ha producido la industria, que dió desde luego un vigoroso impulso á las ciencias, á las letras y á las bellas artes, que estimuló aquellas invenciones y descubrimientos sublimes de que con justicia se envanecen los siglos XV y XVI, y que operó la mayor revolucion que aconteciera en el mundo desde la predicacion del Evanjelio de Cristo.

En esta grande trasformacion social como en todas cuantas la precedieron, Andalucía fué llamada por la Providencia á desempeñar un pa-

pel importante en ella; tan importante, que si bien estuvo muy lejos de dirijirla, que estos grandes trabajos se los reserva el Supremo Hacedor, al menos fué la rejion que aprontó los primeros materiales para dar comienzo á la obra; y tomó en ella una parte tan activa, que sin su concurso, sin su eficaz auxilio es posible que se hubiera dilatado por un espacio incalculable de años, el gran dia que vió una nave europea surcar las olas del grande Océano occidental.

Puede afirmarse que la era de los descubrimientos modernos tuvo principio poco antes de esta época, es decir, de los tiempos de Colon, y que solo las costas atlánticas del Africa fueron entonces el teatro de las empresas marítimas.

Del mismo modo, es evidente, que en el siglo XV los mas esclarecidos injánios buscaban en todas direcciones las dispersas luces de la geografía, reinando entre los sábios la mas crasa ignorancia respecto á las rejiones Occidentales del Atlántico, que dos marinos, uno genovés y otro español, aquel con su génio y su perseverancia y este con su fé y su generoso valor, veian reflejarse en su alma como en un espejo; y esto cuando todavía los europeos solo navegaban en el Báltico, en el mar Negro, en el Mediterráneo, y por las costas atlánticas del Africa, conociendo solamente de nombre el Océano Oriental.

Sin embargo; los italianos venían monopolizando desde mucho tiempo atrás el opulento comercio del Asia, recibiendo en sus magníficos es-

tablecimientos mercantiles en Constantinopla y en el mar Negro, los ricos productos de las islas de las especias, situadas cerca del Ecuador, y las piedras preciosas, sedas, perfumes y otros artículos de comodidad y lujo, asi ejipcianos como asiáticos que distribuian por toda Europa. Las repúblicas de Venecia y Génova se habian elevado por medio de este monopolio á un grado fabuloso de opulencia comercial y de importancia política, y llenaban sus traficantes todos los mercados de Europa, con los ricos productos de la India que recibian por el golfo Pérsico, el Eufrates, el Indo y el Oxo, el mar Caspio y el Mediterráneo, monopolizando, repetimos, este comercio y encareciendo el precio de los artículos en la medida de un desmedido afan por acrecentar rápidamente sus colosales fortunas.

El poder y la opulencia que por medio de este comercio alcanzaban las ciudades de Italia, era mirado con manifiesta envidia en todos los demas paises y sobre todo en Castilla y Portugal, que estaban muy lejos de quédarse atrás en la carrera de las expediciones marítimas.

Es sabido que desde la mas remota antigüedad, por efecto de su situacion nada favorable para el comercio exterior terrestres, y á resultas del carácter que la imprimieron las diferentes razas estranjeras que se establecieron en su suelo; Andalucía, bañadas sus estensas costas por dos mares, se hizo notar en el mundo antiguo comercial por su espíritu marítimo y por

sus progresos en la ciencia de la navegacion; siendo sus naturales, los primeros europeos que se atrevieron á cruzar el Océano Atlántico desde el *fretum Gaditanum* hasta el *fretum Gallicum.*

En efecto; la historia conserva el precioso recuerdo de dos importantes expediciones marítimas emprendidas por los años 360 antes de J. C., por dos almirantes cartajineses que salieron en viaje de descubrimiento con bajeles *construidos en Cádiz*, el uno dirijiéndose hácia el norte para reconocer las costas de la Europa occidental y setentrional, y el otro hácia el sur, bojando las de Africa no exploradas hasta entonces. Los periplos de Hanon é Himilcon, han quedado como dos inapreciables monumentos de la geografía de los antiguos. Del primero se conserva una traduccion griega, incompleta, y del segundo solo algunos fragmentos, habiéndose perdido los orijinales como se perdieron todos los libros escritos en lengua púnica.

Pues bien, diremos, haciendo caso omiso del periplo de Hanon, cuya gloria es toda cartajinesa, que en los fragmentos del de Himilcon, leemos con sorpresa y lejítimo orgullo, que *las expediciones comerciales de los* TARTESIOS *iban* en lo ANTIGUO *hasta las Estrimnides;* y que el pueblo de Cartago y de sus colonias en derredor de las columnas de Hércules, navegaba *tambien* por aquel mar.... Es decir, que cuatro siglos, por lo menos, antes de J. C. los habitantes de las ori-

llas del Guadalquivir, hacian expediciones navales de mas de cuatrocientas leguas marinas, esto es, desde el estrecho de Gibraltar hasta las costas de Albion ó de la Gran Bretaña, donde iban en busca del estaño, metal entonces precioso, y que todavia en nuestros dias producen las minas de Cornouailla.

Posteriormente, durante las largas dominaciones de los Romanos, de los Arabes y de los Moros, los marinos de las costas de Andalucía se granjearon fama de prácticos y atrevidos navegantes, y sus puertos principalmente los de Cádiz, Málaga y Almería, fueron reputados como grandes mercados del Mediterráneo, y como emporios de riqueza comercial. Mas adelante, en el reinado de D. Enrique III (1404) y en el de los Reyes Católicos (1478) algunos aventureros andaluces procedentes de Sevilla, se apoderaron de cuatro islas del grupo de las Canarias, que quedaron al fin, bajo el dominio de la Corona, habiendo enviado los Reyes, en 1495, una armada considerable que se apoderó de Palma y Tenerife.

Desde el comienzo de su reinado Fernando é Isabel mostraron la mas viva solicitud por los adelantos del comercio, sobre todo el marítimo, al cual consagraron sus desvelos. Ya en su tiempo y aun en el de sus predecesores, los puertos de Andalucía habian mantenido un tráfico considerable con la costa occidental del Africa, desde la cual se importaban á Sevilla ricos cargamen-

tos de esclavos, polvo de oro é infinidad de artículos y artefactos de lujo que compraba la opulenta nobleza castellana. Tan importante comercio, manantial fecundo de riqueza para los traficantes y marinos andaluces, lo fué tambien de contiendas entre las coronas de Castilla y de Portugal y entre los súbditos de ambas monarquías, acerca de sus respectivos derechos de comercio y descubrimiento en las costas africanas. Duró el conflicto hasta 1479, en el que, á virtud del tratado que puso término á la guerra de sucesion, quedó estipulado entre las dos coronas, que el tráfico y descubrimiento en la costa occidental del Africa se reservaría exclusivamente á los portugueses, los cuales renunciarian en favor de Castilla todas sus pretensiones sobre las islas Canarias.

«Los españoles, dice, un respetable historiador extranjero, excluidos de todo ulterior progreso hácia el mediodia, solo tenian abierto el camino para sus marítimas aventuras por medio del grande Océano occidental; afortunadamente en tales momentos, se presentó en medio de ellos un hombre dotado de suficiente génio y capacidad para estimularlos en tan jigantesca empresa y llevarla á pronto y glorioso término.»

Este hombre estraordinario era el genovés Cristóbal Colon, quien á la edad de catorce años comenzó la ruda vida del marino, á la que estuvo consagrado con cortos intérvalos hasta la edad de treinta, en cuya época arribó á Portu-

gal, donde por aquel entonces, acudían los aventureros de todos los países, como centro reconocido de donde partían todas las empresas marítimas. Allí se casó y continuó viajando por mar y ocupándose cuando estaba en tierra en la redaccion y trazado de mapas y cartas geográficas, sirviéndole mucho para estos trabajos los apuntes que habia dejado á su muerte un célebre marino portugués pariente de su mujer. Provisto de toda la ciencia náutica de su época é instruido con una larga práctica, la intelijencia apasionada y reflexiva de Colon, se entregó naturalmente á profundas meditaciones acerca de la existencia de grandes tierras del otro lado de las aguas occidentales, y concibió la posibilidad de ir via recta á las costas orientales del Asia, cuyas maravillosas rejiones de Cipango y Cathay, estaban descritas con tan brillantes colores en las narraciones del inglés Juan de Mandeville, del veneciano Marco Polo y del rabí Benjamin ben Jonah, de Tudela, célebre judío español, que salió de Zaragoza en 1178 para visitar á sus correligionarios donde quiera que estuviesen sobre la faz de la tierra.

Convencido de la exactitud de sus cálculos, Colon presentó la teoría en que se apoyaba para hallar un camino occidental hácia la India, al rey de Portugal D. Juan II, monarca apasionadísimo por los descubrimientos marítimos, quien consultó la proposicion del ilustre genovés, con un consejo de prelados y personas doctas del reino.

El dictámen del consejo fué contrario al proyecto; sin embargo de lo cual, urdióse en Lisboa una inícua trama para aprovecharse clandestinamente de las noticias que suministrara Colon.

Indignado justamente con tan infame atentado, y habiendo muerto hacía algun tiempo su mujer, único lazo que le unía á Portugal, Colon se resolvió á abandonar un país donde habia sido tratado con tan insigne mala fé, y determinó buscar patrocinio en otra parte.

En el año de 1484 salió secretamente de Lisboa llevando consigo á su hijo Diego, y pasó á Génova y Venecia, cuyos gobiernos recibieron con desprecio las proposiciones que les hizo, pidiéndoles auxilios para acometer su empresa.

Profundamente afligido pero no desalentado, que el verdadero génio nunca se desalienta, Colon se propuso llevar su proyecto hasta las gradas del trono de los Reyes de Castilla, cuya fama de sábios y emprendedores corría por todos los pueblos de Europa.

La llegada á España de aquel que tanto debia engrandecerla con sus descubrimientos, es uno de los sucesos mas instructivo y melancólico de la vida de aquel grande hombre, y una de las pájinas mas brillantes de la historia de Andalucía. Porque, lo decimos muy alto, toda la gloria del descubrimiento de América pertenece, despues de Colon, á TRES ANDALUCES: un fraile, un médico y un marino, personajes oscuros y desconocidos re-

sidentes en el pequeño puerto de Palos de Moguer en Andalucía.

Sin fray Juan Perez de Marchena, sin el físico García Fernandez y sin el marino Martin Alonso Pinzon, no sabemos cuantos años, cuantos siglos hubieran tardado las naves europeas en descubrir un rumbo mas corto, y mas directo, para dirijirse via recta al Occidente á través del mar Atlántico; pero sí podemos afirmar que á beneficio de los auxilios y de las gestiones de aquellos tres hombres, cuyos nombres no debieran separarse nunca del de Colon, el ilustre genovés salió en la mañana del dia 3 de Agosto de 1492, del pequeño puerto de Palos, y se lanzó radiante de alegría en aquel inmenso piélago, sobre cuyas olas no hay memoria que desde la creacion del mundo se diera al viento, hasta entonces, vela alguna. Pero no anticipemos los sucesos.

La primera huella que se encuentra de Colon en España, dice Washigton Irving, historiador de la vida y viajes de Cristóbal, está en la declaracion hecha algunos años despues de la muerte del almirante, por García Fernandez, médico del puerto de Palos de Moguer. Segun testimonio del físico, llegó un dia á las puertas del antiguo convento de frailes franciscos, de la advocacion de Santa María de la Rábida, situado á una media legua de Moguer, un extranjero pobremente vestido que caminaba á pié, acompañado de un niño, para quien pidió al portero un

poco de pan y agua para apagar el hambre y la sed que devoraban á aquella inocente criatura. En tanto tomaban aquel humilde refrijerio, el guardian del convento, fray Juan Perez de Marchena, pasó casualmeute por allí, y notando el aspecto del extranjero, llegóse á él, entabló conversacion y le hizo referir las particularidades de su vida. Este extranjero era Colon, y el niño, su hijo Diego. No aparece de donde venía, pero sí se sabe que iba á la inmediata ciudad de Huelva en busca de un cuñado suyo.

El guardian hombre instruido y de escelente corazon, se interesó mucho por aquel extranjero, cuya ciencia y levantados pensamientos admiró á fuer de hombre docto é ilustrado. Detúvole como huésped en el convento, y poco confiado en su propio saber, mandó llamar al médico García Fernandez quien desde luego participó de la admiracion del guardian para aquel extranjero. Menudearon las entrevistas y discusiones en el convento; tomaron parte en ellas algunos marineros veteranos del puerto de Palos, y Colon encontró, con no poca sorpresa suya, en aquel pobre y silencioso retiro un auditorio humilde, sí; pero mas intelijente é ilustrado que el que en vano habia buscado entre los sábios y los filósofos de la corte de Portugal y de las Señorías de Génova y de Venecia.

Convencido fray Juan Perez de Marchena de la exactitud de los cálculos de Colon y de la posibilidad de realizar la jigantesca empresa que

meditaba, aconsejóle que hiciera proposiciones á los Reyes, y le ofreció una buena recomendacion para Fray Fernando de Talavera, prior del monasterio del Prado, confesor de la reina, hombre que gozaba la confianza real y cuyo voto era de gran peso en los negocios del Estado. Asintió Colon á lo propuesto por el generoso Guardian, y provisto de la recomendacion ofrecida salió lleno de alborozo del convento de la Rábida y marchó á la corte dejando al buen relijioso su hijo que debía ser educado y mantenido en el convento.

Llegó á principios de 1486 á Córdoba donde á la sazon residía la corte; pero con tan mala fortuna que ni aun pudo obtener la audiencia que solicitó de los Reyes. Fr. Fernando de Talavera, hombre de irreprensible conducta y de generoso corazon, docto ademas, pero como lo eran la mayor parte de los sábios de su época y de su clase, es decir, poseyendo un saber mezclado de pedantería, de supersticion y de ciega fé en las preocupaciones y errores de la antigüedad, desatendió la recomendacion de fray Perez de Marchena, y miró como extravagante é imposible de realizar el grandioso proyecto que le presentó Colon. Además la pobreza del atrevido navegante y lo desconocido de su nombre en la corte de los Reyes, que contrastaba con la magnificencia de sus especulaciones, hizo que todos le considerasen como visionario, ó como aventurero que pretendía esplotar la buena fé y la generosidad castellana.

Por otra parte, la época de la llegada de Colon á España era la menos favorable para el logro de sus pretensiones. La guerra de Granada estaba en plena actividad y preocupaba esclusivamente la atencion de todo el mundo: la Córte era un campo militar que no cesaba de marchar de un punto al otro, segun las exigencias del momento; los recursos todos de la nacion se empleaban en tan gloriosa empresa, y los Reyes constantemente acampados ó viajando tenian muy poco espacio para entregarse al cuidado de fomentar lejanos y dudosos descubrimientos marítimos, cuando el poco de que podian disponer apenas si alcanzaba para atender al gobierno interior de sus vastos Estados.

Sin embargo, Fernando é Isabel, reyes los mas ilustrados, políticos y amantes de sus pueblos en aquella época, lejos de desahuciar á Colon, cuyo gran carácter supieron apreciar, así como los fundamentos científicos y prácticos de sus deslumbrantes teorías, resolvieron oir la opinion de los hombres mas doctos en cosmografía y geografía del reino antes de tomar una resolucion definitiva. Al efecto reunióse el célebre Consejo de Salamanca, ante el cual Colon espuso las bases de su teoría; mas fué tanta la indolencia, tantas las preocupaciones y tan numerosos y multiplicados los obstáculos que la erudita asamblea opuso á las pretensiones de aquel extranjero pobre y desconocido, que se pasaron algunos años antes de que se pronunciara un dictámen formal. Durante

todo este tiempo Colon siguió á la Córte en sus espediciones militares, guerreando unas veces contra los granadinos y otras librando su subsistencia en el trabajo de su inteligencia y de su habilidad en la formacion de mapas y cartas geográficas, recibiendo entre tanto inequívocas pruebas de afecto de los Reyes, segun lo demuestran las repetidas sumas de dinero que de su órden le fueron entregadas para atender á sus gastos particulares, y las instrucciones que se comunicaron á varias ciudades de Andalucía para que le diesen alojamiento y demas asistencias personales.

Hasta el invierno de 1491 no pudo obtener Colon la respuesta definitiva á sus proposiciones, y entonces se le dijo que el dictámen de la docta corporacion de Salamanca, declaraba que su plan era *quimérico, impracticable, y que no convenia á tan grandes príncipes tomar parte en semejantes empresas, y de tan poco fundamento.* Hubo, sin embargo, muchos indivíduos del Consejo bastante ilustrados para no adherirse al dictámen de la mayoría, y ademas no pocos personajes de los mas importantes de la Córte, que impresionados por la grandeza de las miras de Colon, y convencidos por la eficacia de sus argumentos abrazaron con calor su causa y le dispensaron su mas cordial amistad. Cítanse entre otros al gran cardenal Mendoza, hombre de vasta capacidad, y á fray Diego Deza, arzobispo de Sevilla y tutor del príncipe D. Juan. Fray Fernando de Talavera fué el encargado por los Reyes de co-

municar á Colon el acuerdo del Consejo, y de significarle al mismo tiempo *que una vez concluida la guerra de Granada, los soberanos tendrian espacio y voluntad para tratar con él acerca de sus ofertas.* Colon consideró estas indicaciones como una manera atenta de librarse de sus importunidades, y perdida toda esperanza de ser patrocinado por los Reyes se despidió para salir de Andalucía.

Sin embargo, ligábanle á este hermoso país lazos demasiado estrechos, lazos de amor y de gratitud que habian echado raices harto profundas en su corazon, para que se resolviera á romperlos de una vez y para siempre sin apurar antes cuantos recursos, cuantos medios ocurrieran á su ardiente imajinacion para intentar su colosal empresa.

Habia en Andalucía poderosos magnates que mas bien que vasallos de la corona parecian soberanos; tal era la estension de sus Estados, tanta su riqueza y tan numerosa de la gente de guerra que armaban, pagaban y equipagaban para su servicio. Entre estos se contaban los duques de Medina-Sidonia y Medinaceli, cuyos señoríos se estendian por la costa del mar, donde poseian ecxelentes puertos y numerosas naves. A ellos, pues, se dirijió Colon como á las dos últimas áncoras de su esperanza. Primero al magnífico duque de Medina-Sidonia, quien le acojió con distincion y benevolencia. Tentaron al duque por algun tiempo los grandiosos ofrecimien-

tos que le hizo Colon. Empero la misma magnitud de la empresa le arredró en términos que acabó por deshecharla, segun afirma el historiador Gomerà, y nosotros demostraremos cuando volvamos á ocuparnos de este suceso en la historia particular de Medina-Sidonia y de la ilustre casa de este apellido.

Acercóse entonces Colon al duque de Medinaceli que le acojió con generosa hospitalidad. Entabladas las negociaciones entre el opulento magnate y el ilustre marino, caminaron desde luego con visos de tan buen suceso, que en una ocasion estuvo ya resuelto el Duque á confiarle tres de sus buques, que mandara aparejar para el gran viaje de descubrimiento. Pero al acometer la empresa asaltóle la idea de que pudiera causar enojos á los Reyes, considerándola demasiado grande para un súbdito, por mas que este fuera el que en el sitio de Málaga se presentó voluntariamente á los Reyes con un crecido ejército, 20,000 doblas de oro y 100 bajeles, unos armados para la guerra, y otros llenos de provisiones sacadas de sus dominios.

Estos dos últimos y crueles desengaños obligaron á Colon á renunciar á todas sus esperanzas en España; y con el alma lacerada y el corazon llorando gotas de sangre se dispuso para dar el postrer adios á un país que tantos atractivos tuvo para él, y á marchar á Francia en solicitud del patrocinio del Rey, de quien habia recibido una carta favorable durante su estancia en An-

dalucía. Esta confianza y la que abrigaba de ser atendido en Inglaterra, con cuyo soberano Enrique VII, habia mantenido correspondencia en 1489, acaso le salvaron de los estremos de la desesperacion. Mas antes de ponerse en camino quiso despedirse de su buen amigo el guardian de la Rábida, así como llevarse en su compañía á su hijo Diego, que continuaba educándose en aquel convento, y al efecto marchó allá.

Pero escrito estaba que la gloria del acometimiento de tan jigantesca empresa fuese toda de Colon y de los hijos de Andalucía.

FIGUERAS

II.

Descubrimiento de América.
1492.

Fray Juan Perez de Marchena recibió á Colon como á un amigo entrañable, por cuya suerte se habia interesado dia por dia durante muchos años; mas su júbilo se trocó en hondo pesar al saber que el ilustre navegante venia á despedirse de él con ánimo de abandonar á España, donde creia muertas para siempre sus esperanzas de hallar auxilios para intentar la empresa que meditaba.

El sábio y generoso sacerdote llamó inmediatamente á su amigo el médico García Fernandez y á «Martin Alonso Pinzon, jefe de una familia de ricos navegantes de Palos, célebre por su experiencia práctica y osadas expediciones marítimas,» y oyendo de boca de aquellos dos consejeros, teórico el uno y práctico, el otro la confirmacion

del favorable juicio que le habian merecido los proyectos del genovés, rogó á éste que demorase su viaje hasta recibir contestacion á una carta que se proponia escribir á la Reina, de quien habia sido confesor. Accedió Colon sin dificultad, tanto porque sentia abandonar un país que se habia acostumbrado á mirar como el suyo, cuanto porque temia exponerse á sufrir en otras Córtes las mismas mortificaciones que habia experimentado en España y en Portugal.

Aquel *pequeño consejo* compuesto de un fraile, un médico y un marino andaluces, mas grande, sin embargo, mas memorable y *mas olvidado* que el *gran Consejo de Salamanca*, compuesto de todas las eminencias científicas, literarias y teolójicas de España, no solo comprendió y confesó la esactitud de los cálculos del inmortal navegante y se adhirió con entusiasmo á sus propósitos, sino que cada uno de sus miembros se ofreció á servirle con cuantos medios morales y materiales tenia á su disposicion: Garcia Fernandez haciendo propaganda; fray Juan Perez yendo á defender en persona la causa de Colon en la Córte de los Reyes, y Martin Alonso Pinzon ofreciéndose á entrar con *bolsa* y *persona* en la empresa y á costear los gastos de Colon en una nueva solicitud á los Reyes.

Esto acordado, el consejo buscó un *embajador* á quien confiar la importante mision de poner la carta del guardian en manos de la Reina, y elijió al efecto á un tal Sebastian Rodriguez, *piloto* de

Lepe, hombre experto y muy considerado en aquella vecindad marítima.

Parece que la Providencia tiene empeño en humillar el orgullo de la ciencia, confiando siempre á los humildes la ejecucion de sus grandes decretos.

El honrado piloto desempeñó tan fiel y venturosamente su embajada, que á los catorce dias estaba de vuelta en el convento, trayendo la contestacion de la Reina, quien daba las gracias al guardian por su buen celo, le mandaba presentarse inmediatamente en la córte, y le encargaba dijese á Colon que permaneciese en la Rábida hasta recibir nuevas órdenes. No hay palabras con que describir la alegría que se apoderó de los vocales del *pequeño congreso* al recibir tan fáustas nuevas. El generoso fray Juan Perez mandó ensillar en el acto su mula, y á eso de la media noche se puso en camino para la Córte.

En pocos dias, cruzando los paises recien conquistados á los moros, llegó á Santa Fé, donde se encontraban los Reyes dirijiendo en persona el cerco de Granada. Inmediatamente fué admitido á la real presencia; y como su carácter de antiguo confesor de la Reina le daba grande libertad de consejo, valióse de esta circunstancia para defender con calor y entusiasmo la teoría de Colon, representar los sólidos fundamentos en que esta se apoyaba, y en enumerar las grandes ventajas que reportarían á la nacion española y la fama de sus Reyes, si el éxito coronaba la gran-

diosa empresa del genovés. La espresiva elocuencia del religioso hubo de impresionar hondamente á la Reina, ya de suyo dispuesta en favor de Colon, y esto unido al apoyo que fray Juan Perez encontró en algunos personajes importantes de la Córte, decidieron el ánimo de la magnánima Isabel para entrar en nuevas negociaciones con el ilustre navegante. En su consecuencia, la Reina pidió que se le hiciese volver á la Córte, y desprendida y generosa, como siempre, mandóle librar 20,000 maravedís en florines para que se comprase una *bestiezuela* y un equipo decente con que viniese á su presencia.

El guardian se apresuró á comunicar al médico García Fernandez el feliz resultado de sus gestiones, y envió el dinero para que lo pusiese en manos de Colon. Este, en cumplimiento de las órdenes que se le comunicaban, cambió sus pobres vestidos por otros mas propios de la Córte, compró una mula y marchó mecido por las mas halagüeñas esperanzas hácia Santa Fé, donde llegó en el momento oportuno para presenciar la rendicion de Granada, y tomar parte en el inmenso júbilo que aquel memorable acontecimiento produjo en toda la cristiandad, triunfantes al fin, despues de cerca de ochocientos años de no interrumpida lucha, de los musulmanes establecidos en el mediodía de Europa.

Colon tuvo una larga entrevista con los Reyes, quienes completamente convencidos de los fundamentos en que se apoyaba la hipótesis del ilus-

tre navegante, le cumplieron su palabra. Destinaron personas de su confianza, dice Yrving, para negociar con él, y entre otras á fray Fernando de Talavera, que por la reciente conquista habia ascendido á arzobispo de Granada. Mas levantáronse desde luego imprevistas dificultades, hijas de las lejítimas exijencias de Colon, que pretendia se le diese la investidura de almirante y virey de los paises que descubriera, con una décima parte de todas las ganancias del comercio ó de la conquista. Las personas á cuyo cargo corria la negociacion se indignaron al oir tales pretensiones, fundándose en que era mucho pedir de parte de un oscuro aventurero que comenzaba por asegurarse los beneficios de la empresa sin exponerse á pérdida alguna en el caso de que saliese fallida. Colon rebatió sus argumentos ofreciéndose á contribuir con la octava parte de los gastos en el supuesto que se le concediera la octava parte de las ganancias.

Continuaron las conferencias sin poder recabar de Colon que modificase sus pretensiones, hasta que el genovés indignado las rompió bruscamente despidiéndose de todos sus amigos resuelto á dirigirse á la Córte de Francia. Al efecto, salió de Santa Fé á principios de Febrero de 1492, y tomó el camino de Córdoba.

Al saber los pocos amigos de Colon su propósito de abandonar definitivamente á España, llenáronse de sentimiento y hablaron á la reina de este asunto con el mas vivo interés. Conmovióse

profundamente la magnanísima Isabel, y se ofreció resueltamente á proteger la empresa, pronunciando aquella memorable frase cuyo recuerdo durará tanto como la memoria del descubrimiento del Nuevo-Mundo: «*Yo tomaré la empresa á cargo de mi corona de Castilla; y si los fondos del erario no fueran suficientes para acudir á sus gastos*, EMPEÑARÉ MIS JOYAS.

En efecto, el erario estaba exhausto á consecuencia de la prolongada guerra de Granada; pero Luis de Santanjel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, hizo presente á S. A. que no tenia para que empeñar sus joyas, porque él estaba pronto á adelantar las sumas necesarias; así lo verificó aprontando 17000 florines del tesoro del rey Fernando, sin que por ello se entendiera que el reino aragonés expusiera nada en la expedicion, cuyas cargas y utilidades todas quedaban exclusivamente reservadas á Castilla. El prudente monarca no olvidó aquel préstamo y sus intereses, puesto que una parte del primer oro traido por Colon de América se empleó en dorar los artesonados del palacio de Zaragoza.

La reina despachó un correo ganando horas que alcanzó á Colon á dos leguas de Granada en el puente de Pinos, para rogarle que volviese á su presencia. Obedeció Colon, temeroso, sin embargo, de no adelantar gran cosa en sus pretensiones.

Los reyes le recibieron en Santa Fé con la mayor benevolencia y distincion, y habiendo llega-

do á un perfecto acuerdo entre los soberanos y el navegante, el dia 17 de Abril de 1492, mandaron aquellos al secretario real, Juan de Coloma, estender los artículos del tratado, cuyo resúmen es el siguiente:

Don Fernando y doña Isabel, como señores del Océano, concedian á Colon durante su vida y á sus herederos y sucesores para siempre, el empleo de almirante de todas las tierras y continentes que pudiese descubrir ó adquirir en el Océano, con honores y prerogativas semejantes á las que gozaba en su distrito el grande almirante de Castilla.

Que seria virey y gobernador de todas las dichas tierras y continentes; con el privilegio de proponer á la corona tres candidatos para el gobierno de cada isla ó provincia uno de los cuales elejiria el soberano.

Se le investia con el derecho esclusivo de jurisdiccion en todos los asuntos mercantiles que ocurriesen en la estension de su almirantazgo.

Por último; que se le concedia la décima parte de todos los productos y ganancias que se obtuviesen por cambio, compra ó conquista, dentro de su almirantazgo, y un octavo mas siempre que él contribuyera en la misma proporcion á los gastos.

Firmadas las capitulaciones por Fernando é Isabel, por mas que la corona de Castilla hubiese de sufragar sola los gastos de la espedicion, señalóse el puerto de Palos de Moguer en Anda-

lucía como el punto para equipar y pertrechar la flotilla de descubrimiento. Esta debia componerse de tres bajeles, dos suministrados por la corona, y uno armado por Colon si lo estimaba conveniente.

Una série de felices casualidades, ó mas bien diremos, un decreto del Supremo Hacedor, dispuso las cosas de manera que Andalucía hubiese de pechar con los riesgos y tambien engalanarse con la gloria de aquella inmortal empresa.

En efecto, prescindiendo de la estancia de la Córte en este país, lo cual obligaba á seguir en él las negociaciones, es evidente que á la solicitud y vivas gestiones, de fray Perez de Marchena, verdadera providencia de Colon en los tiempos de su mayor desnudez y desamparo, á la fé del médico de Palos García Fernandez y al aliento que en ambos infundió el marino andaluz Alonso Pinzon, se debió que la bandera española fuese la primera que ondeara en el Nuevo-Mundo. Empero hay otra circunstancia no menos característica que viene á confirmar la esactitud de nuestro aserto. Aquel pequeño puerto de Palos olvidado del mundo en el estremo Oeste de las costas de Andalucía, encerraba en su seno una comunidad marítima en la cual se contaban algunos de los mas audaces y reputados navegantes andaluces de aquel siglo, que debian por necesidad ser los primeros que comprendieran á Colon, como así sucedió desde el primer mo-

mento que llegó á las puertas del convento de la Rábida mendigando un pedazo de pan para su hijo Diego. Pues bien, por causas que no hemos visto reveladas en ninguna historia, parece que habia sido condenado á servir á la corona por un año con dos carabelas armadas, *y este año fué precisamente aquel en que los reyes firmaron las capitulaciones con Colon.*

En tal virtud y tomando pié de aquella feliz circunstancia que escusaba dilaciones y grandes dificultades materiales que no hubieran podido menos de surjir, dictóse en 30 de Abril una real órden mandando á las autoridades del puerto de Palos, que en cumplimiento del castigo que se habia impuesto á la poblacion, tuviesen listas en el plazo de diez dias las dos carabelas y sus tripulaciones á disposicion del almirante del Océano Don Cristóbal Colon. Expidiéronse al mismo tiempo órdenes á las autoridades de los establecimientos marítimos de Andalucía para que suministrasen todo lo necesario y á precios equitativos para el abastecimiento de los bajeles, declarándose esentos de todo derecho los artículos destinados á aquel fin, y por último, mandáronse suspender los procesos criminales que estuviesen incoados contra las personas ó propiedades de los indivíduos que tomasen parte en la espedicion desde el dia de su embarque hasta dos meses despues de su vuelta á la península.

Cumplidos al fin los deseos de Colon y de sus

pocos, pero leales amigos, despidióse de los reyes y en 12 de mayo salió radiante de alegría para Palos. Dicho se está con cuanto júbilo le recibiria el honrado y generoso guardian de la Rábida, quién sin pérdida de tiempo y en union del médico García Fernandez comenzó á poner en juego toda la influencia que tenia en aquella vecindad para activar la ejecucion de la empresa.

Sin embargo, era esta tan arriesgada y pavorosa por lo desconocida, que los mas audaces y veteranos marinos temblaron ante la perspectiva de aquel misterioso crucero por las inmensas soledades del grande Océano. Así que, á pesar de lo terminante de las soberanas disposiciones y de la activa é incesante gestion del respetable fray Juan Perez de Marchena, las autoridades de Palos, los armadores y marinos hicieron cuanto pudieron para eludir el cumplimiento de la real órden de 30 de Abril. En su vista los reyes espidieron nuevas órdenes en 20 de Junio mandando á las autoridades marítimas de aquella costa de Andalucía que embargasen cualquier buque perteneciente á súbditos españoles, que Colon creyese conveniente, y comisionaron á un oficial de la casa real llamado Juan de Peñalosa, para que saliera á hacer cumplir aquellas órdenes, con el sueldo de 200 maravedises diarios todo el tiempo que durase su comision, cuya suma debian pagarle las autoridades y vecinos de Palos en castigo de su desobediencia.

Mas ni aun esto fué bastante para vencer la resistencia pasiva en los unos y activa en los otros á obedecer lo mandado; y como ademas, Colon carecía de recursos para aprontar la octava parte de los gastos que le correspondian con arreglo á las estipulaciones concertadas con los soberanos, se llegó á temer sériamente que la empresa naufragase definitivamente en el mismo instante en que parecia mas segura su realizacion.

Despues de vencidas felizmente las dificultades con que el proyecto de Colon habia luchado durante tantos años en las córtes, en las asambleas de los sabios y en la pública opinion que le señalaba como á un loco ó visionario, era verdaderamente desconsolador ver que se estrellaba contra el obstáculo mas insignificante ó mas fácil de allanar; y, sin embargo, esto era lo que se anunciaba y lo que acaso hubiera acontecido sin la resolucion de un marino andaluz que quiso librar á su pátria de la vergüenza que la amenazaba.

Martin Alonso Pinzon, el rico armador y atrevido navegante del puerto de Palos, se ofreció con su persona, con su crédito y con su caudal para vencer la última dificultad y llevar á cabo la expedicion. Al efecto, puso en juego la inmensa influencia que tenia en todos los puertos de aquellas cercanías y el prestijio de que gozaba entre los marinos de Palos y de Moguer; se asoció su hermano Vicente Yañez; adelantó fondos

á Colon, aprontó uno de los buques y anunció que tomaria personalmente parte en la empresa. Desde aquel punto y hora quedaron vencidas todas las dificultades; sus parientes y amigos tomando ejemplo de él se comprometieron á embarcarse, y, un mes despues de haberse empeñado en la empresa, los tres buques estaban prontos para dar la vela.

Bastantes años despues en el pleito que se siguió entre la Corona y D. Diego, el hijo de Colon, afirmaron muchos testigos, *que sin la asistencia de Martin Alonso hubiera sido imposible armar la expedicion.*

Los buques eran en número de tres; dos de ellos lijeras barcas llamadas carabelas, no mayores que los barcos costeros ó de rios de nuestros tiempos. Ambos carecian de cubierta y tenian altos castillos de popa y proa para abrigo de la tripulacion; el tercero era mayor, tenia cubierta y estaba expresamente preparado para el viaje de descubrimiento; llamábase *Santa María* y en él arboló su pabellon el almirante. El que le seguía en porte, *La Pinta*, lo mandaba Martin Alonso Pinzon á quien acompañaba en clase de piloto su hermano Francisco Martin, y el último, *La Niña*, que tenia velas latinas, estaba mandado por Vicente Yañez Pinzon. Finalmente, las tripulaciones se componian de otros tres pilotos, un inspector general de la armada, un alguacil mayor, un escribano, un médico, un cirujano, algunos aventureros particulares, cria-

dos y noventa marineros hasta formar un total de ciento veinte personas, á quienes se señaló el sueldo de la marina de guerra, y recibieron cuatro meses de paga adelantada.

Al fin vencidas providencialmente todas las dificultades, el dia 3 de Agosto de 1492, *un viernes antes de la salida del Sol con media hora*, Colon dió la vela saliendo de la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Odiel enfrente de la ciudad de Huelva, y puso la proa al sudoeste, rumbó á las islas Canarias desde donde pensaba navegar vía recta al occidente.

Tres dias despues, esto es, el dia 6 por la mañana la flotilla avistó las islas Canarias. En ellas permaneció hasta el 5 de Setiembre componiendo una averia que habia sufrido la *Pinta* y cambiando el velámen de la *Niña* para que pudiese navegar en conserva cómodamente con los demás buques. Hecho lo cual, Colon salió de la isla de la Gomera; y el loco, el visionario el arrogante aventurero cuyas utopias habian sido rechazadas con irrision por las academias de los sábios y por los prudentes gobiernos de Portugal, Génova y Venecia, y mal recibidas por el de Castilla, tomó el rumbo del Occidente por las desconocidas aguas del Atlántico.

A los sesenta y siete dias de su salida del puerto de Palos, navegando siempre prósperamente, acariciados sin cesar por vientos favorables y brisas frescas, y deslizándose suave pero

rápidamente sobre las ondas de aquel inmenso mar cuyo sosiego recordaba á cada paso á los navegantes *la tranquila corriente del Guadalquivir*, siendo las dos de la mañana del dia 12 de Octubre, la voz de ¡Tierra! ¡Tierra! dada por un *marinero andaluz* llamado Rodrigo de Triana, y un cañonazo de la *Pinta* anunció primero á la flotilla y luego al antiguo-mundo, que el mundo de Colon no era un delirio del cerebro enfermo del genovés; y que los verdaderos visionarios le fueron aquellos sábios, aquellos ministros, aquella pretendida aristocracia del saber, de la sangre y del dinero, que negando á Colon, como hacia quince siglos habian negado á Jesucristo, ultrajaron la omnipotencia divina y blasfemaron de la verdadera ciencia.

Al despuntar la aurora de aquel memorable dia, un frenético grito de alegría que partió unísono de los castillos de las tres carabelas saludó la aparicion de una bellísima isla, que cual dilatada floresta cubierta de exuberante vejetacion y bastante poblada segun lo demostraba el número de su habitantes que acudian á la playa donde se detenian absortos en la contemplacion de los bajeles, se ofrecia á la vista de aquellos entusiastas españoles, que pocos dias antes, participando de la general desconfianza con que en Europa fueron mirados los proyectos de Colon, y sobresaltados con los terroríficos fantasmas que se ofrecian á sus imajinaciones habian pensado en arrojarle al mar, y dar la vuelta á Es-

paña diciendo que habia caido él mismo en ocasion de hallarse contemplando las estrellas y signos celestes con sus instrumentos astronómicos.

Ya de dia claro, el almirante mandó armar los botes y él entró en el suyo vestido de escarlata y tremolando en la mano el estandarte real. Los andaluces Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez, su hermano, ocuparon los de su respectivos buques llevando las banderas de la empresa. En esta forma vogaron hácia la isla, en cuya playa saltaron sin que sus habitantes les opusieran la menor resistencia. No bien hubieron desembarcado, arrodilláronse todos sobre la menuda arena, besaron aquella tierra de promision para el mundo antiguo, y dieron gracias al Todopoderoso por la infinita misericordia que habia usado con ellos. Terminada la sencilla y sublime ceremonia relijiosa, levantóse Colon, desnudó la espada, y alzando el estandarte real tomó posesion de la isla en nombre de los Reyes Católicos.

La isla del Nuevo-Mundo donde por primera vez desembarcaron los europeos llamábase por los naturales de ella, *Guanahani*, es una de las Lucayas, ó isla de Bahamá que se estiende al sudoeste y noroeste, desde la costa de Florida á la Española, cubriendo la costa de Cuba. Llamóla Colon *San Salvador*.

El primer instante de su descubrimiento fué señalado por una injusticia, preludio de otra

inmensamente mayor que muy luego habia de cometerse con el ilustre navegante. Es el caso que cuatro horas antes de que el andaluz Rodrigo de Triana descubriese el primero y diera la voz de ¡Tierra! hallándose Colon subido en el castillo de popa de su nave, y siendo como las diez de la noche, creyó ver relumbrar una luz á lo lejos. No atreviéndose á dar entero crédito á sus ojos llamó á Pedro Gutierrez, caballero de la cámara del rey, y le preguntó si veia una luz en aquella direccion; la respuesta del interpelado fué afirmativa; sin embargo, todavía llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, inspector general de la armada, mas al llegar éste ya la luz habia desaparecido. Pues bien; á pesar de esta incertidumbre, á pesar de que aquella señal pudo ser tan falaz como otras muchas que en los dias precedentes habian engañado tantas veces el anhelo de los atribulados navegantes, y á pesar de que segun opinion de personas autorizadas, la luz que creyó ver Colon pudo proceder no de *Guanahani*, sino de la isla de Watlings situada algunas leguas mas al Oriente, el premio de treinta escudos de pension ofrecido por los reyes al primero que descubriese tierra, no fué adjudicado á Rodrigo de Triana que vió realmente el primero la de San Salvador. sino al almirante que habia visto un punto luminoso vagar por el dilatado horizonte.

No muchos años despues, un incomprensible capricho de la fortuna ó la ingratitud de la hu-

manidad cometió la insigne injusticia de despojar á Colon de la gloria de dar su nombre al Nuevo-Mundo, sustituyéndole con el de un aventurero secundario, el florentino Américo Vespucio, que residia en Sevilla y era factor de la casa del rico comerciante Juanoto Berardi, avecindado en esta ciudad, donde contrató con los reyes armar tres diversas flotas, de cuatro bajeles cada una, para el servicio de los paises recien descubiertos. En 1499, Américo Vespucio tomó parte en una expedicion que bajo el mando de Alonso de Ojeda salió para Paria, de donde volvió en Junio de 1500. Un mes próximamente despues de su regreso, Américo escribió una relacion de su viaje, «y en esta, como en todas cuantas memorias escribió de sus diversas espediciones, jamás ni por ningun concepto hace mencion de las otras personas que iban con él, ni se ocupaba mas que de sí mismo.» (Washington Irving.)

Mas ¿qué importa á la imperecedera fama de Colon el no haber dado su nombre al nuevo continente? Cuando sus naves tocaron por vez primera, *acaso desde la creacion*, la tierra del hemisferio Occidental, el problema quedó resuelto y descubierto el Nuevo-Mundo. El mundo se completó; y la nueva vida en que se le vió entrar determinó comercial, marítima y geográficamente la vida que vive actualmente.

III.

GONZALO DE CÓRDOBA.

No es posible detenerse en una historia general, y menos si es referente á una sola rejion, á presentar las diferentes fases y los pormenores de aquellos memorables acontecimientos que trasforman ó modifican las naciones y la sociedad. El descubrimiento de América tiene sus historias particulares, á ellas, pues, remitimos aquellos de nuestros lectores que deseen mas ámplios detalles del suceso. En cuanto á nosotros, dada la naturaleza de nuestro trabajo, no nos es posible hacer otra cosa sino consignar el hecho y reivindicar para Andalucía el derecho, la inmensa participacion que tiene en la gloria de aquella inmortal empresa, toda vez que el guardian de un convento y el médico de un pequeño puerto de Andalucía, así como los marinos andaluces,

los Pinzones y la mayor parte de los habitantes de la comunidad marítima de Palos de Moguer, tomaron parte y se embarcaron en la expedicion arriesgando vida y hacienda; haciéndose en tal virtud, acreedores á la gratitud del mundo, que no podrá menos de reconocer, que á su auxilio y generosa conducta se debió el cumplimiento de las órdenes de los Reyes, y que la Europa saludara alborozada aquel mismo año las playas de la hasta entonces ignorada *América*.

Dejemos, pues, á Colon guiado por la luz de su génio y por los cálculos de la ciencia, cruzar con sus tres frájiles y pequeñas embarcaciones y con sus intrépidos marinos andaluces entre las deliciosas islas de Bahamá, descubrir y costear la de Cuba; tomar puerto en 6 de diciembre al extremo occidental de la de Haytí y reconocerla durante muchos dias, dándole al fin el nombre de *Española* por conceptuarla semejante á la mas bella provincia de España; naufragar en aquellas costas; salir de ellas para España; sufrir en su viaje de vuelta quince dias de violentas tempestades; esperimentar la perfidia de los portugueses en las Azores; llegar en 4 de marzo de 1493 á Lisboa, cuyo rey D. Juan II le prodigó las mas honrosas distinciones; entrar triunfante el dia 15 del mismo mes en el pequeño puerto de Palos, cuyo vecindario entusiasmado le recibió con repique general de campanas y le acompañó en solemne procesion á la iglesia, para dar gracias al Todo-poderoso por tan maravilloso descubrimien-

to; pasar poco despues á la opulenta y populosa Sevilla, donde el entusiasmo por el almirante rayó en frenesí; y, finalmente, cruzar en triunfo las mas bellas y pobladas provincias de España, para llegar á mediados de Abril á Barcelona, donde los Reyes Fernando é Isabel mandaron hacerle una recepcion solemne, pomposa y magnífica, cual la que Roma en sus buenos tiempos hacía á los grandes conquistadores.

Dejémosle volver á Sevilla en principios de Junio, para activar los preparativos de su segundo viaje de descubrimiento, y por último salir de la bahía de Cádiz al rayar el dia 25 de Setiembre, mandando una flota de diez y siete buques, tres de ellos carracas del porte de cien toneladas cada una, tripulados por los mejores pilotos y marineros andaluces, y conduciendo á su bordo para fundar una colonia, numerosos y hábiles labradores, mineros, artesanos y menestrales.

Dejémosle dar la vela por segunda vez para América, acompañado de las bendiciones de todo el mundo civilizado, que esclamó maravillado al tener noticia del gran descubrimiento, *que aquella era una cosa antes divina que humana.* Dejémosle marchar en el apojeo de su gloria, «honrado por sus reyes, lisonjeado por los grandes é «idolatrado del pueblo, gozando por algun tiempo el aura popular, antes que la emponzoñasen «la envidia y la calumnia con sus contajiosos «miasmas. Sus descubrimientos brillaron en el

«mundo con esplendor tan vivo y súbito, que «deslumbraron á la envidia misma y recibieron «la unánime y universal aclamacion de las jen«tes. ¡Ojálá pudiera la historia, en honor de la «humanidad, cerrar las pájinas de la de Colon «como la novela con la satisfaccion de los deseos «del héroe; y Colon quedaría en el pleno y tran«quilo goce de su merecida fortuna. Pero su his«toria está destinada á dar otro ejemplo, si mas «ejemplos se necesitaran de la inconstancia del «público favor, aun de aquel que se gana con los «mas relevantes servicios. Jamas se adquirió «grandeza alguna con mas incontestables, puros «y exaltados servicios hechos á la humanidad; «jamás tampoco atrajo ninguna sobre la cabeza «del hombre que lejítimamente la poseia mayo«res ni mas terribles tempestades de celos, de en«vidias y de calumnias, ni le envolvió en mas «inmerecidos desastres y tremendas dificulta«des.» (Washington Irving).

En efecto; Colon salió del Puerto de Palos (1492) bajo el concepto de loco, de visionario, y volvió con la aureola de los héroes; salió de Cádiz (1493) casi divinizado, y regresó á España en octubre de 1500, de vuelta de su tercer viaje, con grillos y esposas como el mas vil de los criminales. Andalucía la primera protestó contra tan monstruosa injusticia; Sevilla y Cádiz dieron rienda suelta á su hirviente indignacion que muy luego se propagó por toda la península, hizo ruborizarse á la corte de Granada, llenó de

amargura el corazon de la magnánima Isabel y de remordimientos á Fernando. Los Reyes se apresuraron á darle las mas cumplidas satisfacciones y á tratarle con el mayor favor y distincion. Pero estaba escrito, que el inmortal descubridor del Nuevo-Mundo, recibiría en pago de sus grandes servicios á la humanidad, solo desengaños, injusticias é ingratitudes.

De la misma manera que la naturaleza de nuestro trabajo, nos ha obligado á esbosar rápidamente el grande y maravilloso cuadro del descubrimiento del Nuevo-Mundo, así tambien nos impone el deber de pasar con mayor rapidez todavia sobre el glorioso espectáculo de las guerras de Italia, que simultáneamente con la empresa de América llenaron los últimos años del siglo XV.

En estos dos grandes acontecimientos que trasformaron la fisonomía política y comercial de Europa, en estos dos dramas heróicos que tuvieron por escenario el viejo y el nuevo continente, es decir, Italia y América; Andalucía representó uno de los primeros papeles, dando á Colon marinos y buques que el resto de Europa le negaba, y á los ejércitos españoles é italianos un *capitan*, para quien las naciones mas guerreras y civilizadas exhumaron el título de *Grande*, sepultado hacía muchos siglos entre las ruinas del imperio romano.

Bosquejemos, pues, los sucesos que inmortalizaron los primeros años de la vida militar de

este grande hombre que vió la luz del dia bajo el hermoso cielo andaluz.

En la época que estamos historiando, la península italiana se hallaba dividida en multitud de pequeños Estados, bastante iguales entre sí, para que ninguno se conceptuase con fuerzas suficientes para imponerse á los demás. Eran los principales entre ellos las repúblicas de Venecia y Florencia; los Estados Pontificios cuya silla ocupaba el papa Alejandro VI; el reino de Nápoles cuyo trono estaba rejido por Fernando I hijo ilejítimo de D. Alfonso V, de Aragon, tio de D. Fernando el Católico, y el ducado de Milan gobernado por Ludovico Sforza en nombre de su sobrino Juan Galeazo, menor de edad, á quien queria despojar de sus derechos.

Sospechando Sforza que el rey de Nápoles y la república de Florencia se proponian volver por los lejítimos derechos de Juan Galeazo, negoció con el rey Cárlos VIII de Francia, para que este renovase las antiguas pretensiones de la Casa de Anjou al trono de Nápoles, ofreciéndole ayudarle en la empresa. Aceptó el francés tan lisonjera proposicion y se dispuso sin pérdida de tiempo para emprender la conquista. Al efecto ajustó la paz con Alemania é Inglaterra, potencias con las cuales estaba en guerra, y cedió á Fernando II de Aragon (el Católico) los condados de Rosellon y Cerdana á fin de encontrarse completamente desembarazado de enemigos poderosos para acometer la empresa: este tratado de cesion se

firmó en Barcelona en 19 de enero de 1493.

Hechos públicos los proyectos de Cárlos VIII, el político Fernando, á quien no podia, ciertamente, agradar que se intentase despojar á una rama de su familia de un trono que poseía por lejítimos títulos, ni podia consentir que se estableciese en la vecindad de sus Estados de Sicilia un príncipe rival y poderoso, puso en juego los recursos de su consumada habilidad política para desbaratar los ambiciosos proyectos del francés. Mas este monarca débil de cuerpo y de espíritu, ignorante, audaz y afeminado, desoyó los consejos de la razon y de la prudencia, y en agosto de 1494 cruzó los Alpes al frente de un brillante ejército compuesto de 3,600 hombres de armas, 20,000 infantes franceses y 8,000 suizos mercenarios, é invadió la Italia donde ya ardía la hoguera de la guerra civil.

En tan aflictiva situacion, Alfonso II, que habia sucedido á su padre Fernando I en el trono de Nápoles, y el Papa Alejandro VI que se veía amenazado en Roma por las tropas francesas, reclamaron con instancias el socorro de Fernando el Católico, haciéndole ambos grandes y tentadores ofrecimientos. No los necesitaba el Aragonés, á quien bastaba el temor de ver el reino de Nápoles en poder de Cárlos VIII para obligarle á combatir las pretensiones de su rival. Así que, mandó aparejar en Alicante una armada que capitaneada por el general Galceran de Requesen debia operar en las costas de sus Estados de Sicilia, y

embarcar en ella un cuerpo de ejército al mando de Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Este ilustre capitan que consiguió elevar á la categoría de ciencia, el hasta entonces oficio de la guerra, siendo el primero entre los generales que supo combinar con rara inteligencia las tres armas, infantería, caballería y artillería para decidir el éxito de las batallas, nació en 1453 en Montilla, ciudad importante de Andalucia. Fué hijo del rico-hombre D. Pedro Fernandez de Aguilar, hermano menor del noble D. Alonso de Aguilar, que tan célebre se hizo en las guerras de Granada, y no poseyó mas patrimonio, habiendo recaido por las leyes de sucesion los bienes de la casa en su hermano D. Alonso, que su gran jenio militar y su invencible espada.

En tanto que el monarca español activaba los preparativos de la expedicion de Italia, tejiendo al mismo tiempo la red donde habia de quedar preso el inepto Cárlos VIII, éste se apoderaba en una breve campaña, ó mas bien diremos, dando un rápido paseo militar, del reino de Nápoles, en cuya capital entró triunfante en 22 de febrero de 1495. Sin embargo, poco tiempo gozó el francés de su fácil victoria. El político Fernando se hizo el alma de una poderosa confederacion entre España, las casas de Austria y de Inglaterra, Roma, Milan y Venecia, que se unieron tomando el nombre de *Liga Santa*, para espulsar de Italia á los franceses, cosa que se logró con la misma rapidez que estos verificaran su conquista, pues-

to que no bien Cárlos VIII tuvo noticias de la tormenta que se habia formado sobre su cabeza, se dió prisa á regresar á Francia, dejando en Nápoles la mitad de su ejército.

A los cuatro dias de haber los franceses emprendido su retirada, desembarcó en Mesina, en Sicilia, Gonzalo Fernandez de Córdoba al frente de un pequeño cuerpo de ejército español destinado por los Reyes para ayudar á Fernando II de Nápoles á recobrar su trono. Concertóse desde luego con los destronados reyes de Nápoles, Alfonso II y su hijo Fernando, para apoderarse de la provincia de Calabria y marchar luego sobre la capital del reino, donde habia quedado con el carácter de virey el duque Montpensier, príncipe de la casa real de Francia.

Las primeras operaciones del ejército español en Calabria fueron felices. Los franceses derrotados por Gonzalo de Córdoba en todos los encuentros, reunieron sus fuerzas derramadas por la provincia, y cerca de Seminara presentaron la batalla al capitan español. Mas éste no menos hábil que prudente, se negó á aceptarla desconfiando del valor de las tropas sicilianas que constituian el grueso de su ejército, y no atreviéndose á fiar el éxito de la jornada al cortísimo número de españoles que militaban bajo su bandera. Sin embargo, empeñóse el combate por temeridad de Fernando de Nápoles, y el ejército aliado fué batido como lo habia previsto Gonzalo de Córdoba. Esta fué la primera batalla campal en que el gran

capitan tuvo un mando importante, y tambien fué la única que perdió durante su larga y gloriosa carrera militar; sin que por ello sufriese el menor detrimento su fama, puesto que se dió contrariando su opinion y consejo.

Este fué el único triunfo que obtuvieron los franceses en aquella campaña. Fernando de Nápoles marchó sobre su capital cuyo pueblo le recibió alborozado, despues de haber espulsado al duque de Montpensier y á 6,000 hombres que componian su ejército; en tanto que Gonzalo de Córdoba permanecia sujetando la Calabria, donde obtuvo repetidos y brillantes triunfos con un puñado de españoles sobre los franceses, á quienes maltraía y desconcertaba á cada paso con sus repentinos asaltos, sorpresas, emboscadas y rápidas correrías, segun el sistema que prácticamente habia aprendido en la guerra de Granada, y que ponia en ejecucion favorecido por la naturaleza de aquel terreno quebrado y montuoso como el de las Alpujarras. En pocos meses se apoderó por fuerza de armas, ó por capitulacion, de las importantes plazas y fortalezas de Fiumar, Calana, Bagnara, Terranova, Maida; de los condados de Melito y Nicastro, de Consenza y su distrito, de los de Montalto y Renda, del Val de Crato, de Cotrona de Lauria y de Laino, plaza esta última, cuya conquista por el capitan andaluz fué el hecho mas brillante y memorable de aquella gloriosa campaña (fines de la primavera de 1496.) En efecto; hallábanse en Laino, pueblo sólidamente fortifi-

cado y situado al Nordeste de las fronteras de la Calabria Superior, reunidos en gran número los señores anjevinos con sus vasallos armados y un cuerpo considerable de tropas francesas. Noticioso Gonzalo de aquella reunion, se dirijió contra ella, caminando de noche y por sendas intransitables. Los montañeses que guardaban aquellos desfiladeros intentaron cerrarle el paso, mas él los arrolló, pasó á cuchillo, y al rayar el dia penetró de improviso en la plaza, derrotó á los franceses que acudian desalados á la fortaleza, dió muerte á su caudillo, hizo prisioneros á los principales capitanes y varones, con cien caballeros que envió presos al rey de Nápoles. La victoria de Laino fué la que completó el prestigio guerrero de Gonzalo de Córdoba, y la que decidió de la suerte de Calabria.

A punto estaba de terminar su brillante campaña, cuando fué llamado por Fernando de Nápoles, que tenia bloqueado al duque de Montpensier con el grueso del ejército francés en Atella. Gonzalo de Córdoba obedeció de mal grado, y dejando los asuntos de Calabria al cuidado de algunos capitanes de su confianza, marchó donde el napolitano le mandaba, al frente de 400 caballos lijeros, 70 hombres de armas y 1,000 infantes escojidos, llegando al campo de Atella el 24 de junio de 1496. La presencia de los españoles reanimó el espíritu del ejército aliado, cuyos jefes, Fernando de Nápoles, César Borjia y el marqués de Mántua, capitan de las tropas venecianas, se decidieron

en el acto á dar la batalla al enemigo, confiando el mando en jefe de todas las tropas á Gonzalo de Córdoba.

Aceptáronla los franceses; mas fueron completamente derrotados por Gonzalo de Córdoba, á quien con motivo de aquel glorioso suceso «de un comun consentimiento de los contrarios y de la jente del rey, comenzaron á llamar *Gran Capitan*, y esto en el mismo lugar de Atella.» (Zurita) Despues de su espléndido triunfo, Gonzalo regresó á Calabria, de donde muy luego lanzó definitivamente á los franceses.

A principios del año de 1497, los Reyes de España y Cárlos de Francia, ajustaron una tregua como preliminar de la paz que habia de poner término á la guerra que ambas monarquías se hacian en el Rosellon. La noticia del suceso fué muy mal recibida en los Estados de Italia, partidarios los unos de la casa de Aragon y los otros de la de Francia. El Papa Alejandro VI aprovechó aquella circunstancia para demostrar sus ardientes simpatías hácia España, concediendo á Fernando é Isabel el título de *Reyes Católicos*; no solo porque los creia merecedores de tan señalada distincion por sus virtudes y por los relevantes servicios que habian prestado á la religion y la causa de la Iglesia en general, sino porque esperaba vengarse por este medio del francés que se envanecia con el dictado de cristianísimo concedido á Luis XI por el Papa Pio II.

Agradecido Fernando de Aragon, ofreciose á

pagar al Papa la honra que acababa de dispensarle, ayudándole á recobrar la plaza fuerte de Ostia, verdadero puerto de Roma, del cual se habian apoderado los franceses en la época de la invasion de los Estados Pontificios por Cárlos VIII. Al efecto autorizó á Gonzalo de Córdoba, que á la sazon se hallaba en Gaeta, para que diese auxilio al Papa, y el ilustre general andaluz marchó resueltamente sobre Ostia, acaudillando un microscópico ejército que solo contaba 300 ginetes y 1.500 infantes españoles.

Defendia la plaza una numerosa guarnicion compuesta de franceses, soldados aventureros, bandidos y piratas que saqueaban el país hasta las mismas puertas de Roma, mandados por un capitan aventurero llamado Menaldo Guerri. Intimóle Gonzalo de Córdoba la rendicion, que fué rechazada con altanería por Guerri, visto lo cual, el general español mandó poner sus cañones en batería y romper el fuego contra la plaza. Al cabo de cinco dias de incesante cañoneo vínose abajo uno de sus lienzos de muralla, por cuya brecha se lanzaron los españoles al asalto, arrollando el enjambre de bandidos que intentaron defenderla. Guerri y los suyos se entregaron prisioneros á Gonzalo, tuvo la generosidad de perdonarles la vida, reservándolos para trofeos de su victoria.

Pocos dias despues el *Gran Capitan* verificó su entrada en la capital del Orbe católico, con la pompa y el aparato militar de los antiguos triunfadores romanos. El pueblo le victoreó con frené-

tico entusiasmo, y le aclamó *Libertador de Roma*. El Papa le recibió en el Vaticano sentado en su sólio y rodeado de los altos dignatarios de la Iglesia, de la nobleza y de su Córte, y como Gonzalo se inclinase para besarle el pié, el Pontífice le puso las manos sobre los hombros, dióle en la frente un ósculo de paz, y luego le presentó la *Rosa de Oro* con que la Santa Sede premiaba cada año á aquel de sus defensores que mas relevantes servicios le habia prestado.

Aquella conmovedora escena tuvo un desenlace inesperado. Como en el discurso de la conversacion, el Papa Alejandro se mostrase quejoso de los Reyes Católicos, y dijese, con poco meditada expresion, que *no lo estrañaba, porque los conocia bien*, el digno y leal general español replicó con acento vehemente; «que en efecto tenia motivos para conocerlos, puesto que á ellos y solo á ellos debia el pontificado,» y acalorándose en la defensa de sus ultrajados reyes, terminó diciendo: «que mas le valiera, en vez de mostrarse ingrato con quien tantos servicios habia prestado á la Iglesia, *reformar su vida y costumbres, que profanaban las cosas sagradas* y ponian en peligro la cristiandad toda.» Su Santidad, segun cuentan los historiadores, no se mostró irritado por tan áspera é irreverente reconvencion, y solo sí admirado de que un militar se mostrase tan afluente de palabras, tratándose de un asunto ajeno á su profesion.

erdad es que aquel Pontífice se llamaba Ale-

jandro, ó mas bien diremos, Rodrigo Bórjia, nacido en Valencia de España, en cuya diócesis fué Obispo, y sucedió á Inocencio VIII en la silla de San Pedro en 1492. Fué hombre de costumbres tan relajadas, segun los historiadores mas circunspectos de la época, que durante su pontificado hizo reconocer tres hijos, Juan, César y Jofre y una hija llamada Lucrecia, que tuvo en una famosa cortesana, de nombre Vannozia, mujer de Domínico Arignani, uno de los grandes de la córte pontificia.

De Roma trasladóse Gonzalo de Córdoba á Nápoles, donde fué recibido con las mas honoríficas distinciones por el rey D. Fadrique, quien recompensó sus servicios con el título de duque de Santánjelo, y le dió dos ciudades en el Abruzzo con siete lugares dependientes de ellas, y hasta 3,000 vasallos, diciendo que era poco aquella pequeña soberanía para quien se habia hecho merecedor de una corona.

Por último, espulsados totalmente los franceses del reino de Nápoles, firmóse en 1498 un tratado definitivo de paz entre el rey de Francia y los de Aragon y Castilla, dándose término con él á la primera guerra de Nápoles, que habia durado cerca de cuatro años; y en la cual si bien Fernando el católico se acreditó como el político mas hábil é inteligente de su época, un hijo de Andalucía mereció que la Europa toda le diese el glorioso renombre de *Gran Capitan*, por sus victorias en Nápoles y su rápida conquista de la

Calabria al frente de un puñado de españoles.

De esta manera, al finalizar el siglo XV, en tanto que la intrepidez y sufrimiento de los marinos andaluces, los primeros que comprendieron á Colon, y le ofrecieron su sangre y sus tesoros, daban un Nuevo-Mundo á España, el génio superior de un general andaluz, acaudillando un reducido ejército compuesto de veteranos de las guerras de Granada, preparaba el campo en Italia para dar á la corona de Castilla un reino entero; Nápoles, la mas bella porcion de la península italiana.

IV.

SUBLEVACION DE LOS MOROS GRANADINOS. 1499.

Muy cerca de nueve años iban trascurridos desde que, con la conquista de Granada, habia terminado el rumor de las armas, que durante tantos siglos, dia por dia no habia cesado un momento de conmover la magnífica region de Andalucía. Bajo el sábio y paternal gobierno de los reyes D. Fernando y Doña Isabel no solo parecia que la paz general habia echado profundas é indestructibles raices en su suelo, sino que, y esto era evidente, la cultura intelectual y la prosperidad material habian llegado á su apojéo con relacion á la época, recordando bajo diferente culto y civilizacion los buenos y memorables tiempos de Roma y del califato de Córdoba.

Fundábanse en sus principales ciudades, á imitacion de la universidad de Salamanca, aca-

demias y escuelas cuyas áulas rejentadas por sábios maestros se veian muy concurridas, no solo de los hijos del pueblo, sino, y acaso en mayor número, por los de la nobleza, que aunque tarde, habia llegado á comprender sus verdaderos intereses, hasta el punto que, *no habia español que se tuviera por noble, si se mostraba indiferente hácia las letras.* (Geovo, elojio de Lebrija) Bajo el liberal patrocinio de los Reyes, se establecieron imprentas, desde el primer momento de la introduccion del arte tipográfico en España; y en suma, se fomentaron los estudios y las artes liberales en todos los grandes centros de poblacion.

Dicho se está que con tan poderosos auxiliares, y con la dichosa y prolongada paz que gozaba Andalucía, la agricultura, industria, comercio y artes manuales tomaron grande incremento y mantenian holgadamente la numerosa poblacion de sus *cuatro reinos*, los mas poblados, sin duda alguna, con relacion á la estension territorial de España.

Así las cosas, y en medio de aquella apacible seguridad y bienestar general, surjió de improviso un accidente funesto, que puso de nuevo en armas la mayor parte de Andalucía y produjo una guerra civil sangrienta que duró cerca de dos años. Vamos, pues á historiar este importante acontecimiento que tan controvertido ha sido ya en honra, ya en vituperio de la política de los Reyes Católicos, procurando mantenernos en los

límites de la mas severa imparcialidad.

Gobernaban el reino de Granada, desde el instante de la toma de posesion de la ciudad por los Reyes Católicos, en lo civil y militar el conde de Tendilla, uno de los hombres mas prudentes, mas enérjicos y mas ilustrados como capitan y diplomático de aquella época tan fecunda en grandes hombres españoles; y en lo eclesiástico fray Fernando de Talavera, monje Gerónimo, confesor que habia sido de los Reyes, mas tarde obispo de Avila, y despues de la conquista, nombrado arzobispo de Granada. Fué este prelado un dechado de saber, de piedad intachable, de templanza y de benevolencia, que hacia un admirable contraste con el espíritu intolerante de aquella época, en la que hasta la palabra *tolerancia* era completamente desconocida por todas las sociedades relijiosas dominantes ó sometidas. Su caridad cristiana era tanta, que á ser posible que cupiera esceso en las manifestaciones de amor al prójimo, la llamariamos prodigalidad, pues segun cuenta Pedraza (Antigüedad de Granada) en una ocasion, *habiéndole pedido limosna una mujer que no tenia camisa, se entró en una casa, desnudóse de la suya, y se la dió, diciéndole con S. Pedro: No tengo oro ni plata que darte, dóite lo que tengo.* Y así era en efecto, pues las rentas todas de su arzobispado, que ascendian á unos dos millones de maravedís al año (cincuenta y seis mil duros próximamente de nuestra moneda) las empleaba generosamente en

obras piadosas ó de utilidad pública.

A la prudencia y discrecion de aquellas dos ilustradas y dignísimas autoridades, y á las terminantes instrucciones de los Reyes que les mandaban guardar fielmente la letra y el espíritu de la *Capitulacion fecha á* 25 *de Noviembre de* 1491, *para la entrega de Granada*, y observar una política templada para evitar todo motivo de disgusto ó descontento á los moros, se debieron los largos años de paz que disfrutó Andalucía, y sobre todo el último reino andaluz-musulman conquistado, cuya populosísima capital habitada por *moros*, *renegados y cristianos*, hubiera sido, á seguirse otra conducta, un inagotable semillero de discordias, motines y rebeliones.

Sin embargo, el prudente y sábio Prelado no descuidaba un momento el cumplimiento de la alta y relijiosa mision espiritual que su carácter le imponia, en cuanto á convertir los moros á la verdadera religion; mas esto lo hacia con tanta caridad evangélica y por medios tan razonables y bondadosos, que los moros cediendo á la persuacion de su palabra y agradecidos al amor con que los trataba, se convertian en número y diariamente á la fé católica. A fin de activar los efectos de su santa predicacion, y á pesar de su avanzada edad, se decidió á aprender el idioma árabe, y mandó al clero de su diócesis que lo estudiase tambien con objeto de poder conversar con los moros é instruirlos mas directamente en las verdades de la relijion cristiana. E hizo mas;

mandó componer un vocabulario árabe-español, una gramática y un catecismo de la doctrina cristiana en lengua arábiga, y traducir á la misma la liturjia con diferentes trozos de los Santos Evangelios. «Poniéndoles así de manifiesto los oráculos sagrados ocultos hasta entonces á su vista, les presentaba las únicas y verdaderas fuentes del saber cristiano; y procurando convertirlos por medio del entendimiento, en vez de seducir su imajinacion por el aparato de pomposas ceremonias, se proponia el único medio eficaz de que la conversion fuera sincera y permanente.»

Los progresos de la conversion, dice un sábio historiador, extranjero, de aquellos sucesos, tenian que ser lentos de necesidad, tratándose de un pueblo á quien separaba de la comunion cristiana una disparidad total de idioma, instituciones y costumbres, y que entonces, ademas, se hallaba estrechamente unido entre sí por el indisoluble lazo que formara el sentimiento comun de la desventura nacional.

Nosotros opinamos de muy distinta manera creyendo, por el contrario, que las conversiones debieron ser rápidas y muchas, como muy luego quedará demostrado. Entre tanto diremos, en corroboracion de nuestro aserto, que jamás, como entonces, debió estar mas dispuesto el pueblo moro á entrar en el gremio de la Iglesia católica. Es evidente que siendo el mahometismo una secta del cristianismo, la disparidad total podia exis-

tir, en efecto, en el idioma, instituciones y costumbres, mas no en el fondo ni en muchos de los dogmas trascendentales de la creencia relijiosa. Los musulmanes creian en un Dios único; en la Sagrada Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento; en los Patriarcas de la ley antigua; en la mision divina de Jesus; en la pureza de Maria su madre, y en el juicio final. Los moros granadinos eran andaluces, *españoles musulmanes*, y en tal virtud súbditos como los españoles cristianos, de los reyes de Castilla; la conquista les habia dado un Señor cristiano, pero no les habia despojado de su culto, de sus jueces naturales, ni de su nacionalidad, y es evidente que al verse obligados por la fuerza á reconocer la supremacía civil, política y guerrera de los cristianos, creyentes como lo eran del falso dogma de la fatalidad, al verse vencidos en aquel terreno, comprendieron que no tardarian en serlo tambien en el relijioso, y se dispusieron, conscientes ó inconscientes á confesar la supremacía de la religion de sus enemigos.

Los musulmanes granadinos solo tenian de comun con sus correligionarios de Asia y Africa el principio religioso, en todo lo demás, raza, origen, tradiciones, historia y costumbres eran completamente desemejante; y hay mas, eran mal vistos y aun tenidos por cismáticos en Africa; de donde si bien durante tantos siglos habian salido irrupciones y numerosas emigraciones para España, en la época que estamos historiando,

hacia ya cerca de dos siglos que no se reproducian en la Península con el carácter militar ni con el colonizador. Así es que los granadinos debieron considerarse vencidos en lo político sin redencion posible, y en lo religioso sin esperanza fundada; no pudiendo ser motivo de confianza para ellos la reciente conquista de Constantinopla por los turcos, dado que además del profundo antagonismo que existia entre la raza otomana y las otras razas musulmanas, el divan de Estambul estaba demasiado léjos del estrecho de Gibraltar para que su influencia política pudiera hacerse sentir en Castilla. Esto considerado, creemos, ó mas bien diremos, repetimos, que jamás como bajo la administracion civil y religiosa del conde de Tendilla y del arzobispo fray Fernando de Talavera, debieron estar mas dispuestos los musulmanes andaluces á entrar en el gremio de la Iglesia Católica.

Terminada esta corta digresion que estimamos necesaria para el mas breve esclarecimiento del asunto, reanudamos la narracion.

El ilustrado celo del arzobispo Talavera se veia eficazmente auxiliado en la santa obra de la conversion de los moros, por muchos eclesiásticos y otras personas relijiosas, acaso no menos piadosas, pero en lo general mas impacientes y exaltados que el digno y prudente prelado. Estos cediendo á los impulsos de su exajerado celo representaron á los Reyes, residentes á la sazon en Granada (otoño de 1499) pidiéndoles con ins-

tancia que se diera á escojer á los moros entre el bautismo y el destierro, como algunos años antes se habia hecho con los judíos, por exijirlo así la gratitud debida á la Providencia que habia puesto los infieles en manos de los cristianos.

Negáronse animosamente los Reyes á faltar al cumplimiento de su palabra, convencidos de que los medios conciliatorios empleados hasta entonces, serian los mas eficaces y lejítimos para conseguir el objeto deseado por los buenos cristianos; y en tal virtud mandaron que se observasen con escrupulosa fidelidad los términos de la *Capitulacion* ajustada con Boabdil para la entrega de Granada.

Vamos á reproducir aquí en estracto aquellos artículos de la *Capitulacion*, que se refieren mas inmediatamente al asunto de que nos ocupamos, á fin de que se vea si es cierto, y hasta que punto, se faltó en esta parte, por las autoridades eclesiásticas de Granada al cumplimiento del tratado de 25 de Noviembre de 1491.

Artículo 1.°... é les dejarán é mandarán dejar (Sus Altezas) en sus casas é faciendas é bienes é muebles é raices agora é en todo tiempo para siempre jamás, sin que les sea fecho mal nin daño nin desaguisado alguno contra justicia, nin les sea tomado *cosa alguna* de lo suyo etc. etc.

4.° Item, es asentado é concordado que Sus Altezas é sus descendientes para siempre jamás dejarán vivir al dicho rey Muley Baaudili é á

los dichos alcaides etc. chicos é grandes é estar en su ley é non les mandarán quitar sus aljimas ó zumaas é almuedanos, é torres de los dichos almuedanos para que llamen á sus azalaes, é mandarán dejar á las dichas aljimas sus propios é rentas como agora los tienen etc.

5.° Item, es asentado é concordado que non les tomarán nin mandarán tomar sus armas é caballos, nin *otra cosa alguna* agora ni en tiempo alguno etc.

12..... que ningun cristiano sea osado de entrar en casa de oracion de los dichos moros, sin licencia de los alfaquíes, é que si entrare sea castigado por Sus Altezas.

32. Item, que á ningund moro nin mora non fagan fuerza á que se torne cristiano nin cristiana. (Copiado de la *Capitulacion* orijinal que existe en el archivo de Simancas, y publicada por D. M. L. en su *Hist. de España.*)

Poco tiempo despues de haber denegado la representacion de los eclesiásticos celosos en demasía, los Reyes se trasladaron á Sevilla; (Noviembre de aquel año) mas antes de marchar recomendaron al arzobispo de Granada, y al de Toledo, fray Francisco Jimenez de Cisneros, que habia seguido la corte á Granada donde quiso permanecer para ayudar á Talavera en el piadoso trabajo de la conversion de los moros, que observasen una política templada y conciliadora, y que no diesen á los granadinos motivo alguno de irritacion ó descontento.

Prometiéronlo así ambos prelados; mas el austero Cisneros no amenguó por eso la exaltacion de su celo ni aquella inflexible entereza de jénio que hizo de él uno de los mas grandes caracteres que admira la humanidad. Activo é infatigable en sus propósitos, promovió repetidas conferencias con los *faquís*, ó doctores de la ley musulmana, y en ellas les espuso con su profunda y fogosa elocuencia las verdades de la relijion cristiana y los errores de la que ellos profesaban; y, para hacerles mas aceptables sus exhortaciones unió á los halagos de su palabra, amorosas caricias y persuasivas dádivas, tan pródigamente distribuidas que acabó por dejar *empeñadas por muchos años* las rentas de su arzobispado de Toledo, el mas pingüe de la iglesia española, y acaso, en aquel tiempo, de toda la cristiandad, á escepcion del pontificado.

Consistian aquellos regalos, segun testimonio de los historiadores contemporáneos, principalmente en alhajas y ricas y vistosas telas para galas de las que los moros se mostraron siempre muy apasionados. Y aquí haremos notar de paso, que en el sistema empleado por el sábio catequista, se revelan dos hechos importantes, y que no debemos dejar pasar desapercibidos en desagravio de la memoria de los Reyes Católicos y del gran Cisneros, con quienes la historia no ha sido todo lo imparcial que debiera en el suceso de la sublevacion de los moros de Granada. Es el primero, que aquel hombre extraordinario enemigo

irreconciliable del fausto, y que ejerciendo l a mas altas dignidades de la Iglesia y del Estado vivió en tal estado de pobreza que nunca separó de sus carnes el tosco sayal de San Francisco, que él se remendaba y surcía con sus propias manos; que el infatigable perseguidor de los desórdenes del clero, y el inflexible reformador de las órdenes relijiosas y de las costumbres del secular, no recurrió á la fuerza para convertir á los musulmanes andaluces, sino que haciendo violencia á sus naturales inclinaciones recurrió á los medios de la seduccion que mas podia impresionar los sentidos de los catecúmenos, dando con ello una prueba de lo bien que conocia el corazon humano y del santo desinterés con que trabajaba en la obra de la conversion. Es el segundo, que en los regalos de vistosas telas y preciosas galas que Cisneros hacia á los moros, parece que debió infrinjir lo mandado por los Reyes en la pragmática de 30 de Octubre de 1499, dada en la misma ciudad de Granada, en la que se prohibia el uso de trajes de seda de todas clases; mas como los soberanos habian hecho una escepcion en favor de los moros, cuyas vestiduras en las clases acomodadas eran generalmente de aquella materia, claro y evidente es, que Cisneros regalando aquellas telas y los reyes autorizando su uso solo á los musulmanes dieron pruebas incontestables del respeto con que observaban los artículos de la *Capitulacion* de 1491.

Tanta prodigalidad y tan elocuentes y amo-

rosas exhortaciones produjeron muy luego ópimos frutos, pues los doctores musulmanes unos tras otros se declararon convencidos de sus errores y deseosos de purificarlos con el agua del bautismo. La conversion de aquellos sábios, tenidos por autoridades en materia de fé por el pueblo musulman, impresionó de tal manera á los moros granadinos, que tomando ejemplo de ellos acudieron en masa á bautizarse, siendo tanta la afluencia de los que solicitaban el sacramento, que hubo dia en que se presentaron hasta en número de cuatro mil personas, lo cual obligó á Cisneros á bautizarlos por aspersion derramando con el hisopo sobre las cabezas de la multitud, el agua de redencion. Dicho se está que aquellas numerosas conversiones dejaron desiertas las mezquitas, y que los *faquis*, habiendo renunciado al culto de sus mayores las hicieron purificar y consagrar para el culto cristiano, con gran satisfaccion de Cisneros que les hizo poner campanas, cuyo incesante repique le valió al arzobispo de Toledo el titulo de *faquí campanero*, que le dieron los granadinos, como habian dado á fray Fernando de Talavera el de *santo faquí* en justo premio á sus virtudes.

Tan numerosas defecciones no tardaron en ser consideradas como el resultado de escandalosos sobornos por algunos fervientes musulmanes, que reclamaron contra ellos, denunciándolos como atentados, sinó contra la letra, al menos contra el espíritu del tratado de Capitulacion.

Sus reclamaciones fueron desestimadas por los prelados, visto que no podia señalarse un solo caso en que se hubiera infrinjido el artículo 32. Esto no obstante, algunos moros principales se propusieron resistir al torrente que amenazaba arrastrar toda la poblacion musulmana de Granada, haciéndose notar entre los mas fogosos protestantes, un noble y acaudalado moro llamado Zegri Azaator. Cuentan algunos historiadores, que Cisneros hizo prender á el Zegri y lo mandó meter en un calabozo, donde á beneficio de un par de pesados grillos y de muchos dias de ayuno forzoso, se consiguió vencer la constancia del moro y obligarle á recibir el agua del bautismo.

Permítasenos poner en duda la exactitud de esta narracion; en primer lugar, porque es poco verosímil, dado el sistema que con tanto fruto venia empleando Cisneros para lograr tan numerosas conversiones; en segundo, porque ni el prudente arzobispo de Talavera, ni el capitan general del reino de Granada, conde de Tendilla, hubieran tolerado tan irritante desman que hubiese sido una usurpacion de su autoridad; en tercero, porque infrinjiendo audazmente las recientes órdenes de los Reyes estos no hubieran dejado impune el atentado, y por último, porque la poblacion musulmana de Granada permaneció completamente tranquila en aquellos dias, cuando no mucho tiempo despues, un atropello análogo, que recayó en una *jóven sirviente*, dió motivo á

un tumulto que degeneró en abierta é imponente rebelion.

Despues de la conversion *forzada* del Zegri, que al decir de los historiadores aludidos, aterró á los moros y obligó á los mas pertinaces á seguir su ejemplo, como si hubiera dejado de imperar en Granada el poder de los Reyes, la autoridad de Talavera y Tendilla, y la fuerza obligatoria de la *Capitulacion*, la obra de la conversion general adelantó rápidamente, y á compás la fogosa y casi *desatentada* actividad del prelado propagandista, que llegó hasta el extremo de cometer un acto incalificable que arroja el mas negro de los borrones sobre su esclarecida memoria.

Refieren todos los historiadores así nacionales como extranjeros, antiguos y modernos, que resuelto Cisneros á estirpar radicalmente la infidelidad privándola de todos los medios de existencia, «mandó recojer de las bibliotecas públicas y de las *librerías particulares* (?) cuantas obras escritas en arábigo pudo haber, y sin atender ni á su lujo ni á su mérito intrínseco, hizo una hoguera de todas y las redujo á pavesa en medio de la plaza de Bibarrambla, reservando solo unas trescientas que trataban de medicina para la biblioteca de su colejio de Alcalá de Henares. *Así pereció una gran parte de la riqueza literaria de los árabes españoles.*»

Con estas breves y poco meditadas palabras, refiere el suceso nuestro mas moderno historia-

dor general de España, D. Modesto Lafuente. Los extranjeros se estienden algo mas, no en la narracion del hecho, sino en sus comentarios, que pueden condensarse en los siguientes exajerados conceptos que pone Guillermo Prescott:

«Es de advertir, que este deplorable auto de «fé fué decretado, no por un bárbaro inculto, si«no por un prelado instruido, que por entonces «mismo, dedicaba sus cuantiosas rentas á la pu«blicacion de las obras mas grandiosas de aquella «época, y á la fundacion de la Universidad donde «mayor ciencia hubo en España; que tuvo lugar, «no en la oscuridad de la edad media, sino cuan«do empezaba á rayar la aurora del siglo XVI, y «en un pueblo ilustrado que tanto debía de sus «adelantos á aquellos mismos tesoros del saber «árabe que fueron condenados á la destruccion. «Las obras de literatura arábiga llegaron á ser, «por esta causa, muy raras en el mismo país en «que nacieran; y el saber de los árabes, tan flo«reciente un dia en la Península, y esto en un si«glo menos culto que el que nos ocupa, fué de«cayendo por falta de alimento que lo sostu«viera. Tales fueron los resultados de esta per«secucion literaria, mas perjudicial, bajo cierto «aspecto, que la que vá dirijida contra la vida; «porque la pérdida de un indivíduo á penas se «deja sentir mas allá de una generacion mientras «que la destruccion de una obra de mérito, ó, en «otros términos, la destruccion del espíritu re«vestido de forma permanente, es pérdida que su-

«fren todas las generaciones futuras.»

Lo acerbo de las palabras que dejamos copiadas y los tremendos cargos fulminados contra el gran Cisneros, estarían justificados á ser cierta la enormísima cantidad de *un millon veinte y cinco mil volúmenes*, que al decir del autor de la *Suma de la vida de Cisneros*, fueron quemados en medio de la plaza de Bibarrambla. Pero como este cálculo es escesivamente exajerado como hijo de la pasion y no de la reflexion, lo serán tambien las consecuencias que de él se deducen en perjuicio de la fama del sábio é ilustrado fray Jimenez de Cisneros.

Esto es lo que vamos á demostrar; mas cúmplenos ante todo, hacer observar, que es inverosímil á todas luces, que Cisneros se arrogase atribuciones que no le correspondian, usurpando la jurisdiccion del arzobispo y del capitan general del reino de Granada, é infrinjiendo temerariamente los artículos 1.° y 5.° del tratado de Capitulacion, *mandando recojer de las bibliotecas públicas* y *librerías particulares las obras escritas en lengua arábiga*.

Recordarán nuestros lectores que al bosquejar en grandes resgos (T. 3.° reinado de Abderraman III, Al-Hakem II y ministerio Almanzor) el siglo de oro de las letras hispano-musulmanas, hicimos particular mencion de la célebre biblioteca Merwana, fundada en Córdoba, por el príncipe Al-Hakem, Califa segundo de este nombre en la que se contenian, segun Casiri, *seis-*

cientos mil volúmenes; entre los cuales se contaban numerosas y escelentes traducciones de los mejores y más clásicos autores griegos, tratados de ciencias exactas y ciencias naturales que estudiaban con afan los musulmanes españoles; obras importantes de astronomía, de geografía de medicina y de botánica; diccionarios de varios idiomas, historias, crónicas, novelas y una riquísima coleccion de poesías.

Pues bien; aquella inmensa y selecta biblioteca monumento glorioso en el que se habian reunido y salvado de la destruccion de los Bárbaros del Norte, los restos de la cultura intelectual de Grecia y Roma, y del cual solo nos resta el recuerdo, pero tan imponente y admirable que él solo basta para darnos una idea exacta y precisa de la inmensa y envidiable altura que habia alcanzado en su tiempo la civilizacion de la raza musulmana-andaluza; aquella biblioteca que representaba la suma de la riqueza científica y literaria de los Árabes occidentales, y habia contado cantidades fabulosas, inmensos tesoros sacados todos de las entrañas del suelo andaluz; aquella biblioteca que debia ser mirada con relijiosa veneracion por todas las razas musulmanas, puesto que en ella fundan su derecho al respeto de la historia, fué completamente destruida muchos años, acaso siglos, antes de que Cisneros llevase á cabo, en medio de la plaza de Bibarrambla, el atentado de que se le acusa. Y por quien ¿por los cristianos? No; por los que mayor

interés debian tener en su conservacion; por los mismos musulmanes.

En efecto; recordarán nuestros lectores que su destruccion comenzó en los tiempos en que mas florecían las ciencias y la literatura musulmana en España, esto es, á los pocos años de la muerte del Califa Al-Haken II su fundador, siendo el primero que la profanó espurgándola con impía mano (segun testimonio de los historiadores arábigos y en particular de los de la dinastía Omniada) el gran Capitan Almanzor, cuyo hipócrita fanatismo, á fin de granjearse el aura de la plebe ignorante y el apoyo de los fanáticos faquíes, *mandó arrojar á una hoguera, los libros de filosofía y astronomía que encontró coleccionados en la magnífica biblioteca reunida por Al-Hakem II.* (Dozy)

Continuaron su destruccion los Africanos de Solaiman (1010); los ignorantes Almoravides (fines del siglo XI y principios del XII) que dispersaban á sablazos las academias y reuniones de los sábios andaluces; los groseros Almohades (hasta mediados del siglo XIII) que quemaban en las plazas de Córdoba, Marruecos y Fez, los libros de filosofía especulativa, las obras que trataban, como la del filósofo Al-Gazaly, *Del renacimiento de las ciencias y de la ley*; los príncipes Mauritanos, en fin, todas esas razas africanas ignorantes, groseras y fanáticas, cuyas irrupciones en Europa fueron al imperio musulman de Córdoba, lo que las de los bárbaros

del setentrion al imperio de Roma.

Ahora bien; ¿no es probable y hasta un grado que se acerca á la afirmacion, que la misma suerte cupiera á la mayor parte de las bibliotecas particulares, durante aquellos calamitosos siglos de fanatismo triunfante, en los cuales la plebe ignorante alentada por los doctores *Morabitos* y *Unitarios*, apedreaba á los filósofos y los quemaba?

Sin embargo; una porcion de aquella riqueza literaria debió salvarse del general desastre, siendo llevada en parte á la capital del reino de Granada, donde continuó su destruccion en los frecuentes motines y escandalosas sublevaciones acompañadas de asesinatos, *saqueos* é incendios (Cónde) que tenian lugar en aquella desgraciada ciudad, y en parte en Africa, donde cuenta el erudito geógrafo Leon Africano, que emigró á Fez despues de la caida de la capital, vió por aquellos años en Arjel, una librería propiedad de un particular, que constaba de 3.000 manuscritos, llevados allí por los moros de España.

Resulta, pues, de los datos y consideraciones que dejamos brevemente expuestas, que es moral y materialmente imposible, que el arzobispo de Toledo, Cisneros, quemase en medio de la plaza de Bibarrambla de Granada *un millon veinte y cinco mil volúmenes* y *manuscritos arábigos*. A mayor abundamiento haremos observar, que todos los historiadores están contestes en que libertó de las llamas, reservándolas para la bi-

blioteca de Alcalá todas las obras, en número de trescientas, que trataban de medicina. Rasgo de ilustrado celo que repitió en la conquista de Orán (1509) tomando por su parte en el rico botin que produjo á los españoles el saqueo de la ciudad, los libros de medicina y astronomía para enriquecer con ellos la citada biblioteca.

¿Qué queda, pues, de aquel tremendo cargo dirijido contra el gran Cisneros por todos los historiadores que á una voz le acusan de haber reducido á Cenizas, en 1500, la riqueza literaria, los tesoros del saber árabe, que se habian salvado de los cinco siglos de devastacion africana y refugiádose en Granada?

Solo queda el hecho concreto de la guerra ordenada por él, de libros escritos en lengua arábiga, cuyo número unos historiadores hacen subir á 102.500, otros á 80.000 y otros á solo *cinco mil*; diverjencia monstruosa que se esplica teniendo presente, que no existe dato alguno fidedigno para fijar la cantidad.

Mas, ¿qué libros fueron los quemados y de qué trataban, si no eran obras de medicina ni de astronomía, visto que estos se los reservó Cisneros; ni de historia ni de geografía, puesto que muchos de los que sobre estas materias escribieron los musulmanes-españoles se encuentran en las bibliotecas de Europa ó fueron llevados á Africa; ni de ciencias especulativas, dado que estos así como los *filósofos racionalistas* y *libres pensadores musulmanes* fueron perseguidos en-

carnizadamente y arrojados á la hoguera por Almanzor y por los Morabitos de Lamtuna y los sectarios de El-Mahedy....?

Es probable, casi seguro, que los volúmenes quemados en Granada por el arzobispo de Toledo, fueron solamente copias del Corán y libros de teolojía musulmana, que los doctores de esta ley y sus discípulos que se convirtieron al cristianismo y recibieron el agua del bautismo, entregarían, por medio de sus catequistas á fray Jimenez de Cisneros.

A estas proporciones queda reducido, segun nuestro leal parecer, aquel suceso que tanto ruido ha hecho en el mundo de la historia; y tales son las dimensiones que se deben conceder al feo borron con que una crítica apasionada ha querido ennegrecer la raza española, acusándola de haber destruido los monumentos de la literatura arábiga.

Y no debieron ser otras, considerando la época en que se verificó y el hombre que le llevó á cabo. Epoca en la cual se dió una ley ordenando *que se truxejesen á estos reinos libros de otras partes, para que con ellos se hiciesen los hombres letrados, y que de los libros no se pagase alcabala*, y hombre, el gran Cisneros, que inmortalizó su nombre en la república de las letras con la publicacion de la famosa Biblia Polyglota Complutense, y con la fundacion de la célebre universidad de Alcalá, donde estableció, dotándolas generosamente, cuarenta y dos cátedras,

á las que concurrian siete mil estudiantes; grandiosa fundacion que hizo esclamar al rey Francisco I, cuando la visitó veinte años despues de la muerte del Cardenal: «Cisneros ha ejecutado mas de lo que yo me podia imajinar; con sus solos recursos ha llevado á cabo, lo que únicamente una série de reyes ha logrado realizar en Francia.»

El infatigable celo desplegado por Cisneros en la conversion de los moros de Granada, y el temor de que á la quema de los libros de teolojía mahometana se siguieran otras medidas de severa propaganda, produjo cierta inquietud en toda la poblacion, de la cual dieron las primeras muestras los cristianos mas respetables, representando al arzobispo de Toledo para que usase de mayor discrecion y templanza en la piadosa obra que habia tomado á su cargo; en tanto que los moros no convertidos alentados por el descontento que en la ciudad producia la conducta de Cisneros, soliviantaban el ánimo de sus correlijionarios, combatiendo por todos los medios de que podian disponer los efectos de la propaganda cristiana.

Así las cosas, ocurrió cierto dia que habiendo enviado el arzobispo de Toledo tres de sus criados al Albaicin, barrio habitado esclusivamente por los moros, para prender á una jóven sirvienta; algunos vecinos se armaron en su defensa y acometieron á los esbirros. Defendiéronse estos, mas dos fueron muertos en la pelea, y el tercero se salvó milagrosamente.

Este suceso insignificante, en cuanto á la pri-

sion, fué, sin embargo motivo para que, los que habian sufrido sin protestar tumultuariamente el encarcelamiento del rico Zegri y la quema de los libros de devocion, se exaltasen hasta el estremo de pronunciarse en abierta insurreccion, armándose atropelladamente, construyendo barricadas en las calles y apoderándose de las puertas de la muralla que rodeaban el barrio. Terminados sus preparativos de defensa, los vecinos del Albaicin hicieron una impetuosa salida de la ciudad, y antes de que Cisneros se hubiese preparado para la resistencia, le acometieron con el propósito de asesinarle en su morada de la Alcazaba. Afortunadamente el palacio era fuerte y se hallaba defendido por numerosos criados bien armados, que rechazaron duante muchas horas los furiosos ataques de aquella plebe amotinada. La presencia del conde de Tendilla seguido de sus guardias dispersó á los insurrectos, que se retiraron á su barrio, donde se organizaron, nombraron caudillos y tomaron cuantas disposiciones estimaron convenientes para defenderse hasta obtener una capitulacion honrosa.

Pasáronse diez dias durante los cuales el conde de Tendilla recurrió unas veces á las amenazas y otras á las exhortaciones para traer á la obediencia á los moros sublevados, que se negaban tenazmente á admitir todo partido, en tanto que no se les diesen seguras garantías de que serían fielmente cumplidos todos los artículos de la capitulacion de Granada.

Necesario se hacia ya sitiar en regla el barrio insurreccionado, cuando el arzobispo Talavera, fiado en el cariñoso respeto y dócil obediencia que le tributaban los moros, se ofreció como mediador. Al efecto, despreciando el peligro que sus amigos le abultaban, entróse precedido de una cruz y acompañado de un solo capellan en medio de los amotinados. La presencia del venerable prelado, del *Santo faquí* cristiano como le llamaban los musulmanes, hizo cesar como por encanto la desatentada irritacion de aquella muchedumbre armada, que depuso el enojo rodeó al virtuoso prelado y se arrodilló pidiéndole su bendicion. No bien tuvo conocimiento el conde de Tendilla de la actitud en que se habian puesto los rebeldes, acudió presuroso al Albaicin seguido de un corto escuadron de sus guardias. A su vista, los amotinados se rehicieron preparándose para la defensa; mas el prudente general gobernador arrojó su birrete hácia ellos en señal de paz. Recogiéronle los moros entre aplausos y ruidosas aclamaciones, y en aquel momento se abrieron negociaciones para la avenencia. Los moros pidieron satisfacciones de los agravios recibidos, y garantías para el cumplimiento de los artículos de la capitulacion; el general ofreció las satisfacciones pedidas, y se comprometió á obtener de los Reyes el indulto de los rebeldes; mas puso por condicion que depusieran inmediatamente las armas y que le entregaran los autores del asesinato de los dos familiares del

arzobispo de Toledo. Suscribieron ambas partes el convenio; el conde de Tendilla dejó en el barrio del Albaicin en rehenes del cumplimiento de su palabra su esposa y dos hijos, y el cadí principal de los moros entregó á los cristianos cuatro de los culpados en el asesinato oríjen de la insurreccion, los cuales fueron juzgados y ahorcados en la plaza del Beiro, (Mármol, *Rebelion de los moriscos*) con lo cual se restableció completamente la tranquilidad en Granada.

Las nuevas de aquella imponente rebelion que llegaron á conocimiento de los Reyes, residentes á la sazon en Sevilla, les causó profundo disgusto, y particularmente á D. Fernando, quien esclamó, dirijiéndose con sarcasmo á la Reina; *Caro nos ha de costar vuestro arzobispo, cuya falta de moderacion nos ha hecho perder en pocas horas lo que en años habiamos ganado.* Inquieta Doña Isabel con lo que oia, escribió sin pérdida de tiempo á Cisneros, exijiéndole con términos severos categóricas esplicaciones acerca de su conducta. Dióse prisa el arzobispo á contestar marchando á Sevilla, donde recibido en audiencia por los Reyes, les hizo una detallada relacion de todo lo sucedido, defendió todos sus actos con su calurosa y persuasiva elocuencia; y acabó por tomar sobre sí toda la responsabilidad de los hechos.

Dejáronse persuadir los soberanos por las palabras del arzobispo; quien viéndolos tan bien dispuestos en su favor, insistió en la conveniencia

de no levantar mano en la obra de la conversion, sobre todo en aquellos momentos tan favorables para continuarla sin contemplaciones, puesto que los moros, con su reciente alzamiento, no solo habian incurrido en el crímen de alta traicion, sino que habian perdido los beneficios que se les concedieran por la capitulacion, en méritos y consideracion de lo cual debian ser compelidos á tornarse cristianos, ó á vender sus bienes y salir de la tierra de España.

Los Reyes Católicos, fieles cumplidores de su palabra, se negaron á aceptar la recomendacion final de Cisneros; pero enviaron á Granada comisarios autorizados con ámplias facultades para instruir el proceso sobre las pasadas revueltas. Los comisionados hubieron de proceder con harto mas rigor que clemencia, cuando los moros del Albaicin se vieron en la necesidad de impetrar la proteccion del Soldan de Egipto, á quien enviaron una embajada diciéndole que se les obligaba á ser cristianos por la fuerza, infrinjiendo las cláusulas del tratado de capitulacion. Remitió aquel soberano una nota diplomática á los de España, amenazándoles con usar de represalia con los cristianos residentes en sus reinos, si no desistian de atropellar el derecho de sus súbditos musulmanes. Los Reyes Católicos tomaron en consideracion aquella nota, y celosos de los intereses de la cristiandad donde quiera que se vieran amenazados, enviaron en calidad de ajente diplomático á la córte del Saldan, al docto italiano

Pedro Martir de Anglería, catedrático que fué en las escuelas de Valladolid, Zaragoza, Barcelona y Alcalá, y una de las mayores autoridades para estudiar la historia del reinado de los Reyes D. Fernando y Doña Isabel, encargándole el arreglo de aquellas diferencias. Condújose con tanta habilidad el ministro de España en tan difíciles circunstancias, que no solo aplacó la irritacion del Soldan, sino que tambien obtuvo nuevas inmunidades para los cristianos súbditos de aquel soberano.

Entretanto continuábase con actividad el proceso formado á los vecinos del barrio del Albaicin, llegando á tomar tan amenazadoras proporciones para los comprometidos en la sublevacion, que los mas compraron el indulto abrazando el cristianismo, y los otros vendieron sus propiedades y emigraron á Berbería. El ejemplo de un lado, la intimidacion del otro y el total desamparo en que los dejaban sus correlijionarios de Africa y del Oriente arrastró el resto de la poblacion musulmana-granadina, que consintió en recibir el agua del bautismo. Calcula Bernaldez (cura de los Palacios) en 70,000 el número de los convertidos en Granada y sus cercanías; otros autores lo limitan en 50,000. De todas maneras es evidente, que todos los moros que permanecieron en aquella insigne ciudad se convirtieron mas ó menos sinceramente al cristianismo. A partir de este memorable suceso, cambiaron el nombre de Moros, con que fueron conocidos los musulmanes

españoles desde la destruccion del Califato de Córdoba, por el de *Moriscos*, que conservaron durante la larga agonia que precedió á su total expulsion de la Península.

Las circunstancias bajo las cuales se efectuó esta trascendental revolucion relijiosa en España, no han sido todavía apreciadas crítica é imparcialmente. Necesitaríase para satisfacer esta justa exijencia de la razon histórica, un trabajo especial que no nos atrevemos á emprender en este lugar por falta de espacio y de suficiencia para hacerlo. Pero llamaremos la atencion de nuestros lectores sobre tres hechos capitales que debieron producir necesariamente aquella revolucion: Primero, que la facilidad con que se llevó á cabo la espulsion de los judíos de España, y el aplauso general con que toda la Europa recibió la noticia de aquella medida, cuyos resultados, en el concepto de perjudiciales á los intereses morales y materiales del país fueron relativamente insignificantes, fué un precedente fatal para la suerte que estaba reservada á los moros en un porvenir cercano; segundo, que las relaciones políticas y civiles establecidas entre los musulmanes y cristianos españoles del siglo XV estaban muy lejos de tener por cimiento la estimacion mútua, el recíproco respeto y la ilustrada tolerancia relijiosa de que dieron tan señaladas pruebas unos y otros durante el largo período de la dominacion Arabe de pura raza, y por último, que la prudente intolerancia de un dia usada por

el Gran Cisneros contra los diminutos restos del imperio musulman de Occidente, estaba plenamente disculpada con los trescientos años de feroz intolerancia usada por los bárbaros africanos establecidos en la mas deliciosa rejion de Andalucía, con los cristianos que vivian entre ellos.

En cuanto á lo que particularmente se refiere al arzobispo de Toledo, fray Jimenez de Cisneros, diremos con un ilustrado historiador extranjero (Prescott) que no puede, ciertamente, ser tachado de parcial en este asunto: «sean las que quieran las dudas que pudieran suscitarse en un principio acerca de la discrecion y prudencia que empleó en su propaganda, quedaron todas desvanecidas en presencia de los resultados decisivos que alcanzó. Todos de consuno admiraron la inflexible enerjía de aquel hombre, que, á despecho de los poderosos obstáculos que encontró en su camino habia efectuado con una rapidez asombrosa la total conversion de un pueblo, que contaba 800 años de vivir aferrado en sus creencias relijiosas y de aborrecer y combatir á los cristianos. El dia que quedó definitivamente consagrada la victoria, oyóse exclamar al virtuoso arzobispo Talavera, con toda la sinceridad de su bondadoso corazon: *Cisneros ha conseguido triunfos aun mayores que los de D. Fernando y Doña Isabel; porque si bien estos han conquistado el territorio, aquel ha ganado las almas de Granada.*

V.

Rebelion de las Alpujarras.
1500 á 1502

Los extraordinarios acontecimientos de Granada produjeron el mayor sobresalto en las rejiones de las Alpujarras, entre cuyos rudos habitantes por no haber penetrado todavia, en el discurso de tantos siglos, los adelantos de la civilizacion, ni las grandes ambiciones políticas, ni las discordias de razas y familias, se conservaba mas puro el sentimiento relijioso musulman y la adhesion á la fé de sus mayores. Considerando que se les preparaba igual suerte que á sus correlijionarios de la capital, y temiendo verse obligados muy luego á escojer entre la apostasía y el destierro, urdieron una vasta conspiracion para resistir por medio de las armas á sus dominadores. Tan activa y sijilosamente se condujeron, que antes de sentir el amago, súpose en Granada

que se habian apoderado de todos los castillos y puntos fuertes del país y que se hallaban organizados para una vigorosa defensa.

La noticia de tan formidable rebelion causó la mas viva inquietud á las autoridades de la capital, y no menor á los Reyes, que desde Sevilla enviaron una carta (enero de 1500) á Ali Dordux, Cadí mayor de los moros de la Jarquía y Garbia, asegurándole que nunca habia entrado en su real ánimo compeler por la fuerza á los moros para que se hiciesen cristianos, y además confirmándoles los beneficios de la capitulacion de Granada. Mas ya fuese que la carta no llegara á tiempo, que los moros confiando en su fuerza y en la impunidad en que habian quedado sus primeros actos de rebelion, ó que hubiesen adelantado demasiado en ella para que les fuese posible retroceder, es lo cierto que no produjo los efectos apetecidos de separarlos de la funesta senda en que habian entrado.

Arrebatados por las ardientes predicaciones de sus faquís, por su carácter rudo é instintivamente belicoso, y fiados en la inexpugnable fortaleza de sus enriscadas sierras, en su número, en su aptitud para la azarosa vida de guerrilleros de la que tan repetidas y memorables pruebas habian dado en todas las guerras civiles ó extranjeras que se sucedieron en Andalucía en el trascurso de los ocho siglos que los musulmanes permanecieron establecidos en esta rejion, resolvieron tomar la ofensiva, y descendiendo en

irresistible tropel de sus montañas dieron principio á sus proverbiales vandálicas correrías por tierra de cristianos, llevando su temeridad hasta acercarse á las puertas de Granada.

Esto visto, el capitan general del reino granadino, conde de Tendilla, tomó enérjicas medidas para reprimir y castigar ejecutivamente los rebeldes. Encontrábase á la sazon en la capital, el gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, descansando de sus gloriosas fatigas en la conquista de Calabria, reduccion de Nápoles y pacificacion de Sicilia, y á él recurrió en tan críticos momentos para combatir á todo trance la rebelion. El conquistador de reinos aceptó el humilde cargo de acuchillar taifas de montañeses rebeldes, y se dirijió contra ellos al frente de un numeroso cuerpo de caballería.

Abrió la campaña por una de las cordilleras orientales de las Alpujarras, y marchó sobre Guejar villa importante de aquella serranía, que se habia hecho cabeza de la sublevacion. Noticiosos sus habitantes del intento de los cristianos, se prepararon á la defensa recurriendo á una orijinal estratajema. Araron y removieron profundamente todas las tierras del ruedo de la villa, y cuando la caballería española hubo penetrado en ellas, marchando trabajosamente entre los surcos, soltaron las aguas de las numerosas asequias con que regaban sus campos, y convirtieron todo el terreno en un profundo lodazal donde los caballos enemigos se clavaban

hasta las cinchas detenidos en su marcha por aquel nuevo é inesperado obstáculo, é imposibilitados de maniobrar con órden, viéronse expuestos los cristianos durante largo tiempo á los tiros de onda, arco y ballesta que los moros convenientemente situados hacian llover sobre ellos. Por fin, despues de largas horas de inauditos esfuerzos y á costa de numerosas pérdidas en hombres y caballos, los ginetes españoles lograron salir de tan comprometida situacion y ganar el terreno firme donde se rehicieron aceleradamente para cargar sobre el enemigo. Tan briosa fué la acometida que los moros no pudiéndola resistir se replegaron en desórden detrás de las murallas de la villa.

Sin dar un momento de descanso á su tropa, Gonzalo de Córdoba, mandó apear sus ginetes y preparar las escalas para el asalto; y él apoderándose de una la arrimó el primero al muro, y tambien fué el primero que subió por ella. No bien hubo pisado el adarve, cuando un robusto montañés se abrazó con él intentando arrojarle desde lo alto de la muralla al campo. Gonzalo se asió fuertemente con la mano izquierda á los ladrillos saliente de una almena, y con la derecha descargó tan descomunal cuchillada sobre la cabeza del moro que lo tendió á sus piés. Entre tanto el muro se coronaba de soldados cristianos, que muy luego penetraron en la ciudad sin encontrar apenas resistencia; pero irritados con el suceso de la estratajema empleada por los mo-

ros y que tantas bajas causó en sus filas, pasaron á cuchillo cuantos hombres pudieron haber á las manos, saquearon completamente la poblacion, y redujeron á esclavitud los niños y las mujeres.

El tremendo castigo de Guejar lejos de intimidar á los rebeldes los arrojó en los estremos de la desesperacion. La guerra se hizo entonces general y alcanzó tan graves proporciones, que el rey D. Fernando estimó necesaria su presencia para ponerla término. Al efecto, mandó reunir en Alhendin un ejército tan numeroso, que al decir del mas autorizado historiador de aquella época y sucesos, alcanzaba la increible cifra de 80,000 infantes y 15,000 caballos. Incorporóse á él á fines de Febrero de 1500 á la cabeza de un brillante cuerpo de caballería castellana, y una vez acordado el plan de campaña, marchó por caminos deshusados sobre la fuerte villa de Lanjaron, pueblo situado en una de las mas enriscadas alturas de la sierra al sudeste de Granada.

Venciendo los Grandes riesgos y dificultades de una marcha acelerada por estrechos desfiladeros, barrancos y precipicios espantosos, el ejército real llegó sin encontrar enemigos á la vista de la plaza, cuyos defensores se llenaron de asombro al ver ondear, cuando menos lo esperaban, las banderas cristianas sobre alturas reputadas inaccesibles y que dominaban la fortaleza. La sorpresa no quitó á los rebeldes el ánimo para resistir. Vano intento; los que habian vencido

las jigantescas obras de la naturaleza no podian ser detenidos por las del arte. Así es que ordenado el ataque por D. Fernando, fué cuestion de pocas horas para los soldados castellanos el tomar por asalto la ciudad (7 de Marzo de 1500) cuyos moradores y su guarnicion en número de tres mil hombres de pelea sufrieron el mismo duro tratamiento que los de Guejar.

Entre tanto, varias divisiones y cuerpos volantes del ejército real, siguiendo las instrucciones que se habian dado á sus jefes, atacaban en todas direcciones los pueblos y castillos de las Alpujarras, tratando con todo el rigor de la guerra á un enemigo que despreciaban y con el cual se creian relevado de usàr la generosidad que en otros tiempos habia caracterizado la guerra entre cristianos y moros españoles.

La acertada direccion que se dió á las operaciones militares y la rapidez y severidad con que se llevaron á cabo, unido al convencimiento que adquirieron los moros de su impotencia, aceleró el término de aquella campaña. Los rebeldes depusieron las armas y se entregaron á la merced del Rey Católico. Don Fernando á ruegos de Gonzalo de Córdoba que intercedió noblemente por los vencidos, les otorgó condiciones tan generosas como cruel fué la guerra que les habia hecho. Estas fueron la rendicion de sus armas y fortalezas; la devolucion á los hijos de los muertos ó cautivos de los muebles y bienes raices que habian sido aplicados al fisco y el

pago de una multa de 50,000 ducados.

Don Fernando regresó á Granada en el mes de Junio, y desde allí dictó oportunas disposiciones para asegurar la tranquilidad de un modo permanente. Fué una de las principales enviar á las Alpujarras relijiosos misioneros que con *prudencia y templanza* trabajasen en la obra de la conversion de los moros, á los cuales se les ofrecieron como estímulo y recompensa si abrazaban la fé de Cristo, privilejios y franquicias, y la condonacion de la parte que á cada uno correspondiese en el pago de la multa impuesta al país. La prudencia de estas medidas produjo ópimo fruto, puesto que, antes de terminarse aquel año, no solo se convirtieron los montañeses sino tambien la mayor parte de los moros habitantes de las populosas ciudades de Almería, Baza y Cuadix.

Por desgracia la cuestion no quedó resuelta á pesar de la buena voluntad que para lograrlo manifestaron la grande mayoría de los moriscos y la política conciliadora de los Reyes; pues en Diciembre de este mismo año, sin causa fundada que la disculpase, estalló una nueva insurreccion en la sierra de Filabres, confines orientales de las Alpujarras. Mas fué inmediatamente sofocada por el alcaide de los Donceles, que al frente de un cuerpo de tropas tomó por asalto la villa de Belefique, donde los rebeldes se habian atrincherado, y les impuso las mismas duras condiciones que á sus correlijionarios de Guejar

y Lanjaron, con lo cual el mayor número se apresuró á pedir el bautismo.

La sumision de toda la parte oriental de la rejion alpujarreña hizo concebir grandes esperanzas de que la paz se restableceria definitivamente en el antiguo reino de Granada. Tan lisonjeros pronósticos fueron de corta duracion. Al despuntar el año de 1501, las tríbus moriscas que poblaban las sierras occidentales de Granada, y en particular los habitantes de los distritos de Ronda, Harabal y Villaluenga raza de hombres belicosos cuya ferocidad se habia hecho proverbial, alzaron el estandarte de la rebelion; y desoyendo los consejos de la prudencia que les ponian de manifiesto el duro castigo que acababa de caer sobre la cabeza de sus correlijionarios rebeldes como ellos, así como menospreciando las seguridades que les ofrecian los Reyes Católicos de respetar los privilejios y esenciones que les habian sido concedidos por el tratado de capitulacion, se lanzaron desatentados á cometer actos de atroz violencia contra los cristianos, cuyos misioneros asesinaron y cuyos pueblos entregaron al incendio y al saqueo, en tanto que vendian como esclavos en Africa los hombres, niños y mujeres de quienes se apoderaban en sus vandálicas correrias.

No era posible que tan graves atentados permanecieran mucho tiempo sin su merecido castigo. Los Reyes lo dispusieron con su actividad y enerjía acostumbrada, y al efecto despacharon

órdenes terminantes á las ciudades y ricos hombres de Andalucía, para que se pusiesen en armas y marchasen con sus banderas á Ronda, punto designado para la reunion del ejército de operaciones contra los rebeldes. Sevilla envió 300 caballos y 2,000 infantes á las órdenes del Asistente de la ciudad el conde de Cifuentes, quien con el de Ureña y D. Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitan, acaudillaba el ejército real.

A mediados de Marzo, prévio acuerdo de los capitanes, la hueste cristiana mucho mas brillante que numerosa, penetró en el corazon de la fragosa sierra Bermeja, donde estaba el foco principal de la insurreccion. Llagada al lugar de Monarda, los españoles vieron crecidas cuadrillas de moros armados marchando por las laderas de un monte vecino, del cual estaban separados por la corriente del rio Verde. Las tropas de Aguilar que formaban la vanguardia, se enardecieron á la vista del enemigo, hasta el punto de que una corta fuerza sin órden alguna de sus caudillos, se apoderó de una bandera y se lanzó en su persecucion. Cara le hubiera costado su temeridad, si D. Alfonso de Aguilar no hubiese acudido en su auxilio con el resto de su gente. El de Ureña siguió el movimiento con la division del centro, y el de Cifuentes permaneció custodiando el campo con el pendon de Sevilla.

Una vez empeñada la refriega, los moros si-

guiendo su estratejia habitual comenzaron á retirarse peleando de posicion en posicion, atrayendo á los españoles hácia los desfiladeros mas escabrosos de la Sierra, hasta llegar á una llanura de corta estension rodeada por todas partes de una muralla de rocas, en medio de la cual los rebeldes habian reunido sus hijos y mujeres, y los objetos que constituian su riqueza. Deslumbrados por el rico despojo que se le ofrecia á la vista, los cristianos se desbandaron, y ansiosos de apoderarse de la presa desoyeron la voz de sus capitanes por atender solo á la de la codicia. Entre tanto los moros se rehacian entre las escabrosidades del terreno que los ocultaba á los ojos de sus enemigos; y estimulados por los gritos de sus familias víctimas de la despiadada saña del vencedor, así como favorecidos por las sombras de la noche que ya cubrian el campo, se deslizaron por entre las rocas y cayeron como un torrente desbordado sobre los españoles, que habiendo perdido la formacion y embainado las espadas, cuidábanse solo de retroceder agobiados bajo el peso de la rica presa que cada uno conducia sobre los hombros. El terror y la confusion introdújose muy luego en la revuelta masa de aquella indisciplinada soldadesca, que huyó despavorida en todas direcciones, diezmada por los golpes del enemigo y perdida entre las escabrosidades del terreno que no conocia.

El prudente conde de Ureña consiguió mantener en la obediencia alguna fuerza, y con ella

se batió en retirada hasta alcanzar una posicion ventajosa donde se mantuvo para dar lugar á que se le reuniesen los fujitivos. D. Alonso de Aguilar, por el contrario, haciendo alarde de un valor mas temerario que oportuno en aquellos momentos, se negó resueltamente á efectuar la retirada que los suyos y la situacion le aconsejaban. Rodeado de su hijo primogénito y de un puñado de esforzados caballeros, sostuvo denodado los impetuosos ataques de una muchedumbre de enemigos, hasta que herido gravemente el heredero de sus títulos y Estados, y muerto unos tras otros los valientes que le acompañaban, quedó solo con su gran corazon y su indomable valor. Dando y recibiendo golpes descomunales retrocedió el hermano del Gran Capitan hasta apoyar las espaldas contra una peña. Allí herido en la cabeza y en el pecho y perdido el coselete que se le habia desatado á impulsos de los tremendos y redoblados golpes que recibiera, continuó peleando con sin igual gallardía, hasta que un moro de jigantesca estatura y de hercúleas fuerzas se abrazó con él y le derribó en tierra: «*Yo soy*, exclamó el héroe haciendo un supremo esfuerzo para levantarse y herir á su contrario, *yo soy D. Alonso de Aguilar.... ¡Y yo*, contestó el moro, *el Fery de Ben Estepar....!* y esto diciendo, clavó su puñal en el corazon de aquel bizarro guerrero y esclarecido capitan.

Así murió en una repentina refriega que solo tuvo de gloriosa y memorable su muerte, el gran

Don Alonso de Aguilar, hermano mayor de Gonzalo de Córdoba, que desde su niñez y bajo las banderas cristianas, habia combatido durante mas de cuarenta años á los musulmanes andaluces, ya como caudillo de la hueste de su casa, ya como virey de Andalucía, ya como capitan general de los ejércitos del rey.

Mas afortunado el de Ureña, si bien tuvo el inmenso dolor de ver caer muerto á su lado á uno de sus hijos, logró guiado por un fiel adalid conocedor del terreno, salir con los suyos de aquellas fatales escabrosidades y batirse en retirada hasta ampararse del conde de Cifuentes quien acudía á la carrera con el pendon de Sevilla en socorro de la destrozada hueste. Reunidos los fujitivos á las tropas que llegaban de refresco, tomaron posiciones para rechazar el enemigo, y en ellas permanecieron hasta la salida del sol, cuya luz ahuyentó á la morisma y puso de manifiesto ante los ojos de los cristianos la inmensa pérdida que habian tenido. Esta fué tan grande en soldados y en esforzados capitanes entre los cuales se contó á Francisco Ramirez de Madrid, general del cuerpo de injenieros que tantos laureles habia conquistado en la memorable guerra de Granada, que toda la España se estremeció de ira y á una voz pidió venganza del desastre de Sierra Bermeja.

Apresuróse el rey D. Fernando á convocar en Ronda un nuevo ejército para tomar cumplida satisfaccion del agravio recibido, proponiéndose

marchar en persona sobre los rebeldes. Estos, aterrados al saber lo formidable de los preparativos que se allegaban contra ellos, y arrepentidos al mismo tiempo de haber levantado en su propio daño todas las fuerzas de la monarquía castellana, enviaron sin pérdida de tiempo comisionados al campo del rey, á fin de implorar humildemente su perdon. Don Fernando se dejó vencer por las súplicas de los que se reconocían criminales y se confesaban rendidos; y cediendo á los consejos de la prudencia que le mostraban lo impolítico de una nueva efusion de sangre, pero que al mismo tiempo le dictaban la conducta que le convenia seguir con una raza de hombres, que ni como súbditos ni como sectarios le podian infundir confianza alguna en la sinceridad de su arrepentimiento, prometióles olvido y perdon general, pero bajo la condicion de bautizarse ó salir desterrados del reino. En cumplimiento de lo ofrecido, dispuso el Rey Católico que se aparejasen en el puerto de Estepona los buques necesarios para el trasporte de los moros, que mediante el pago de diez doblas de oro por cabeza, prefiriesen pasar á Berbería antes que renunciar á su fé.

La medida por rigorosa que parezca estaba justificada por los escesos de la sublevacion que la habian motivado. Los moros de Sierra Bermeja, asi como los de la de Flabres y del valle de Lecrin, no podian invocar, como los de Granada, para disculpar su rebelion, las razones ó pretes-

to de la fuerza moral ó material empleada contra ellos para privarles de los beneficios del tratado de capitulacion, puesto que los Reyes Católicos les habian dado en los momentos oportunos (cartas, fechas en Sevilla en enero y febrero del año 1500) seguridades completas de respetar aquel tratado.

De esta manera quedó restablecida, y por muchos años, la tranquilidad en el reino granadino; Toda mezquita se trasformó en iglesia católica y todo moro en él residente, convertido, al menos en lo exterior, en cristiano. La política de Cisneros triunfaba al fin, y su partido acrecentado estraordinariamente en vista del feliz resultado, se impuso al gobierno obligándole á continuar sin levantar mano por el camino de la violencia en la obra de la conversion.

La de los moros granadinos no habia dejado á España completamente limpia de sectarios de Mahoma, puesto que en varios distritos y ciudades importantes de Castilla, entre ellas Avila, Toro y Zamora, vivian muchos musulmanes conocidos con el nombre de *Mudejares*. Contra estos exíguos restos de la raza que por tantos siglos habia inundado la Península, volviose el infatigable celo del partido intransijente, el cual á pretesto de la perniciosa influencia que su ejemplo pudiera ejercer sobre los recien convertidos granadinos, comenzó por obtener de los Reyes Católicos una pragmática, que se publicó en el verano de 1501, en la que se prohibía, bajo pe-

nas severas, todo trato entre los mudejares de Castilla y el ortodoxo reino de Granada. En febrero del año siguiente, por considerarse poco eficaz aquella medida, los Reyes expidieron una nueva prágmática en Sevilla, mandando que todos los moros de catorce años de edad en adelante los varones y doce las hembras, habitantes en los reinos de Castilla y Leon, que estuviesen sin bautizar, salieran desterrados de España, concediéndoseles plazo hasta el último dia del mes de abril para que vendiesen sus bienes y efectos, cuyo producto podian llevarse en todo lo que no fuera oro, plata ú otras mercancías cuya exportacion no estaba permitida.

Este nuevo edicto de proscricion, fechado en Sevilla á 12 de febrero de 1502, aunque no menos terrible que el promulgado diez años antes en Granada (1492) contra los Judíos, fué, sin embargo, casi ilusorio, puesto que no tuvo resultados importantes bajo el punto de vista político ni bajo el económico. No parece sino que los Reyes usando de una política tan sábia como hábilmente calculada, se propusieron satisfacer al mismo tiempo los intereses bien entendidos del país y la opinion pública abiertamente declarada contra los musulmanes, expulsando á estos por medio de un edicto, redactado en términos que se hacia poco menos que imposible su observancia por los míseros proscritos.

En efecto; en la pragmática de 12 de febrero, de 1502, esceptuábase de la expulsion á los

niños varones y hembras menores de catorce y doce años, y se prohibía á los desterrados fijar su residencia en los dominios del Gran Turco, y en los reinos de Africa con los que España se hallaba en guerra bajo pena de muerte y confiscacion de bienes. De forma que por un lado se les ligaba al suelo que los vió nacer con los fuertes lazos de la familia, y por otro se les vedaba el refujio entre sus correligionarios permitiéndoles la emigracion solo á tierras enemigas ó extrañas á sus costumbres y culto, con lo cual se les cerraban indirectamente las mismas puertas que con tanto aparato les abría el edicto de expulsion.

Ademas, para evitar los funestos efectos de la emigracion que pudiera intentarse á pesar de los obstáculos hábilmente suscitados, dispúsose, teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de los proscritos era gente pobre, exijirles el subido precio de diez doblas de oro por cabeza en pago de su trasporte en las galeras de la marina real; así es, que fueron muy pocos los moros que salieron del reino por negarse á recibir el agua del bautismo. Finalmente, hay que agregar otra circunstancia que hizo, como dejamos dicho, completamente ilusorio el edicto de 12 de febrero; y fué, que siendo los moros de las Alpujarras, Castilla y Leon, agricultores ú oficiales de artes mecánicas en su mayor parte, carecían de riqueza, ó la que poseian consistía en bienes raices, cuya enagenacion en tales momentos solo

podia verificarse bajo condiciones las mas ruinosas para aquellos desgraciados.

En la forma con que fué conducido este asunto, tan diferente en resultados al de la misma índole que se relaciona con los judíos, se revela cuanto menor era el odio que en España se profesaba á la raza musulmana que á la israelita; verdad es, que la primera se habia acabado por considerarla casi como indígena, en tanto que la segunda se miró siempre como extranjera.

Puede decirse que en 1502 termina definitivamente la historia de todas las razas musulmanas que una despues de otra se establecieron en la Península Ibérica en el discurso de ocho siglos. El suelo de Andalucía que fué el primero que sufrió su dominacion ilustrada, sábia y fecunda en grandes hechos y en prosperidad moral y material durante los dos primeros siglos y medio, cruel, fanática, pero con reminiscencias de su antigua grandeza durante los cinco restantes, fué tambien el último que las abrigó en su seno.

De aquella primera época de simpar grandeza, solo nos queda la tradicion oral harto desfigurada, algunos muy pocos monumentos literarios y solo uno de piedra, la mezquita aljama de Córdoba, para darnos una idea aproximada de lo que fué aquella civilizacion que se granjeó la admiracion de todos los pueblos sus contemporáneos y que merece el respeto de los de nuestros dias. Sin embargo, bastan aquellos exiguos da-

tos para poderla apreciar en su conjunto y deducir de ellos cuán próspera fué bajo todos los aspectos, la situacion de Andalucía. Desgraciadamente no se puede decir lo mismo de las que le sucedieron; los Moros, ya lo hemos dicho otra vez, fueron á los Arabes en Andalucía, lo que los Bárbaros del setentrion á los romanos; con la diferencia que los Bárbaros heredaron muy poco de la cultura romana, en tanto que los mauritanos tomaron bastante de la civilizacion arábiga lo que hizo menos funesta su dominacion en Andalucía de lo que lo habia sido la de los vándalos y de los visigodos.

Es muy digno de notarse, porque esto esplica hasta cierto punto la originalidad del carácter andaluz en todos los tiempos, que el espíritu, las costumbres, los afectos y las pasiones de nuestro pueblo, se han formado ó mejor diremos, son el producto de cuatro civilizaciones opuestas entre sí, la romana, la bárbara, la arábiga y la mauritana saturadas, al finalizar la Edad Media de la Cristiana que llegó á sobreponerse á todas sin conseguir borrar por completo los rasgos mas pronunciados de aquellas.

A partir de 1502, Andalucía pierde enteramente su fisonomía política particular. Cesa de ser el punto objetivo de las miradas de toda España. Ya no brinda su suelo con caballerescas empresas: Sus academias ya no atraen á los sábios; su industria y su agricultura decaen; su rico y floreciente comercio que hi-

cieron de Cádiz, Málaga y Almería otros tantos emporios de riqueza, van á aumentar la prosperidad de los mercados de la Corona de Aragon y la de los del reino de Portugal; y finalmente, que nadie en España se cuida de venir á cojer laureles sobre su suelo dada la abundante cosecha que de celos ofrecen la tierra de Italia y las rejiones del Nuevo Mundo recien descubierto por Colon.

En el capítulo que sigue bosquejaremos lijeramente la larga série de estraordinarios sucesos que hicieron grande y memorable la monarquía castellana, durante los sesenta y ocho años que trascurrieron desde que la tranquilidad quedó restablecida en todos los ángulos de la region andaluza, en 1502, hasta que estalló en 1570, la última rebelion morisca.

VI.

REYNADOS DE FELIPE EL HERMOSO Y DE CÁRLOS I.° 1502 á 1560.

Muerto el rey de Francia Cárlos VIII en Abril de 1498, sucedióle en el trono el duque de Orleans, con el nombre de Luis XII, con quien los reyes de Castilla y Aragon firmaron un tratado definitivo de paz en 5 de Agosto del mismo año, cuyas principales cláusulas fueron que ambos reyes se ayudarian recíprocamente en las guerras que cualquier soberano les moviese, esceptuando solo al Sumo Pontífice.

No menos ambicioso pero mas esforzado príncipe que su antecesor, Luis XII á penas sentado en el trono dispuso invadir la Italia; lo que efectuó el mismo año de su coronacion entrando en la Lombardía al frente de un numeroso ejército, sometiendo en poco mas de quince dias todo el ducado de Milan y amenazando con igual con-

quista el reino de Nápoles (1499), cuyo rey Don Fadrique déudo y aliado natural del Rey Católico, no pudiendo contar con el auxilio de ningun príncipe italiano ni con la proteccion de España, viéndose en tan inminente riesgo de perder su corona, recurrió al desesperado recurso de pedir socorro al Sultan Bayaceto de Constantinopla, que á la sazon tenia invadidos algunos Estados de la república de Venecia.

La desgracia que amenazaba á Nápoles no podia ser indiferente al monarca español, quien se propuso frustrar los designios del francés sin comprometerse en una guerra de éxito dudoso. Al efecto, propuso al rey Luis XII la particion del reino de Nápoles, para lo cual se abrieron negociaciones entre los dos monarcas, que terminaron con un tratado de confederacion y amistad, que fué ratificado en Noviembre de 1500.

En tanto se negociaba aquel tratado, el previsor y político D. Fernando, mandaba aparejar en el puerto de Málaga una poderosa escuadra, con numerosas tropas de desembarco, cuyo mando confió á Gonzalo de Córdoba á quien dió secretas instrucciones para que la emplease en la defensa del reino de Sicilia, si los franceses llegaban á hostilizarle, y de lo contrario marchase en auxilio de la república de Venecia contra los Turcos.

En el verano de 1500, la armada española en combinacion con la veneciana atacó y tomó por asalto la importante ciudad de Cefalonia, que los

turcos habian arrebatado á Venecia, despus de cuya ruidosa victoria Gonzalo de Córdoba regresó á Sicilia cubierto de laureles y bendecido por toda la cristiandad.

El regreso del Gran Capitan á Italia fué la señal para dar comienzo á una guerra esperada por todos los políticos de aquella época, que veian en el injusto tratado de particion del reino de Nápoles un manantial fecundo de celos y rivalidades entre los reyes de España y Francia. No historiaremos, por ser asunto ajeno á nuestra obra, esta guerra que duró mas de tres años hasta que la puso término el tratado de Lion (Febrero de 1504) en virtud del cual la Francia cedió el reino de Nápoles al rey D. Fernando de Aragon; pero nos cumple narrar rápidamente sus principales accidentes y resultados, puesto que toda su gloria pertenece á uno de los hijos mas esclarecidos de Andalucía.

«Es cosa que asombra, dice un moderno historiador, y á la que nos negariamos á dar crédito, si los hechos y los testimonios no lo demostraran suficientemente, ver á un general con tan reducido ejército muchas veces sin pagas y no pocas sin víveres y sin vestuarios para sus soldados, en apartadas y estrañas tierras, incomunicado á veces con su pátria y entregado á los solos recursos de su génio, triunfar una y otra vez de los mejores capitanes y ejércitos franceses, humillar á los reyes de Francia y conquistar un reino para los de España.

El génio de Gonzalo de Córdoba fué el que obró tales prodijios. Porque Gonzalo fué á la par que general estratéjico y hábil caudillo organizador, profundo político y hábil diplomático. Así es, que no sabemos en que situacion debemos admirar mas al Gran Capitan, si venciendo en Atella y en Ceriñola, si combatiendo á Tarento y á Rudo, si rescatando á Ostia y á Cefalonia, si batallando y triunfando en el Garillano, si sufriendo con inagotable y calculada paciencia en la plaza de Barletta y en los pantanos de Pontecorbo. No hubo génio que pudiera medirse con el de un general que ganó todas las batallas que dió en su vida, y que en su larga carrera militar solo perdió una, la única que se dió contra su voluntad y su dictámen.»

Es muy digno de notarse que en tanto que el génio y la espada de un hijo de Andalucía conquistaba en el centro de Europa un reino para España, otro génio que recibió aliento y auxilios en la tierra donde vió por primera vez la luz el Gran Capitan, descubria y agregaba nuevas regiones en el otro hemisferio á la corona de Castilla; de manera que puede decirse, que el suelo de Andalucía fué uno de los que mas contribuyeron á aquella grandeza y prosperidad que en los primeros años del siglo XVI hicieron de España una de las naciones mas poderosas del mundo.

Desgraciadamente en aquellos mismos dias un infáusto acontecimiento trocó en amargo llanto

el regocijo general que experimentaba la nacion al contemplar su prosperidad y descomunal engrandecimiento. La buena, la discreta, la magnánima y virtuosa doña Isabel 1.ª de Castilla, falleció el dia 26 de Noviembre de 1504 víctima de las fatigas é inquietudes que le ocasionó su gran celo por el gobierno de sus pueblos y los acerbos dolores morales que le produjeron las desgracias é infortunios de su familia.

En efecto, en el breve trascurso de ocho años aquella magnánima princesa y madre cariñosísima habia visto bajar al sepulcro á su hijo y heredero el príncipe D. Juan, nacido en Sevilla en Junio de 1479, y muerto en 1497, pocos meses despues de su matrimonio con la princesa Margarita de Austria hija del emperador Maximiliano; á su hija primojénita la infanta doña Isabel, nacida en Octubre de 1470, casada en 1490 con el príncipe D. Alfonso heredero de la corona de Portugal, y viuda tambien á los pocos meses; vuelta á casar con el rey D. Manuel de Portugal en 1497, y muerta en 1498 al dar á luz al príncipe D. Miguel, que solo dos años sobrevivió á su madre.

En la tarde del mismo dia en que falleció doña Isabel, su esposo D. Fernando de Aragon, alzó pendones en la ciudad de Medina, por doña Juana su hija, como reina de Castilla y de Leon, (casada en Octubre de 1406 con el archiduque Felipe hijo y heredero del emperador Maximiliano) y en el acto resignó el título de rey de Castilla

que habia llevado con tanta gloria durante treinta años, y tomó el de regente ó gobernador del reino segun lo dispuesto en el testamento de doña Isabel.

En 28 de Abril de 1506, llegaron procedentes de Flandes, doña Juana y D. Felipe, al puerto de la Coruña, donde permanecieron hasta el mes de Junio, en cuya época, y tras no pocos disgustos y serias alteraciones producidas en el reino dividido en dos cortes y en dos campos, D. Felipe consintió en tener una entrevista con su suegro D. Fernando, la cual se verificó en las inmediaciones de la Puebla de Sanábria, dando por resultado que en 24 del citado mes, se celebrase una concordia entre los dos reyes en virtud de la cual D. Fernando renunció la regencia y gobierno de Castilla en doña Juana y D. Felipe sus hijos.

Pocos dias despues (12 de Julio) el archiduque Felipe, con deseos de apoderarse del gobierno del reino, propuso á las cortes reunidas en Valladolid que pusiesen en reclusion á la reina doña Juana, su esposa, á pretesto de la enagenacion mental que padecia, enfermedad que nunca pudo calificar bien. Las cortes se opusieron á tratar á la reina de una manera tan indigna, y juraron á doña Juana como soberana de Castilla y á D. Felipe como rey consorte, y despues de este á D. Cárlos su hijo primojénito é inmediato sucesor.

En el mes de Noviembre de este mismo año

falleció en Burgos de una fiebre maligna, *Felipe el Hermoso*, cuyo breve reinado, si así puede llamarse la mal definida autoridad que ejerció en Castilla, solo se señaló con arrebatos, imprudencias y el amor á los placeres que caracterizaron la vida de aquel príncipe.

Muerto D. Felipe reuniéronse los grandes en la casa del arzobispo Cisneros, y en ella se nombró un consejo de regencia presidido por aquel eminente prelado, quien escribió inmediatamente al rey D. Fernando, que á la sazon se encontraba en Nápoles, noticiándole el triste suceso y escitándole á volver cuanto antes á Castilla.

Arreglados los negocios de Nápoles, D. Fernando el Católico diose á la vela para las costas de España, donde llegó en 20 de Julio de 1507. Desembarcó en el Grao de Valencia, y entró un mes despues en Castilla, para tomar de nuevo con robusta mano las riendas de su segunda regencia. Tempestuosa fué desde los primeros dias; pero el rey á fuerza de actividad y enerjía logró sujetar á la nobleza descontenta, y pacificar el reino recurriendo antes que al rigor á la indulgencia para deshacer las confederaciones que entre sí hacian los principales personajes de la grandeza castellana.

Solo se mostró rigoroso é inexorable en Andalucía, donde varios caballeros acaudillados por el conde de Cabra y el jóven marqués de Priego, hijo del héroe que murió gloriosamente en las

Alpujarras, y sobrino del Gran Capitan, movieron una sedicion que tuvo por teatro de sus excesos la ciudad de Córdoba. Parece que la causa de aquel disturbio fué el disgusto con que los nobles andaluces miraban la particular predileccion que D. Fernando manifestaba por la aristocracia castellana, y á tal extremo llevaron sus resentimientos que muy luego la asonada dejeneró en abierta rebelion. Indignado el rey con aquel ultraje hecho á su autoridad, dispuso marchar en persona contra los rebeldes, lo cual efectuó con un ejército formidable, saliendo de Burgos para Córdoba á fines del verano de mil quinientos ocho.

Aterrados los amigos del jóven marqués de Priego ante el aparato de fuerza desplegado contra ellos, instáronle para que se sometiese desde luego al rey, á lo cual se avino el imprudente mancebo, marchando á Toledo para arrojarse á los piés de su alteza. Sabedor de su llegada, mandóle el soberano detenerse á la distancia de cinco leguas de aquella ciudad, y que le hiciese formal entrega de todas las fortalezas que radicaban en sus Estados.

Sin embargo de haberse cumplido lo mandado por el rey, este marchó hácia Andalucía al frente de 600 hombres de armas, 400 ginetes y 3.000 infantes, con los cuales entró en Córdoba en el mes de setiembre, decretó la prision del marqués y mandó se le formase proceso ante el Consejo real por delito de alta traicion. El acu-

sado renunció á toda defensa y se entregó á la clemencia de su soberano. En tanto se instruia el proceso del marqués de Priego, dictáronse sentencias de muerte contra varios caballeros y vecinos de Córdoba convictos de haber tomado parte en la rebelion, las cuales fueron llevadas inmediatamente á efecto. Por lo que hace al marqués, el tribunal falló que habia incurrido como traidor en la pena de muerte y pérdida de todos sus bienes; pero que en consideracion á sus pocos años, á la calidad de su persona y á que se habia puesto en manos del rey, este debia conmutársela por destierro perpétuo de Córdoba, multa de veinte millones de maravedis, entrega de todos sus castillos al rey y demolicion de la fortaleza de Montilla que era una de las mas fuertes y suntuosas de Andalucía. Cumplióse aquella cruel sentencia, produciendo general descontento entre la nobleza castellana y andaluza el excesivo rigor usado con un delincuente de tan pocos años y de tan esclarecida familia como era el hijo del heróico D. Alonso de Aguilar.

Siete años y unos cuatro meses despues de este suceso que tan triste recuerdo dejó en Andalucía, falleció el rey Católico (23 de enero de 1516) en Madrigalejos, á los 64 años de su edad y cuarenta y uno de haber entrado á rejir el cetro de Castilla con su esposa D.ª Isabel. Declaró en su testamento por heredera universal de los reinos de Castilla, Aragon, Navarra, Nápoles, Sicilia, posesiones de Africa y de las Indias occidentales,

á su hija la reina D.ª Juana y á sus hijos y nietos de lejítimo matrimonio varones ó hembras; nombró, atendido el estado intelectual de doña Juana, Gobernador general de los reinos á su nieto el príncipe D. Cárlos para que los rijiese á nombre de la reina su madre, y rejente de Castilla durante la ausencia del príncipe, al Cardenal de España Jimenez de Cisneros, y de Aragon al arzobispo de Zaragoza, hijo suyo natural.

Su cuerpo fué llevado á Granada, donde se le dió sepultura en la capilla real al lado de la Reina Católica su esposa.

Muerto el Rey Católico, Adriano, dean de Lovaina, enviado á España por el príncipe don Cárlos para poner en órden todo lo relativo á la sucesion y regencia del reino, presentó al Cardenal Cisneros los poderes que traia para tomar las riendas del gobierno una vez muerto D. Fernando. Mas como al poco tiempo se recibieran en Castilla cartas del príncipe Cárlos confirmando á Cisneros el título de regente que le confiriera el rey, el de Lovaina quedó con el carácter de embaador.

Muy luego, el hijo de D.ª Juana, en perjuicio de los lejítimos derechos de su madre, comenzó á usar en Flandes el título de rey, y exijió del Cardenal regente que le fuese reconocido en España. Cisneros á despecho de los grandes de Castilla, se apresuró á dar cumplimiento á la órden, y en 30 de mayo hizo proclamar en Madrid al nieto de los Reyes Católicos.

Año y medio despues, esto es, en setiembre de 1517, Carlos de Gante, nieto de Maximiliano de Austria y de D. Fernando y D.ª Isabel, desembarcó en el puerto de Villaviciosa de Asturias, acompañado de su gran privado Guillermo de Croi, señor de Chievres y de una numerosa comitiva de caballeros flamencos, ávidos de riquezas y de mercedes que ya hacia mucho tiempo estaban chupando cual voraces sanguijuelas la sangre y el oro de España. A los cuarenta y nueve dias de este suceso, murió en Roa, víctima de la mas desdeñosa y pérfida ingratitud de su soberano, el noble, el grande, el esclarecido Cardenal Cisneros.

Así, pues, la dinastia austriaca que se entronizó en España, comenzó su reinado con un acto que mereció general reprobacion de propios y estraños.

Los que se siguieron inmediatamente no fueron tampoco de naturaleza á grangear al príncipe Cárlos el amor de sus súbditos. Su pretension ante las Córtes congregadas en Valladolid á ser reconocido y alzado rey viviendo su madre doña Juana, reina legítima y propietaria; las dificultades que opuso á jurar, antes de ser él jurado, que mantendria los fueros, usos y libertades de Castilla, y sobre todo las cláusulas por las que se obligaba á *no dar empleos ni oficios á estrangeros* y, en suma, la prisa que se dió á distribuir las dignidades y empleos de la Córte entre los flamencos que le rodeaban, cuya codicia

y rapacidad se habian hecho proverbiales desde los tiempos de su padre Felipe el *Hermoso*, fueron causa del profundo disgusto y marcado desagrado con que los españoles miraron al nieto de los Reyes-Católicos.

Encontrándose en Barcelona, donde pasara en febrero de 1519, para ser reconocido y recibir el juramento de obediencia de los catalanes, llególe la noticia de haber fallecido su abuelo Maximiliano, rey de Romanos y emperador de Alemania. Desde aquel momento Cárlos de Austria puso en juego toda clase de jestiones y artificios para alcanzar la corona imperial á la que se consideraba con derecho, y que le fué concedida, no sin tener que vencer antes sérias dificultades, en 28 de junio de 1519, por los siete grandes electores del Imperio reunidos en la dieta de Francfort.

Si grande fué la alegria que causó al rey de España verse elevado á la dignidad del mayor soberano de Europa, mayor fué el disgusto que produjo á los españoles aquel encumbramiento, que les recordaba los sangrientos disturbios que por iguales motivos tuvieron lugar en Castilla en tiempos de D. Alonso el *Sábio*, y que los exponia á verse envueltos en las graves complicaciones de la política italiana, alemana y francesa. Aumentóse el descontento popular con la nueva que corrió de que Cárlos se preparaba á salir de España para ir á ceñirse la corona imperial, llegando muy luego al extremo de que

algunas ciudades de voto en Córtes, recordando los agravios que habia sufrido el reino desde la venida del rey, y temiendo los grandes males que podrian seguirse de su ausencia, trataron de oponer formal resistencia á su salida para Alemania, autorizando á sus procuradores reunidos en las Córtes abiertas en Santiago en primeros de abril de 1520 y trasladadas muy luego á la Coruña, para que negasen á Cárlos I, un servicio de doscientos millones que pedia á la nacion para atender á las cosas de Alemania.

Este fué el comienzo de la sangrienta guerra civil conocida en los fastos de la historia pátria con el nombre de *Guerra de los Comuneros*, ocasionada por la insaciable codicia, y la desvergonzada rapacidad de los flamencos, consejeros del monarca que importó el primero el absolutismo real en España, y que dió orígen á los tumultos, sediciones y crueles batallas, que comenzando en Toledo se prolongaron durante un año hasta terminar con el desastre de Villalar donde quedó sepultada la libertad de España.

Andalucía tomó poca parte en aquella memorable sublevacion, por mas que se sintieran sus efectos en muchas de sus ciudades mas importantes, como Alhama, Guadix, Ubeda, Jaen, Baeza, Córdoba y Sevilla, cuyos procuradores en las Córtes de Santiago y la Coruña apoyaron la negativa de los castellanos á suscribir el donativo de millones que exigia el Cárlos I para realizar sus vastos planes de engrandecimiento

exterior. Solo en Sevilla estalló una grave sedicion comunista que tuvo consternado durante muchas horas su numeroso y pacífico vecindario.

En un «Discurso de la comunidad de Sevilla, año 1520, que escribió un clérigo apasionado de la casa de Niebla» curioso manuscrito que poseia D. Bartolomé José Gallardo, y del cual tiene una copia D. José Maria Asensio y Toledo, la cual ha puesto á nuestra disposicion, se contienen inapreciables detalles acerca de aquel acontecimiento, los cuales vamos á estractar muy á la ligera, dejando para otro lugar su ampliacion.

Las Córtes reunidas en Avila por los Comuneros (agosto 1520) escribieron á Sevilla para que enviase á ellas sus procuradores; á lo que se negó la ciudad dando por razon que acababa de recibir una señalada merced del rey. Sin embargo, muchos caballeros parientes, déudos y amigos de la casa del duque de Arcos, en número de ciento y tantos entraron en la liga propuesta, y urdieron una vasta conspiracion para secundar el alzamiento de los comuneros de Castilla, dando por pretesto á su rebelion el agravio que sufrian los nobles de Sevilla con que los *confesos* tuviesen todos los oficios y dignidades del Cabildo, en tanto que los hijosdalgo no tenian regimiento ni otro cargo alguno. Fueron los principales entre los confabulados D. Juan de Figueroa, caballero de carácter turbulento, que decia

de sí mismo: *Yo soy caballero que no tengo que perder;* su hermano D. Francisco y el Tesorero Luis de Medina.

Antes de alzarse en rebelion convinieron en enviar una peticion al rey en queja del agravio que se les hacia; mas como se tardase la respuesta mas tiempo del que su impaciencia permitia, resolvieron acometer audazmente la empresa puestos de acuerdo con el duque de Arcos, que marchó á levantar sus Estados de Jerez, con su hermano D. Juan que habia de ponerse al frente de la Comunidad de Sevilla, y con el conde de Ureña, que debia hacer lo mismo en Antequera. Dispuesto todo, el dia 17 de setiembre salió D. Juan de Figueroa de la casa del duque de Arcos, allegó un crecido tropel de gentes armadas con picas, y arrastrando seis piezas de artillería sacadas de la casa del duque, se reunió en la plaza de Santa Catalina con los caballeros de la ciudad que habian tomado parte en el compló, y marchó por las calles dando vivas al rey y á la Comunidad, y precedido de un pregonero que decia en altas voces: «Manda la reina y el rey nuestro señor que todos se lleguen al capitan general D. Juan de Figueroa, so pena de la vida.» Los amotinados se dirijieron por la Ropavejería á la plaza de S. Francisco, donde los alcanzó muy luego la gente del bando del duque de Medina-Sidonia acaudillada por Valencia de Benavides, cuñado del duque, que traia tres piezas de artillería. Al desembocar los de Medina por la

calle de las Sierpes, en la plaza, una parte de los amotinados huyó hácia sus casas, y la otra se guareció en el convento de S. Francisco con ánimo de resistir. Ya iban á llegar á las manos los dos bandos, cuando los frailes franciscanos, *usando de hermosas y dulces palabras*, los pusieron en paz, retirándose los de Medina para el barrio del Duque, y los Comuneros por calle de Génova, gradas de la Catedral, y plaza del Arzobispo hácia el Alcázar, ante cuya puerta D. Juan de Figueroa mandó apuntar los cañones y batirla hasta franquearse la entrada. En tanto jugaba la artillería, un grueso peloton de amotinados penetró en el Alcázar por un postigo del jardin del Príncipe, y se apoderó de algunas torres de la fortaleza; visto lo cual, D. Jorge de Portugal, alcaide de la misma, capituló con Figueroa, quien tomó posesion del Alcázar con hasta mil hombres de su faccion, procediendo en seguida á ponerlo en estado de defensa, y á reunir provisiones para sostener un sitio en el caso de que su intentona no encontrase eco en la ciudad.

Los del bando de Medina Sidonia al tener noticia del ataque del Alcázar, retrocedieron sobre sus pasos y acudieron desalados en defensa de la *casa* del rey. Por mucha diligencia que pusieron, llegaron cuando ya los Comuneros eran dueños de la fortaleza, y no atreviéndose á combatirlos vista la proximidad de la noche, retrocedieron al barrio del Duque, donde pasaron la noche

sobre las armas así como todos los vecinos de Sevilla. En la mañana siguiente, (lunes 18 de setiembre) reunióse el Cabildo, y acordó requerir la Casa de Niebla para que acudiese á combatir á los traidores en nombre del rey.

Los de Medina, que no deseaban otra cosa, marcharon tocando trompetas y atabales, y en número tan crecido, que llenaba toda la calle de las Sierpes, hácia el Alcázar, que atacaron por el lado de la Casa de la Moneda, poniendo sus cañones en batería á la puerta del Colejio del Arzobispo. Al ruido de los disparos y al eco de los pregones que sin cesar se echaban por todas las calles de la ciudad mandando á los hombres capaces de llevar armas que acudiesen en defensa de la casa del rey, acudió tan crecido número de combatientes, que la fortaleza se vió estrechamente cercada, y combatida por todos los puntos por donde se pensaba poderla entrar.

Muchas horas hacia que duraba el ataque, principalmente por el lado de la huerta de la Alcoba y por el del jardin del Príncipe, donde pasaron los cañones, poniéndolos en batería al lado de la Casa de la Contratacion, cuando el Cabildo alarmado ante la gravedad que presentaba el motin, mandó sacar el pendon de la Ciudad, pregonar por traidores á los que estaban dentro del Alcázar, y llamar á son de trompeta á los vecinos para que diesen favor á la justicia del rey. Acudieron al apellido los Sres. rejidores, veinticuatros y jurados con toda la jente que

cada uno pudo armar, y puestos en órden se encaminaron á Gradas de la Catedral.

Estando allí, siendo la hora de medio dia, vieron llegar por el arquillo y por el corral de los Olmos un crecido tropel de jente que les obligó á poner mano á las armas. Poco duró el sobresalto, pues los primeros dieron voces que el Alcázar habia sido tomado por los del duque, y que los de Arcos salian huyendo á la desbandada.

El caudillo de los Comuneros sevillanos, D. Juan de Figueroa se condujo con un valor heróico digno de mejor fortuna; pues á pesar de verse abandonado durante las horas del peligro, por muchos caballeros de la ciudad que le habian ofrecido ir en su ayuda cuando se hiciese dueño del Alcázar, peleó hasta el último momento, solo y retrayéndose de aposento en aposento, hasta que cayó en tierra con dos heridas, negándose á darse preso, y diciendo que queria morir, *como un caballero en el campo.* Acaso se hubiera cumplido su bizarra decision, á no llegar á tiempo el capitan Valencia de Benavides, quien al grito de *Atrás, villanos! que los caballeros no se han de tratar desa manera,* le sacó de manos de la plebe que le acuchillaba.

Hubo en aquella refriega, que duró tres horas, siete muertos, cuarenta heridos y mayor número de descalabrados. A D. Juan de Figueroa diéronle por cárcel el palacio arzobispal, de donde se huyó al poco tiempo refujiándose en los estados del duque de Arcos; mandáronse ahorcar

algunos hombres del pueblo, y se tomaron varias disposiciones con lo cual se apaciguó la ciudad. Por mas que el suceso fuese mas ruidoso que grave, y que con él pudiera darse por terminada la sublevacion de las Comunidades de Andalucía, es lo cierto que, á pesar de lo que dicen muchos historiadores, el acontecimiento alcanzó mayores proporciones que las que la generalidad le concede, segun demostraremos con la debida estension en la *Historia particular de Sevilla*, dado que á ella corresponde la detallada narracion de los hechos, habiéndose fraguado en su seno y por una de las casas mas poderosas de Andalucía la liga con los Comuneros de Castilla.

Mientras se ahogaban en sangre las dos grandes revoluciones conocidas en la historia pátria con los nombres de guerra de las Comunidades de Castilla, y guerras de las Germanías de Valencia, Cárlos de Austria salió de España para ir á los dominios del imperio que acababa de heredar; mas antes quiso visitar al rey de Inglaterra Enrique VIII, para separarlo de la amistad del rey Francisco I de Francia, lo cual consiguió ganando á su partido al ministro y favorito de Enrique, el célebre cardenal Wolsey. (Mayo de 1520.)

Terminada la entrevista de los dos monarcas, Cárlos I se reembarcó para Flandes, de donde al poco tiempo pasó á Aix-la-Chapelle, donde se celebró la solemne ceremonia de su coronacion, por los arzobispos de Colonia y de Tréveris.

Este suceso unido al de la reciente alianza

del rey de España con el de Inglaterra, colmó la medida de los resentimientos que abrigaba Francisco I contra su rival, desde que viera frustradas sus pretensiones al imperio, y en tal virtud buscó pretestos para romper con él. La incorporacion de Navarra al reino de Castilla, por Fernando el Católico, y la rebelion de Roberto de la Marca, vasallo del emperador, se los proporcionaron á su satisfaccion, y muy luego estallaron entre los dos poderosos rivales aquellas memorables guerras que habian de durar toda su vida con cortos intérvalos.

Aunque ajena al objeto de nuestra historia la narracion de aquellas prolongadas luchas, habremos de dar un breve estracto de ellas, tanto por no interrumpir el curso ordenado en la referencia de los grandes acontecimientos históricos que caracterizaron aquella señalada época, cuanto porque no pueden ser indiferentes á la historia de Andalucía ninguno de los sucesos que se relacionan con la general de España, y porque aquellas guerras hicieron sentir la necesidad de establecer un nuevo sistema político fundado en el equilibrio europeo, que viene siendo desde entonces ley de suprema necesidad para la paz de nuestro continente.

Esto sentado, comenzaremos á narrar compendiosamente los principales acontecimientos del reinado de Cárlos I, desde su rompimiento con Francia, hasta su muerte en el monasterio de Yuste, siguiendo el órden y método cronoló-

jico adoptado por el historiador D. Lévi, (Alvares.)

PRIMERA GUERRA (1521 á 1526). *Sus cáusas:* Francisco I exije al emperador Cárlos V la restitucion del reino de la Navarra española, con arreglo al tratado de Noyon: renueva sus pretensiones al reino de Nápoles. El emperador reclama el Milanesado como féudo del imperio, y los Estados de Borgoña, reunidos por Luis XII á Francia, como formando parte de la sucesion de Cárlos el Temerario.

Principales acontecimientos. Cárlos V forma alianza con el Papa y con el rey de Inglaterra. Francisco I con Venecia y con los Suizos. Los franceses derrotados en Bicoca, (Lombardia) son expulsados de Italia. Esforza recibe el Milanesado de manos del Emperador. El condestable de Borbon se pasa á los españoles. El rey de Francia invade de nuevo la Italia. Famosa batalla de Pavia; derrota de los franceses y prision de Francisco I.

Resultados. Tratado de Madrid, humillante y deshonroso para Francia, en virtud del cual, Francisco I renunció á todas sus pretensiones sobre Italia, á la soberanía de Flandes y del Artois, cedió la Borgoña, dió sus dos hijos en rehenes al emperador, y por último, se convino que el rey de Francia se casaria con Doña Leonor, hermana de Cárlos y viuda del rey de Portugal.

El mismo año (1526) en que se firmó este tratado cuyos capítulos asombraron al mundo, el

emperador se casó con su sobrina la infanta Doña Isabel de Portugal, hija del difunto rey D. Manuel, y celebró sus bodas en Sevilla, que se solemnizaron con suntuosas fiestas.

SEGUNDA GUERRA (1527 á 1529). *Cáusas*: Negativa de Francisco I á cumplir el tratado de Madrid.

Principales acontecimientos. Alianza del rey de Francia con el papa, Venecia, Enrique VIII y los Estados de Milan. Asalto de Roma por los imperiales; muerte del condestable de Borbon; horrible saqueo de Roma por los imperiales; prision del papa Clemente. Sitio de Nápoles por Lautrec, quien se vió obligado á levantarlo á causa de la peste que diezmaba su ejército, y de la retirada de Andres Doria que se pasó al emperador. Paz de Cambray, con las mismas condiciones del tratado de Madrid, escepto la cesion de la Borgoña y la garantía de los dos hijos de Francisco I como rehenes.

Resultados. Crece considerablemente el poder en Italia del emperador, quien se hace coronar en Boloña por el papa Clemente VII. Constitucion de Florencia en Estado hereditario en favor de los Médicis; y establecimiento en Génova de una constitucion aristocrática que asegura su independencia.

En tanto tenian lugar en Italia los sucesos que dejamos apuntados, en España volvió á encenderse la tea de la guerra civil. Sublevároнse los moros de Valencia (1525) por no cumplir una

real cédula del emperador en la que se les mandaba que en el término de treinta dias viniesen á la obediencia de la Iglesia, bajo la pena de muerte y confiscacion de bienes. Aquella rebelion, como todas cuantas intentaran los desventurados restos de la raza musulmana en España, fué vencida y ahogada en sangre á fines del verano de 1526.

Un conato de sublevacion que el mismo año se manifestó entre los moros aragoneses, obligó al emperador á tomar providencias sobre los moriscos de Granada, acusados de haber eludido las repetidas órdenes dictadas para su conversion. Entre las providencias mas señaladas lo fueron la traslacion á Granada de la Inquisicion de Jaen; prohibir á los moriscos que hablasen su lengua en público, ordenarles que vistieran como los cristianos y que mandasen sus hijos á las escuelas cristianas para instruirse en los misterios de la fé católica. Con deseo de suavizar el rigor de las penas que les fueron impuestas, los moriscos ofrecieron servir al emperador con 80,000 ducados ademas de los ordinarios tributos. Aceptóse el ofrecimiento é hízoseles la merced de que sus bienes no fuesen confiscados por el Santo Tribunal.

Una parte de aquella suma se destinó á edificar un magnífico palacio en el recinto fortificado de la Alhambra, obra grandiosa que á pesar de llevar el nombre de Cárlos V, no llegó nunca á concluirse.

TERCERA GUERRA (1535 á 1538). *Cáusas:* Eje-

cucion en Milan del embajador frances.

Sucesos importantes. Alianza de Francisco I con el papa, y luego con el sultan de Constantinopla, Soliman II. Conquista de la Saboya. Cárlos V invade la Provenza y tiene que batirse en retirada. Victoria de Essek, ganada por los turcos en Hungria.

Resultados. Tratado de Niza; tregua por diez años. Ambos soberanos quedan en posesion de sus respectivas conquistas. Celebran una entrevista en Aguas-Muertas y se separan amigos. (1538.)

Sucesos importantes acontecidos entre la tercera y cuarta guerra (1539 á 1542). Muerte de la emperatriz doña Isabel madre del príncipe don Felipe. (1539.) Infructuosa campaña marítima contra el Turco. Conquista de Castelnovo por los españoles, y su reconquista por Barbarroja (1539). Sublevacion de Gantes por negarse los de la ciudad á pagar un impuesto. Sofoca la rebelion el emperador en persona y destruye las libertades del pueblo flamenco. (1540). Negativa de Cárlos V á ceder el Milanesado á Francisco I. Desastrosa espedicion del Emperador á Arjel; dispersion de la flota espedicionaria en su viaje de regreso (1541).

CUARTA Y ÚLTIMA GUERRA (1542 á 1544). *Cáusas*: asesinato en Milan de dos agentes que Francisco I enviaba el uno á la sublime Puerta y el otro á la Señoría de Venecia, á fin de renovar su antigua alianza contra el Emperador.

Sucesos mas importantes. Alianza de Cárlos V con Enrique VIII de Inglaterra, y de Francisco I con el Sultan. Invasion de los turcos en Austria. Bombardeo de Niza por las escuadras francesa y turca reunidas. Entran en Francia el emperador y el rey de Inglaterra, el primero por la Lorena, y el segundo por Calais. Derrota de los imperiales en Cerizoles. Toma de Bolonia por Enrique VIII.

Resultados: Paz de Crespi (1544). Francisco I desiste de sus pretensiones al reino de Nápoles y á la soberanía de Flandes y del Artois; Cárlos V renuncia á las suyas sobre la Borgoña.

La naturaleza de nuestra obra nos obliga á prescindir de la narracion de importantes sucesos ajenos á ella hasta cierto punto, para acercar las fechas y los sucesos que son de su dominio particular, á fin de no distraer demasiado tiempo la atencion de nuestros lectores, y conservar la unidad de su accion y característico interés. Por eso hemos llegado hasta la paz de Crespi, que puso término á aquella larga série de guerras que duraron 22 años con cortos intérvalos, durante las cuales se desarrolló un nuevo sistema político basado sobre la ley del equilibrio europeo; difundiéronse en España y Francia las luces de la civilizacion que por entonces renacia en Italia, y tuvieron comienzo los ejércitos permanentes. Hemos llegado hasta

aquella paz, repetimos, haciendo caso omiso de Lutero y del orígen y cuestion de la *Reforma*; de las conquistas de Méjico y del Perú; de la guerra de Africa y jornada de Tunez; de los progresos de la *Reforma* en Alemania y de la fundacion de la Compañía de Jesus.

De la misma manera y por idénticas razones saltaremos desde la paz de Crespi, punto culminante de la política internacional de Cárlos V, puesto que con ella dejó establecida su soberanía en Alemania é Italia, al tratado de *Passau* (1552) que señala la declinacion de aquel colosal poder que por espacio de tantos años habia dominado en Europa, y que dió un rudo golpe á la unidad católica autorizando el ejercicio de la religion protestante en Alemania, sin detenernos en referir los pormenores del memorable suceso del Concilio de Trento y de la guerra religiosa que le sucedió; de la famosa liga de Smalkalde que terminó siendo vencida en pocos meses la confederacion protestante del cuerpo gérmanico que tan imponente se habia presentado en un principio; de la guerra religiosa consecuencia de la defeccion del duque Mauricio Elector de Sajonia, y uno de los príncipes mas poderosos de Alemania, su alianza con el rey de Francia Enrique II, contra el emperador, y finalmente, la fuga de Cárlos V, de la ciudad de Inspruck, donde estuvo á punto de caer en mano de los protestantes.

Por último; nos desentenderemos tambien de

los sucesos ocurridos desde el tratado de *Passau*, hasta la renuncia de Cárlos V (1556) de la corona del imperio de Alemania en favor de su hermano Fernando rey de Romanos y su abdicacion de la de España en su hijo, que entró á reinar con el nombre de Felipe II, para llegar lo mas antes posible á ocuparnos con la debida estension de la historia particular de Andalucía, donde se va á representar muy luego el penúltimo acto del secular y memorable poema que tuvo comienzo con el desastre del Guadi-Becca.

Al sentarse en el trono de San Fernando, Felipe II, era en realidad el monarca mas poderoso del mundo, poseia los reinos de Castilla, Aragon y Navarra, los de Nápoles, Sicilia, Milan, Cerdeña, las Baleares, el Rosellon, los Países-Bajos, y el Franco-Condado; en las costas de Africa las islas Canarias, Cabo Verde, Oran, Bujía y Tunez; en Asia las Filipinas, y una parte de las Molucas, y en el Nuevo-Mundo, los dilatadísimos imperios de Méjico, el Perú y Chile, finalmente, por su matrimonio, con María hermana de Eduardo VI de Inglaterra y heredera de este reino, que le llevó en dote el título de rey de Inglaterra, podia considerarse que disponía de las fuerzas y recursos de esta nacion.

Tan desmedido poder tenia que ser necesariamente mirado con recelo por la Francia, cuya política desde el tiempo de los Reyes Católicos,

venía conspirando constantemente por detener el incesante engrandecimiento de España. Así es, que el mismo año del advenimiento del hijo de Cárlos de Austria, el rey Enrique de Francia hizo alianza con el papa Paulo IV para arrebatar á Felipe II el dominio y posesion del reino de Nápoles. La pericia militar del duque de Alba en Italia (1557) y las memorables victorias de San Quintin y Gravelines (1558) obligaron al francés á suscribir la humillante paz de Chateau-Cambresis, que puso término á las sangrientas guerras que durante cerca de medio siglo habian desolado una parte de la Europa.

Muerto, el año anterior, el emperador Cárlos quinto en su solitario retiro del monasterio de Yuste, y tambien la reina D.ª María de Inglaterra, segunda esposa de Felipe II, el fundador del Escorial, despues de dejar organizado el gobierno y administracion de los Países-Bajos, con la regencia de su hermana natural la princesa Margarita de Austria, duquesa de Parma é hija mayor de Cárlos V, regresó de Flandes á España, donde contrajo terceras nupcias (1560) con Isabel de Valois hermana del rey de Francia Francisco II.

Insiguiendo el plan que no podemos abandonar, escusaremos la narracion, de las campañas marítimas de los españoles contra los piratas turcos y berberiscos (1560); de la rebelion de Flandes y guerra de religion que fué su consecuencia y cuyos dos primeros períodos duraron

diez años desde 1559 á 1568; de las crueldades ejercidas por el duque de Alba en los Países-Bajos; de la prision y muerte del príncipe D. Cárlos, hijo de Felipe II, y de la de su tercera esposa Isabel de Valois, (1568) para volver á ocuparnos por algun tiempo del principal objeto de nuestro trabajo, que es la historia de Andalucía.

VII.

Levantamiento y Guerra de los moriscos de Granada.
1569.

No era natural que un soberano como Felipe II de carácter tan mal definido todavía por la historia, acaso por ser realmente indefinible, hasta que nuevos documentos sobre los muchos conocidos ilustren lo bastante su vida; soberano que en los cuatro primeros años de su reinado, con menos habilidad política que sus abuelos los Reyes Católicos y menos fuerza de voluntad y actividad que su padre el emperador, se habia señalado solo por un exajerado celo religioso y un desmedido amor á la unidad católica que produjo una guerra civil en Nápoles é inundó en sangre los Paises-Bajos, por causa del establecimiento de la Inquisicion, no es natural repetimos, dados estos antecedentes, que mirase

con indiferencia una de las mas bellas rejiones de sus estados de Castilla en manos de unos hombres de dudosa fé católica, y que hacian gala de conservar, á despecho de toda autoridad, el idioma, traje, costumbres y hasta el culto secreto de sus mayores, cual eran los moriscos de Granada.

La poca tolerancia que con ellos se habia usado durante los reinados precedentes debia necesariamente terminar en el de un príncipe como Felipe II. Así es, que á su regreso de los Países-Bajos, el rey, á peticion de los procuradores de las Córtes reunidas en Castilla (1559-60) prohibió á los moriscos de Granada tener esclavos negros á su servicio, á pretesto de que viniendo estos de países donde no se profesaba la relijion cristiana, eran educados secretamente en la musulmana. Reclamaron los agraviados contra la injusticia de esta medida; mas con su solicitud solo consiguieron empeorar su situacion, puesto que el capitan general del reino Granadino, don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, les contestó poniendo en vigor una cédula del año 1553 en la que se prohibia á los moriscos, usar de armas sin la debida autorizacion.

No mucho tiempo despues, esto es, en 1564, el rey expidió una real provision aboliendo la inmunidad de que gozaban los delincuentes moriscos de poderse asilar en las tierras de señorio, y restrinjiendo á solos tres dias el mismo derecho respecto á las Iglesias. Estas y otras ve-

jaciones que parecian obedecer á un plan preconcebido de irritar á aquella desdichada raza, dieron el mas funesto resultado, puesto que retirándose los vejados en gran número en las sierras, se convirtieron en salteadores, ó *monfies*, como los llamaban en lengua morisca, segun dice D. Diego Hurtado de Mendoza *(Guerra de Granada,)* L. I) á quien principalmente seguimos en esta relacion; «y tanto fué su número, continúa el citado historiador, que para oprimirlos ó para reprimirlos, no bastaron las muchas providencias que se tomaron contra ellos.

A vista de la actitud rebelde de los moriscos, y con objeto de atajar la guerra que se consideraba inminente, reunióse un concilio provincial en Granada, en el que se acordó prohibir en absoluto á los moriscos el uso y la escritura de la lengua arábiga así en público como en secreto; obligarles á hablar en castellano y á entregar todos sus libros arábigos; á renunciar por completo á sus ritos, trajes, nombres y costumbres moriscas; mandóseles destruir sus baños medicinales y de aseo; tener obiertas sus casas, y que sus mujeres anduviesen en público con los rostros descubiertos, en suma, á renunciar á todo lo que fuese morisco, y á adoptar hasta en la vida privada todo lo que fuese cristiano. El rey firmó estos acuerdos como pragmática en 17 de noviembre de 1566.

Pocos dias despues, el primero de Enero de 1567, el inquisidor D. Pedro Deza, hizo publicar

aquella pragmática en Granada y en todo el reino. El efecto que produjo en los moriscos mas bien que de consternacion y espanto, fué de ira é indignacion. Los de la Alpujarra, serranías y costas marítimas enviaron comisionados á Granada para esplorar el ánimo de sus correligionarios los del Albaicin. Estos manifestaron el mismo encendido coraje; mas como eran ricos é industriosos se propusieron ensayar algunas negociaciones antes de acudir á medidas extremas. Al efecto despacharon procuradores á Madrid en solicitud de la revocacion de la pragmática: los cuales regresaron al poco tiempo á Granada sin haber obtenido fruto alguno de sus activas gestiones.

Al cabo de un año de inútiles instancias, los moriscos, arrastrados por la desesperacion, resolvieron alzarse en armas en defensa de sus derechos, sin considerar lo temerario de la lucha que iban á emprender contra el soberano mas poderoso de la tierra. Los del Albaicin mas astutos y mañosos, como mas ilustrados, exitaron secretamente á los de la Alpujarra, confiados en que el primer estallido sério de la tormenta en aquellas inespugnables montañas bastaria para suspender los efectos de la pragmática. Sin embargo, no faltaron entre ellos algunos hombres dotados de suficiente audacia para acometer tan descabellada empresa; estos fueron un tintorero llamado Farax-ben-Farax, del linaje de los abencerrajes, Fernando Muley de Valor, llamado co-

munmente *el Zaguer*, Diego Lopez ben Aboo, Miguel de Rojas, y ben-Tohar, que concertados con otros moriscos de Granada prepararon un golpe de mano en la ciudad para el dia de Jueves Santo (14 de abril, 1568) aprovechando la ocasion de estar los cristianos ocupados en las ceremonias religiosas.

No fueron tan secretos estos tratos que de ellos no tuviesen noticia las autoridades de la capital, que tomaron providencias para hacer abortar el compló, con lo cual se tranquilizaron un poco los ánimos de los habitantes de Granada. Pero una falsa alarma que ocurrió en la ciudad la noche del 16 de Abril, y unos papeles escritos en lengua arábiga que casualmente cayeron en manos del conde de Tendilla, entre los cuales se contenia una carta escrita á los moros de Berbería pidiendo su ayuda para combatir á los cristianos, renovaron las inquietudes y obligaron á las autoridades á tomar todo género de precauciones.

En verdad que no faltaban motivos para ello; pues los vecinos del Albaicin tramaban secretamente en aquellos dias una nueva conjuracion de acuerdo con los moriscos de las Sierras para en un dia dado soltar los presos de las cárceles de Chancilleria é Inquisicion, matar al presidente Deza y al arzobispo y reunirse una noche en la plaza de Bibarrambla con ocho mil hombres armados que debian acudir de la Vega y del valle de Lecrin para poner á fuego y sangre la ciudad.

Este plan fué tambien revelado á las autoridades, que no se atrevieron á dar entero crédito al delator en vista de la enorme magnitud del proyectado alzamiento. Asi las cosas, en los últimos dias del año 1568, llegaron nuevas á Granada de haber sido asesinados por los *monfies* alpujarreños algunos escribanos y alguaciles de la audiencia, que habian salido, segun costumbre, á pasar las páscuas á la sierra. Por mas escandaloso que fuese el suceso, las autoridades no le concedieron mas importancia que la que habian dado á la noticia del proyectado levantamiento general, y llevaron su punible descuido hasta el extremo de disminuir las guardias y las rondas de la ciudad.

Noticioso ben-Farax de tanto abandono, dispuso aprovecharlo para dar un buen golpe de mano en Granada. Al efecto anunció á los del Albaicin que estuviesen preparados para recibirle al frente de ocho mil hombres; y una noche favorecido por un temporal deshecho de agua y nieve marchó sobre la ciudad acaudillando doscientos *monfies* alpujarreños, á quienes vistió con trajes y arreos de turcos, entró al amanecer en ella por la puerta alta de Guadix y recorrió tumultuariamente las calles del Albaicin llamando á las armas á los moriscos. Mas estos enterados de la poca jente que llegaba en su socorro permanecieron quietos en sus casas, desentendiéndose de las voces de los alpujarreños. Salióse ben-Farax de la ciudad indignado con la cobardía de sus

correligionarios y tomó el camino de la sierra perseguido una gran parte del dia por algunas fuerzas de caballería que mandaba el marqués de Mondejar.

Dos dias despues del fracaso de su intentona, presentóse ben-Farax en el pequeño pueblo de Beznar, donde los moriscos de tierra de Orjiba habian alzado rey de Granada y de Andalucía, con el nombre de Muley Mohamet ben-Humeya, á un jóven llamado D. Fernando de Córdoba y Valor, descendiente que se decia de la antigua estirpe de los Omiadas y Caballero veinticuatro de Granada. Disgustóse grandemente el caudillo de los *monfíes* con aquel nombramiento que le despojaba del título y autoridad de gobernador de todos los moriscos, que le habia sido conferido por los del Albaicin y de la Vega, y aun trató de volver por sus derechos recurriendo á las armas; pero mediaron algunos hombres principales y quedó convenido para bien de la causa comun, que don Fernando conservaría el título de rey, y ben-Farax ejerceria el cargo de aguacil mayor, que le constituia en la primera autoridad despues del soberano.

Establecido ya entre los moriscos un simulacro de gobierno con una paródia de trono, y creyéndose suficientemente fuertes por el número para sostener la guerra con éxito contra los cristianos, alzaron sin rebozo el estandarte de la rebelion y dieron comienzo á la campaña cometiendo las mas abominables maldades contra los

españoles moradores en las tahas, ó distritos sujetos á un gobernador militar.

Si hemos de creer á los historiadores contemporáneos de aquellos sucesos, los rebeldes dieron principio á sus crueldades por la Alpujarra, rio de Almeria, Balodui y otras partes, matando los cristianos viejos, profanando las iglesias y martirizando á los religiosos.

En su implacable saña inventaban suplicios nuevos para atormentar á sus enemigos: «al cura de Mairena (dice Hurtado de Mendoza) hincharon de pólvora y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle á las saetadas; á otros lo mismo dejándolos morir de hambre. A los unos cortaban los miembros, á los otros apedrearon, y á los mas acañaverearon, desollaron ó despeñaron. Estas inhumanidades cometieron los ofendidos por vengarse, y los *monfíes* por costumbre convertida en naturaleza.» Duró esta cruel persecucion, dirijida por ben-Farax, no mas de seis días, en cuyo espacio de tiempo se calcula que fueron martirizados sobre tres mil españoles. Indignado el rey morisco al ver deshonrada la causa de su pueblo con tan horrorosos crímenes, mandó atajar la matanza de los cristianos y dió un edicto en el que se prohibia dar muerte á las mujeres y á los niños, y que los hombres no fuesen ejecutados sin prévia formacion de causa.

Esto hecho, pensó en dar forma á su gobierno y en organizar la resistencia contra las tropas

reales, buscando poderosos auxiliares entre sus correligionarios del Africa, obediente á la tradicion de sus antepasados. Al efecto, envió su hermano Abdalah al bey de Argel con ricos presentes para darle cuenta de su proclamacion y pedirle socorros para sostener la guerra. El comisionado granadino fué perfectamente recibido por el príncipe africano. Terminada su mision pasó á Constantinopla á fin de poner el reino de su hermano bajo la proteccion del sultan, y tomar tropas turcas á sueldo de los moriscos; allí tambien, fué recibido con agasajo por el gran Señor. En este tiempo la insurreccion se hizo general en todas las tierras vecinas del rio de Almería, y se atrevió á castigar ejemplarmente al inhumano Ben-Farax, mandándole rendir cuenta del tiempo de su administracion y separándole del cargo de alguacil mayor que confirió á su antagonista Ben-Jahuar el-Zaguer, de quien el rey era sobrino; despues se hizo coronar solemnemente en Laujar, nombró caudillos y alcaide para cada *taha*, y mandó pregonar la *guerra santa* en todo el territorio que obedecia á su autoridad.

Desde este momento pudo darse por encendida la guerra civil en el reino de Granada, y forzoso les fué á las autoridades de la capital tomar medidas decisivas para combatirla. La audiencia dictó varias providencias contra los rebeldes moriscos, y el marqués de Mondejar ordenó á todos los señores de Andalucía que se le reuniesen con el mayor número de gente de

armas que pudiesen acaudillar.

Ya era tiempo: la rebelion alentada por la impunidad en que se la dejaba, se estendia rápidamente por todo el pais comprendido entre Granada, Málaga, Murcia y Almería las pocas fuerzas cristianas que operaban en Orjiba, Tablate, en las Guájaras, Salobreña y muchos lugares de la Alpujarra y valle de Lecrin y cercanías de Almeria se veian gravemente comprometidas, en tanto que Ben-Humeya se fortificaba á su placer en la taha de Poqueira, lugar el mas áspero del territorio insurreccionado.

Si bien los recursos en hombres, vitualla y dinero no abundaban en Granada, que todo lo necesitaba Felipe II para atender á la rebelion y levantamiento de los Paises Bajos, el marqués de Mondejar hizo un esfuerzo supremo, y reuniendo cuantas compañias de infantería y caballería pudo de la ciudades de Loja, Alhama, Alcalá la Real, Antequera, Jaen y de los lugares de la Vega, salió á campaña contra los sublevados, el dia 3 de febrero de 1569, dejando el gobierno militar de Granada, á su hijo el conde de Tendilla.

Con una reducida hueste que contaba dos mil hombres escasos, llegó el marqués á Padul, y de aquí pasó á Durcal, donde se le reunieron, á los tres dias, cuatro banderas de Baeza, con cuyo refuerzo marchó sobre Orjiba en auxilio de los cristianos á quienes Ben-Humeya tenia en grande aprieto. En el camino sostuvo una brava escaramuza con mas de tres mil moriscos armados

de arcabuces, ballestas, y armas enhastadas, que quisieron impedirle el paso; los derrotó, y llegó á tiempo de salvar la guarnicion del castillo de Orjiba, que se encontraba estrechamente cercada, ya falta hasta de vitualla y á punto de capitular con los moriscos. Una vez socorridos aquellos valientes, el marqués de Mondejar marchó sobre Poqueira, con aviso que tuvo que Ben-Humeya le esperaba en aquel punto con cuatro mil hombres para darle la batalla. Libróse esta, y despues de muchas horas de empeñada refriega en la que la arcabuceria jugó el principal papel, los rebeldes fueron completamente batidos, dejando unos seiscientos muertos sobre el campo, y salvándose los demás favorecidos por la oscuridad de la noche y lo escabroso del terreno.

El resultado de esta victoria con que los cristianos inauguraban la campaña, fué la toma de Poqueira, lugar en el cual por razon de su fortaleza los moriscos guardaban sus mujeres, hijos, riquezas y vitualla. Los soldados entráron el pueblo á saco y ganaron un cuantioso botin en oro, esclavas y ropas. De Poqueira pasó el marqués á Pitres, donde se le reunieron dos compañías de caballos y una de infantería de Córdoba. En este punto recibió la triste nueva de haber sido sorprendida y pasada á cuchillo por quinientos rebeldes, la compañía que dejara custodiando el puente de Tablate; doloroso contratiempo que se vió compensado con la inesperada llegada de dos mensajeros de Fernando el Zaguer, tio y

general de Ben-Humeya, que venian á nombre de su caudillo á hacer proposiciones de paz al marqués, con la condicion de que diese seguro para los rendidos. Despachólos el general con una respuesta evasiva, y movió su campo hacia Jubiles en busca del grueso de los enemigos, que no le osaron esperar, huyendo precipitadamente hácia la sierra; visto lo cual rindiósele el castillo con su guarnicion y mas de dos mil mujeres que habian buscado un refugio en él.

Mandó el marqués que aquellas infelices se albergaran en la iglesia; mas como su número era tan crecido hubieron de quedarse mas de la mitad fuera del templo, lo que dió ocasion á el siguiente horrible suceso. Parece que á media noche uno de los soldados cristianos que las custodiaban, se permitió algun desman con una de ellas; un jóven moro que vestido de mujer se encontraba allí cerca, acometió al soldado, y le dió de puñaladas, arrojándose luego sobre los demás como furioso que busca la muerte. Alarmóse el campo con los gritos de las mujeres y de los combatientes, y á las voces de que aquellas desgraciadas eran moros disfrazados, acudieron refuerzos y en medio de aquel espantoso desórden todas las mujeres fueron acuchilladas, librándose solamente las que estaban dentro del templo merced á la prisa que se dieron en cerrar las puertas. La oscuridad de la noche y la confusion fué tanta, que ni capitanes ni oficiales pudieron evitar el daño.

Hecha justicia en tres de los cristianos que aparecian mas culpables en aquella feroz carnicería, partió el marqués de Jubiles para Cadiar y Ujijar. Estando en esta última poblacion fué avisado que Ben-Humeya, al frente de todas las fuerzas de que podia disponer habia tomado posiciones para disputarle el paso de Paterna. Movióse contra él el marqués, y en el camino se le presentó implorando su gracia, Diego Lopez ben-Aboo, primo del rey morisco y sobrino de Ben-Juar. La discordia ajitaba su inflamada tea en medio de la familia de Ben-Humeya, lo que obligó á este á hacer proposiciones de paz al de Mondejar. La respuesta del marqnés fué que se rindiese sin condiciones; siguiéronse de aquí algunos tratos que un accidente fatal vino á interrumpir. Parece que estando frente á frente los dos ejércitos, el ala izquierda del cristiano arremetió, sin que se le hubiese ordenado, una considerable masa de moriscos que estaba atrincherada en la cuesta de Iniza cerca de Paterna. Este accidente ocasionó una refriega general, en la que Ben-Humeya fué completamente derrotado teniendo que salvarse apresuradamente en lo mas escabroso de la sierra. Envió el marqués doscientos caballos para que persiguiesen sin descanso á los fugitivos, y él con el resto de sus tropas entró al dia siguiente en Paterna, donde hallaron los cristianos tantas riquezas como en Poqueira, é hicieron cautivas á la madre y hermanas del reyezuelo, y multitud de mujeres mo-

riscas. La jornada de Paterna fué la última en que Ben-Humeya se vió al frente de un ejército respetable.

La toma de Poqueira, Jubiles y Paterna desalentó la rebelion de aquellas comarcas, obligó á los moriscos á rehuir todo encuentro sério, y á buscar su salvacion en los lugares mas ásperos de la sierra. Creyendo el marqués que quedaba sujeta toda la Alpujarra, dió la vuelta por Andarax y Cadiar á Orjiba para estar en situacion mas ventajosa entre la mar, el rio de Almería y Granada. Entre tanto, la sublevacion que parecía sofocada en la Alpujarra, levantaba audaz la cabeza por las Guájaras, tierra de Salobreña y Almuñecar, lo que obligó al marqués á dirijir su atencion hacia aquellos lugares.

Considerada la espedicion á las Guájaras como de necesidad política y militar que interesaba su reputacion, acometióla el de Mondejar saliendo al efecto de Ujijar en 5 de febrero y pasando por Orjiba y Velez de Benabdalla, acampó en las Guájaras, donde recibió un refuerzo que le enviaba de Granada el conde de Tendilla.

El famoso peñon donde se habian fortificado todos los moriscos de aquella tierra, está situado en la cumbre de una montaña situada á media legua de Guajar el Alto, cercado de una roca tajada que deja solo una angosta y escabrosa vereda que sube por la cuesta un cuarto de legua y luego tuerce por entre peñas mas bajas. Contra el dictámen del marqués, obstinóse una noche el

capitan D. Juan de Villarroel en asaltar con poca gente aquella trinchera. Llevó á cabo su temeraria empresa, pero pagó harto cara su temeridad. Cuarenta moros armados de piedras y chuzos hicieron una salida de aquel rústico baluarte y favorecidos por la oscuridad y el conocimiento que tenian del terreno, desbarataron completamente los cristianos causándoles muchas víctimas, entre las que se contaron el mismo capitan Villarroel. Cuando acudió el marqués por mucha diligencia que pusiera en ello, no pudo evitar que los riscos de la montaña y la profundidad del barranco quedasen sembrados de cadáveres cristianos.

Irritado el general con aquel desastre que él habia previsto, juró tomar sangrienta venganza del agravio hecho á las armas cristianas. Al efecto dispuso sin pérdida de tiempo el asalto de la fortaleza y distribuyó sus fuerzas de manera á asegurar el éxito. Dada la señal, las compañías españolas se lanzaron al ataque haciendo un nutrido fuego de arcabuz, al que contestaron los sitiados, hombres y mujeres, disparando un nublado de piedras y armas arrojadizas. Duró el combate hasta que las sombras de la noche separó los combatientes, estenuados de hambre y de cansancio. Al romper el alba del siguiente dia el marqués dió órdenes para renovar el asalto; mas antes de que se empezaran á cumplimentar fué avisado que el alcaide de la fortaleza la habia abandonado durante la noche con toda la guarnicion

y las mujeres que le pudieron seguir, dirigiéndose por caminos casi impracticables hácia las Albañuelas. Pocas horas despues, cuando el general tuvo plena certeza de que el aviso no encubría una celada, dió órden á sus tropas de avanzar sobre el fuerte, en el que entraron sin encontrar resistencia.

En tanto que el marqués de Mondejar vencia en el trascurso de un mes la rebelion de la Alpujarra, el marqués de los Velez, uno de los mas poderosos señores de Murcia, á escitacion del presidente de la chancillería de Granada, D. Pedro de Deza, acudía en socorro de las ciudades de Almería, Baza y Guadix, hostilizadas sin cesar y puestas en peligro por los moriscos, al frente de un lucido cuerpo de ejército compuesto de sus amigos, vasallos y de las milicias de Lorca, Caravaca, Cohegin, Mula y otros lugares.

La entrada del marqués de Velez en un reino en que no ejercía mando, fué mirada como una intrusion y dió orígen á una funesta rivalidad entre los dos capitanes generales. Mas el presidente Deza y los partidarios del sistema de rigor que acusaban la blandura y humanidad que usaba el de Mondejar con los rebeldes, tanto como ensalzaban la energía del de los Velez, recabaron del rey y del Consejo una órden autorizando al segundo á operar en la parte de Almería. Los despachos llegaron en 13 de enero á la villa de Tabernas donde estaba alojado el de los Velez, quien en su vista alzó el campo y marchó diligente á

Huécija, donde el caudillo morisco Fernando el Gorrí, se habia hecho fuerte con muchedumbre de moros.

La hueste del marqués, que contaba cinco mil infantes y trescientos caballos, llegó venciendo sérios obstáculos sobre la fortaleza, y la combatió con tal rigor que á pesar de la porfiada resistencia del Gorrí, la entró por fuerza de armas, dispersando sus defensores, que se salvaron huyendo á la desbandada los unos hacia Andarax á incorporarse con Ben-Humeya, y los otros por la sierra de Gador, á Filix, donde muy luego se reunieron de tres á cuatro mil rebeldes.

Reforzado el ejército del marqués de los Velez con nuevas banderas, púsose en movimiento con ocho mil hombres hacia la sierra de Gador en busca de los moriscos atrincherados en Filix. Dióles vista, y trabó con ellos una batalla que fué una de las mas sangrientas de esta campaña por la desesperada resistencia que opusieron los rebeldes, que al fin hubieron de huir dejando el campo cubierto de cadáveres, entre ellos muchos ancianos, niños y mujeres; (fin de enero de 1569.)

Noticioso el rey Felipe II de la mision que Ben-Humeya habia confiado á su hermano para obtener auxilios de Berbería y Argel, dispuso que una armada de galeras cruzáse por las aguas de Almería, y enviar á esta ciudad á D. Francisco de Córdoba para que hiciese la guerra por aquella parte con las tropas que por su órden le sumi-

nistrase el marqués de Velez. El nuevo capitan realizó una venturosa espedicion por lo mas fragoso y empinado de la sierra de Inox, en tanto que el de Velez perseguía sin darles un momento de trégua las cuadrillas de moriscos que pululaban en tierras de Ohanez.

En este estado se encontraba la guerra de los moriscos, cuando el marqués de Mondejar, victorioso de los rebeldes de las Guájaras, regresó á la Alpujarra, adoptando desde aquel dia una política humanitaria y conciliadora, á la cual era muy dado, que le atrajo la sumision de todos los pueblos y de tantos desventurados que vagaban con sus mujeres é hijos, medio muertos de hambre y de frio por aquellas enriscadas sierras. Pacificado el país, donde solo quedaban ya algunas cuadrillas de monfíes ó bandoleros, el marqués se propuso, para coronar su triunfo, prender al reyezuelo Ben-Humeya y á su tio Ben-Juar, cuya córte andaba errante por entre riscos y barrancos. Con aviso que tuvo por uno de sus espías de que se encontraban en la sierra de Berchules ocultos en la casa de Ben-Aboo, dispuso la manera de apoderarse de sus personas para dar el golpe de gracia á la rebelion de aquella comarca.

Al efecto encomendó la ejecucion de la empresa á los capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado, que se dirigieron cada uno con su gente y por distintos caminos al punto donde se albergaba Ben-Humeya. Maldonado llegó el primero á

la vista de la casa de Ben-Aboo, y hubiera realizado la sorpresa sin la imprudencia de un soldado de su compañía que ya cerca de la casa disparó su arcabuz. Alarmados los que en ella se guarecian, se arrojaron por una ventana y pudieron salvarse hácia la montaña favorecidos por la oscuridad de la noche. Ben-Humeya dormía tranquilamente en su lecho cuando los cristianos llegaron á la puerta de la casa. Despertóse al ruido que hacian para forzarla, y á pesar de lo grave de su situacion tuvo bastante presencia de espíritu para abrirla disimuladamente y quedarse oculto detrás. Los soldados entraron en tropel derramándose como un torrente por los aposentos; y él, aprovechando aquellos momentos de confusion logró fugarse, dejando burlados á todos. Menos afortunado Ben-Aboo, fué preso y puesto en el tormento para que declarara el lugar donde se escondía Ben-Humeya. El valeroso morisco lo sufrió sin querer revelar nada, hasta el punto que los soldados lo dejaron por muerto.

Mientras que el esforzado marqués de Mondejar pacificaba con tanta pericia y valor militar un país donde hasta las piedras se habian alzado en rebelion, y usando alternativamente de la política y de la espada iba dando cima á una guerra emprendida con pocos recursos y escasa gente, y esta concejil, mal pagada y peor disciplinada, que como dice un historiador contemporáneo, (Mendoza) *tenia el robo por sueldo y la codicia por superior*; mientras vencía á los unos con su

espada y á los otros con su generosidad y el atractivo de su palabra, sus enemigos en Granada, que lo eran principalmente las primeras autoridades civiles de aquella ciudad, no cesaban de intrigar por quitarle el favor del rey acusándolo de hombre tíbio en castigar aquella gente malvada y propenso á recibir á partido á los que aparentaban una falsa sumision; haciánle un delito de no acabar por medio del hierro y del fuego con todos aquellos traidores á Dios y al rey, é imputábanle faltas que de seguro no habia cometido; al mismo tiempo elojiaban y recomendaban al marqués de los Velez, ponderando su valor, y sobre todo la enerjía que empleaba para acabar con los moriscos enemigos de la fé.

Vacilaba Felipe II entre estas acusaciones y los informes que acerca del marqués recibia de personas de mejor consejo, cuando el cardenal Espinosa, juntamente con los mas del Consejo, propusieron al rey que enviase á Granada su hermano D. Juan de Austria, asistido de personas que le ayudasen á proveer á las cosas de la guerra de los moriscos. Aceptó el rey la indicacion, y en un mismo dia (17 de marzo) espidió dos provisiones, una á D. Luis de Requesena, embajador entonces en Roma, y teniente de capitan general del mar, para que con las galeras de Italia y los tercios de Nápoles viniese á España, y unido á don Sancho de Leira, guardase las costas contra una invasion de berberiscos; otra al marqués de Mondejar, para que dejando en la Alpujarra dos mil

trescientos hombres al mando de un capitan acreditado, viniese á Granada á asistir en el consejo á su hermano D. Juan, ó bien que permaneciese en Orjiba y aguardase las órdenes que le comunicara D. Juan. Obtó el marqués por lo primero, y dejando la gente de guerra al mando del capitan Mendoza, se dirigió á la capital del reino.

Debilitado con estas medidas el prestigio del marqués de Mondejar y predominando en el Consejo de la Corona, así como en la direccion de los negocios de la guerra el partido mas fanático é intransigente, exasperóse la ira de los rebeldes, y vióse estallar una nueva insurreccion que habia de costar aun mas sangre que la primera, provocada por los inauditos desmanes de los soldados, que diseminados en cuadrilla cruzaban la tierra en todas direcciones, cometiendo todo género de tropelías, robos, incendios y asesinatos á pretesto de perseguir á los monfies y de desarmar á los moros en cuya sumision no creian. Apurado el sufrimiento y perdida toda esperanza de que se les hiciera justicia, recurrieron de nuevo á su rey Ben-Humeya, pidiéndole amparo y ofreciéndole esta vez morir mil veces antes que rendirse. Prometióles el reyezuelo lo que le pedian, y aun los alentó á perseverar en su propósito, anunciándoles la pronta llegada de los auxiliares turcos que su hermano Aldallah habia ido á tomar á sueldo en Constantinopla. Además, vista la buena disposicion de su gente, organizóla militarmente á la manera española; formando compa-

ñías al mando de capitanes que estaban á las órdenes de coroneles; creó una guardia de cuatrocientos arcabuceros para la seguridad de su persona, y enarboló un estandarte Bermejo que mostrase el lugar de la persona del rey á manera de guion. (Mendoza)

Así las cosas, estendióse una noche por Granada, el rumor de que unos ciento cincuenta moriscos que estaban presos en la cárcel de la Chancillería forcejeaban por romper su prision á fin de salir de su encierro, y, en union con los de la Vega y Alpujarra, que debian entrar en la ciudad á una hora y señal convenida, levantar el barrio del Albaicin, degollar los cristianos, escalar la Alhambra y apoderarse de Granada. Sabido el caso por el presidente Deza, dió órden para que la guarnicion se pusiese sobre las armas y que se repartiesen estas inmediatamente entre los cristianos que estaban presos en la misma cárcel. Esto hecho, el atalaya de la torre de la Vela, acaso prevenido, tocó la campana de rebato (noche del 17 al 18 de Marzo) á cuya señal los presos cristianos entraron espada en mano en los calabozos de los moriscos, que en vez de dejarse intimidar por aquella brutal é inesperada acometida se defendieron briosamente arrojando cuanto encontraban á la mano, hasta los ladrillos que arrancaban de la solería y de las paredes contra sus enemigos. El vocerío de aquel espantoso tumulto se oyó muy luego en la ciudad, y entraron soldados en la cárcel degollando

sin piedad á los infelices moriscos presos, que perecieron en número de ciento diez. Salváronse de esta cruel carnicería D. Antonio y D. Francisco Valor, padre y hermano de Ben-Humeya que se encontraban entre los detenidos, merced á la proteccion que les dieron sus guardadores.

La fama de lo acontecido en Granada, y la noticia de otros sucesos análogos que ocurrian con demasiada frecuencia en otros puntos, y exasperaron de tal modo el ánimo de los moriscos de la Alpujarra, que la guerra tomó un carácter y proporciones que se hizo urgentísima la presencia de D. Juan de Austria en el teatro de los sucesos, á fin de dominarlos con el prestijio de su nombre y autoridad. Así que, el ilustre bastardo, recibidas las instrucciones del rey su hermano, salió de Aranjuez en 6 de abril de 1569, y llegó en pocos dias á Granada, donde fué recibido con la pompa y solemnidad que correspondian á la calidad de su persona. Concluidos los festejos, comenzó á tomar conocimiento del estado del reino y de los negocios de la guerra y á providenciar para dar cumplimiento á la mision que Felipe II le habia confiado.

VIII.

GUERRA DE LOS MORISCOS DE GRANADA. 1569 á 1570.

(CONTINUACION.)

Cosa extraña debió parecer á muchos que la reconocida *prudencia* de Felipe II enviase para sofocar la rebelion y vencer la guerra de montañas que inundaba el reino granadino, á un príncipe jóven que hasta entonces solo se habia ilustrado en una campaña marítima contra los corsarios berberiscos que infestaban el Mediterráneo. Empero los resultados acreditaron muy luego lo acertado del nombramiento hecho por aquel suspicaz monarca.

El primer uso que de su autoridad hizo don Juan de Austria en Granada, fué asegurar á los moriscos que les serian guardadas sus libertades y franquicias si se mostraban leales á Dios y al rey, siendo castigados con rigor si obraban en

contrario, y prometerles que les sería hecha justicia de los agravios que decian haber recibido de las autoridades civiles y militares. Despues reunió el consejo para consultarle sobre las cosas del gobierno y de la guerra. Dividiéronse, como es de suponer, los pareceres entre el marqués de Mondejar y el presidente Deza; proponiendo el primero como mas práctico y conocedor del carácter y recursos de los rebeldes, medidas en que se conciliaban en rigor con la prudencia y la humanidad, y el segundo, que se sacaran todos los moriscos del Albaicin y de la Vega, y que se metiesen tierra adentro donde no pudieran dar ayuda á los rebeldes, y que se hiciera un ejemplar escarmiento, comenzando con los de Albuñales refujio de los mayores sacrílegos.

Hecho cargo de las diferentes opiniones expresadas en el consejo, D. Juan de Austria comenzó á dictar provisiones para emprender la guerra con actividad. Dispuso, en primer lugar, restablecer la disciplina entre los soldados, que andaba muy relajada; poner órden en la hacienda y arbitrar recursos para que no faltasen las pagas á la tropa; hacer contribuir para las atenciones de la guerra á las provincias de Estremadura y Castilla con gente y dinero, y, por último, organizar tres cuerpos de tropas que al mando de los capitanes que eligió debian ocupar los puntos estratéjicos que tenía señalados.

Mas, antes de que estas medidas comenzasen á

dar el resultado que de ella se esperaba, los moriscos y Ben-Humeya tuvieron holgado espacio para organizar sus fuerzas y obtener señaladas ventajas en varios reencuentros tenidos con los cristianos, en términos que estos últimos iban llevando la peor parte, como sucedió en la sierra de Bentomiz, Verja, en los lugares del rio Almanzora y en el Castillon de Seron, cuyos defensores fueron todos pasados á cuchillo despues de haberse rendido á los moros.

En junio de 1569 llegó respuesta del rey á una consulta del Consejo, mandando que todos los moriscos de Granada y sus barrios del Albaicin y la Alcazaba, desde la edad de diez años á la de sesenta fuesen sacados del reino y llevados allende las fronteras de Andalucía. D. Juan de Austria dió cumplimiento á esta real cédula, en cuya virtud, mas de 3,500 moriscos fueron espulsados en un mismo dia, y salieron de Granada escoltados por mangas de arcabuceros hácia los diferentes puntos donde se les destinaba. Lo impolítico de esta medida se dejó muy luego sentir con el abandono y ruina en que quedó el barrio del Albaicin, y con la fuga de los de la vega á la montaña, llevando consigo ó dejando enterradas todas sus riquezas.

Por otra parte las armas cristianas continuaban sufriendo reveses, hasta el punto que el reyezuelo Ben-Humeya, orgulloso con haberse apoderado por fuerza de armas de los lugares fortificados del rio Almanzora, envió un mensajero

á D. Juan de Austria, pidiendo la libertad de su padre y hermano que permanecian presos en Granada, y ofreciendo por su rescate ochenta cautivos cristianos. Leida esta carta en el Consejo, se acordó no contestarla; pero se mandó á su padre que lo hiciese informándole que recibia buen trato, y aconsejándole que se apartase del mal camino que habia emprendido. Por este mismo tiempo Ben-Humeya dirijió al alcaide de Guejar otra carta sobre el mismo asunto; carta que cayó en mano de sus émulos, que se sirvieron de ella para hacerle sospechoso á los moros y acusarle de que solo trabajaba en su particular provecho.

En el mes de julio, el marqués de los Velez, penetró por órden de D. Juan en la Alpujarra, batió á los moros en diferentes encuentros, y señaladamente en una accion empeñada en Valor, donde fué derrotado completamente Ben-Humeya. Estos descalabros y un bando general que por órden de Felipe II se pregonó en el mes de octubre en Granada y en toda Andalucía, mandando que se expulsasen todos los moriscos de la capital y que se emprendiese una guerra de exterminio con el hierro y con el fuego contra los enemigos de Dios y del rey, desconcertaron completamente los rebeldes y fueron causa de una novedad de la mayor importancia. Es el caso, que desde el momento que los moriscos tuvieron conocimiento de las dos cartas que su rey habia dirijido á D. Juan de Austria y al alcaide de Guijar comen-

zaron á sospechar de su conducta. De la desconfianza á la rebelion no hay mas que un paso, cuando los ánimos se encuentran irritados; y este paso lo anduvieron muy luego los rebeldes, confabulándose algunos de ellos para dar muerte al que ya consideraban como caudillo desleal. El alma de la conjuracion lo era un hombre principal vecino de Albacete de Ujijar nombrado Diego Alguacil, á quien Ben-Humeya habia arrebatado una manceba con quien aquel vivia. La jóven morisca que seguia en correspondencia con su antiguo amante, fué el instrumento de que este se valió para llevar á cabo la satisfaccion de su venganza. Unidos Alguacil, Ben-Aboo, Husseyn, caudillo de los turcos, y Diego de Arcos, secretario del reyezuelo, sorprendieron una noche en Laujar á Ben-Humeya solo é indefenso, echáronle un cordel á la garganta y le estrangularon, tirando Ben-Aboo de una punta y Diego Alguacil de la otra. Así terminó su asendereada existencia el sin ventura D. Fernando de Valor, Ben-Humeya, titulado rey de Granada y de Andalucía. Dueños los conjurados de la situacion, entregaron el mando de la guerra y el gobierno del reino á Diego Lopez Ben-Aboo, con la condicion de, por ahora, ó hasta que el virey de Arjel le confirmara en su cargo. No se hizo esperar mucho tiempo la aprobacion que esperaban, y recibidos los despachos, el nuevo caudillo de los moriscos se intituló *Muley Abdallah Ben-Aboo, rey de los Andaluces*, y puso en su estandarte

un lema que decia: *No puedo desear mas, ni contentarme con menos*; luego nombró nuevos generales para el mando de sus tropas, alcaides para el gobierno de sus pueblos, organizó, en fin, su soñado reino, y despachó á su cómplice Husseyn á Argel y Constantinopla para que comprase armas, municiones y tomase turcos y berberiscos á sueldo.

Con el cambio de rey la rebelion cobró mayores brios y aliento por toda la Alpujarra y el rio de Almanzora, donde poseía las fortalezas de Seron, Tíjola, Purchena, Tahalí, Jergal, Cantoria Galera y otras no menos importantes, en tanto que se enseñoreaba del país con grandes masas disciplinadas, alguna de las cuales llegaba á contar hasta 10,000 hombres.

En vista de lo grave de la situacion, D. Juan de Austria representó enérjicamente al rey su hermano, pidiéndole ámplios poderes para combatir una insurreccion que ya amenazaba propagarse á los reinos de Valencia y Murcia. Movido de sus razones, Felipe II decretó que se formasen dos ejércitos, uno para operar en la parte del rio Almanzora, al mando de D. Juan de Austria que debia reemplazar allí al marqués de los Velez, y otro con destino á la Alpujarra, á las órdenes del duque de Sessa. Con objeto de que la campaña fuese tan enérjica como decisiva, acopiáronse grandes provisiones, mandóse á las ciudades que pusieran sus compañías bajo pié de guerra, y se trajo artillería y municiones de la plaza de Car-

tajena. Estos formidables aprestos y el nombramiento de D. Juan de Austria para el mando en jefe de los ejércitos de operaciones, llenó de regocijo á la jente de guerra, y de esperanzas á muchos caballeros que acudieron presurosos á alistarse bajo las banderas del príncipe.

Don Juan de Austria abrió la campaña apoderándose de Guejar, pueblo fuerte é importante situado en el corazon de la fragosa sierra donde nacen las principales fuentes del Genil (diciembre); de Guejar se dirijió sobre Guadix y Baza en cuyo último punto le esperaba el comendador Requesens con la artillería de Cartagena. Recogida esta, prosiguió á Huescar donde se le presentó el marqués de los Velez para hacerle entrega del mando. Verificado el acto y contando el príncipe con un cuerpo de ejército fuerte de doce mil hombres de todas armas, marchó sobre la fortaleza de Galera que el general su antecesor habia combatido diferentes veces sin éxito alguno. Llegado frente á la plaza estableció un sitio formal cual lo exigía su importancia y la numerosa y decidida guarnicion que la defendia. Abrió minas, montó sus baterias y le dió varios asaltos en los que murió mucha y principal gente del campo cristiano. Irritado D. Juan con la tenaz resistencia que le oponían los moros y aflijido con el espectáculo de las numerosas víctimas que diariamente quedaban tendidas al pié de aquel recio baluarte, cuentan testigos de vista que exclamó un dia: «Yo hundiré á Galera,

la asolaré, y la sembraré de sal; y por el filo de la espada pasarán chicos y grandes cuantos están dentro, en castigo de su pertinacia y en venganza de la sangre que han derramado.»

Estas terribles amenazas se vieron muy luego cumplidas. En un dia señalado (10 de febrero 1570) hizo jugar durante muchas horas toda su artillería, y mandó dar fuego á las minas que volaron arrojando al aire casas y peñascos y desmoronaron el cerro sobre que se asentaban la poblacion y el castillo. Esto hecho, ordenó el asalto general que los soldados verificaron con tan impetuoso arrojo, que en poco tiempo se apoderaron de la poblacion, dejando sus calles sembradas de cadáveres. Dos mil cuatrocientos moros que se habian retirado disputando palmo á palmo el terreno hasta la última placeta del castillo, fueron cercados y acuchillados todos sin que se salvara uno solo. Don Juan de Austria cumplió su amenaza; la villa fué asolada y sembrada de sal. El encargado de ejecutar tan tremendo castigo fué uno de los historiadores de esta guerra sin cuartel. (Mármol)

Destruida Galera, D. Juan regresó á Baza de donde á los pocos dias salió para practicar un reconocimiento sobre la fortaleza de Seron. Esta jornada fué desgraciada para los cristianos. La imprudencia de algunas compañías sedientas de saqueo las arrastró á penetrar sin órden ni concierto en la villa, que pusieron á saco sin atender á su propia seguridad. Así es que seis mil moros

que estaban emboscados en los cerros inmediatos se precipitaron sobre los cristianos y cogiéndolos desprevenidos mataron mas de seiscientos y quemaron algunos mas en las casas y en las iglesias donde se habian refugiado para defenderse en tanto recibian socorro. Acudió presuroso don Juan con el resto de sus tropas; mas no solo no llegó á tiempo para salvarlos, sino que tuvo que retirarse con la misma celeridad acosado por los vencedores, contuso él de una bala de escopeta que le dió en la celada y heridos algunos de sus principales capitanes, los moriscos vengaron cumplidamente el desastre de Galera.

Retiróse D. Juan de Austria á Canilles, desde donde despachó correos á las ciudades de Ubeda, Baeza y Jaen pidiendo refuerzos, y escribió al duque de Sessa para que activase las operaciones en la Alpujarra á fin de tener entretenidos á los moriscos por aquella parte. Las ciudades requeridas se apresuraron á dar cumplimiento á las órdenes de D. Juan, enviándole todas las fuerzas de que podian disponer. Con ellas rehizo su campo, y marchó de nuevo sobre el castillo de Seron. Los moros no esperaron esta vez el ataque, y huyeron abandonando la villa y el castillo. De aquí se dirijió á Tíjola que tambien evacuaron los rebeldes sin combatir, asi como las fortalezas de Purchena, Cantoria, Tahalí y otras, de que se apoderaron los cristianos sin desnudar la espada (abril, 1570).

El secreto de esta inesperada conducta en unos

hombres antes tan valerosos y pertinaces en la defensa de sus castillos, nos lo esplican de esta manera los historiadores de aquellos sucesos. Un capitan llamado Francisco de Molina, que habia sido en otro tiempo amigo de Fernando el Habaquí, caudillo de los moros de aquella tierra, pidió autorizacion á D. Juan de Austria para celebrar una entrevista con el gefe de los moriscos á quien esperaba atraer al servicio del rey. Concediósela el príncipe y Molina escribió á su antiguo amigo diciéndole que holgaría tratar con él algunas cosas de interes para los dos campos. Accedió el moro á la entrevista, que se verificó con las debidas precauciones por ambas partes. En ella el capitan español expuso al Habaquí lo temerario de la empresa que traia entre manos dado el inmenso poder del rey, y le ofreció que si deponia las armas S. M. le admitiría en su servicio y le haría grandes mercedes. Agradó al moro la propuesta, y en su consecuencia se convino en que abandonaría las fortalezas de que queda hecha mencion anteriormente, y que se vería con Ben-Aboo y sus amigos á fin de tratar de su sumision al rey. El moro cumplió su palabra, y abandonó á los cristianos todos los castillos que estaban bajo su mando.

Pocos dias despues, y en vista de lo bien dispuestos que se manifestaban los rebeldes á capitular, D. Juan de Austria, autorizado por el rey su hermano, publicó un bando cuyos principales capítulos fueron los siguientes:—Todos los

moriscos, hombres y mujeres de cualquier calidad y condicion que fuesen, que en el término de veinte dias pusieran sus personas en manos de S. M. ó de D. Juan de Austria, tendrian merced de la vida, y se mandaría oir en justicia á los que probaran las violencias é injusticias que los habian provocado á levantarse:—Todos los moriscos de quince á cincuenta años que en dicho plazo se rindiesen, y trajeran ademas una escopeta ó ballesta, harían libres á dos de sus parientes mas allegados:—Los que en dicho plazo no se redujesen sufrirían el rigor de la muerte sin piedad ni misericordia. De este bando se circularon traslados por todo el reino.

Veamos ahora lo que habia acontecido entretanto por parte de la Alpujarra.

Menos activo el duque de Sessa que D. Juan de Austria, habia demorado su salida de Granada cerca de dos meses, pasados los cuales (21 de febrero, 1570) movió su campo sobre Padul, donde todavía perdió un tiempo precioso esperando á engrosar su ejército y á reunir provisiones. Estas dilaciones aprovechó el rey de los moriscos Ben-Aboo, para enviar emisarios á Constantinopla y á Argel en demanda de auxilios para los desgraciados musulmanes de España; mas sus jestiones solo obtuvieron buenas palabras y promesas que no llegaron á realizarse; así es que por la Alpujarra, por la costa y la ajarquía de Málaga, la guerra se hizo con menos vigor que por el rio Almanzora, concluyéndose por recur-

rir al sistema de reduccion como medio de acelerar la terminacion de la guerra con menos efusion de sangre.

A este fin se pusieron en juego las relaciones de amistad que algunos capitanes españoles habian tenido en otro tiempo con los principales caudillos moriscos, y se encargó al licenciado Castillo, que poseía bien el idioma arábigo, escribiese una larga carta en aquella lengua, figurando ser de un alfaquí que se condolia de la perdicion que esperaba á sus hermanos los moriscos, y les aconsejaba volvieran á la obediencia del rey de los cristianos en evitacion de su total ruina. Esta proclama se distribuyó con profusion por todos los lugares de la Alpujarra.

Por el mismo tiempo se decretó por Felipe II, y se encomendó la ejecucion del decreto al presidente Deza, una medida injusta y arbitraria á todas luces, y que sinembargo se llevó á cabo sin empeorar el estado de la guerra y las negociaciones empezadas para la reduccion. Mandóse en él que se sacaran del reino de Granada y se internasen en los pueblos de Andalucía y de Castilla, á todos los *moros de paz*, esto es, á los que no habian tomado parte activa en la rebelion. En su virtud los habitantes pacíficos de la Vega, de la Alpujarra, de Ronda, de las Sierras y rios de Almería, lo mismo que poco tiempo antes se habia hecho con los de Granada, fueron arrancados de sus hogares y trasladados al interior de Castilla.

No por esto cesó la guerra en los distritos su-

blevados; antes bien se continuaba con éxito vario para los belijerantes, en Terque, rio de Almería, los Padules de Andarax, Ujijar, Adra, Castil de Ferro y Verja (abril, 1570) hasta que habiendo escrito por órden de D. Juan de Austria, D. Alonso de Granada Venegas al reyezuelo Ben-Aboo ofreciéndole entrar en negociaciones, se convino en celebrar los tratados con el Habaquí, que tenia plenos poderes al efecto. En su consecuencia acordaron los principales caudillos de ambos ejércitos conferenciar en el Fondon de Andarax.

Reunidos en el punto designado, el dia 13 de mayo, 1570, los comisarios de D. Juan de Austria con el Habaquí, cinco caudillos moriscos y doce capitanes turcos auxiliares, abríose la primera conferencia, en la que el Habaquí expuso que no era posible guardar las pragmáticas reales ni tolerar las injusticias que los habian lanzado á la rebelion; que no se habia cumplido con ellos nada de lo que les ofreciera el marqués de Mondejar; que si con los moros de paz se cometia la irritante injusticia de internarlos en Castilla, ¿qué podian esperar los que se encontraban con las armas en la mano? que D. Juan de Austria nombrara personas de quienes fiarse los que fueran á reducirse; que volvieran los desterrados á Castilla, y que hubiera un perdon general, condiciones bajo las cuales se reducirian todos ellos y entregarian los cristianos cautivos que tenian en su poder.

A estas proposiciones que le fueron remitidas, contestó D. Juan de Austria, prévio informe de su Consejo, que Ben-Aboo enviase comisionados con plenos poderes para hacer la sumision en su nombre, y además un memorial de súplica pidiendo solamente lo que sabian que se les habia de otorgar. Continuaron las negociaciones hasta el 19 de mayo, en cuyo dia se terminó el asunto de la reduccion de esta manera: Que el Habaquí, á nombre de Ben-Aboo y de todos los capitanes moriscos se echaría á los pies de D. Juan de Austria, rindiendo armas y banderas y pidiéndole perdon; y que su Alteza los recibiría en nombre de S. M. y les daria seguro para que no fuesen molestados ni robados, y se les permitiría vivir con sus mujeres é hijos en todo el reino de Granada, escepto en la Alpujarra.

Firmada la capitulacion, los caudillos moriscos pasaron á los Padules, donde los esperaba D. Juan de Austria en una vistosa tienda de campaña rodeado de sus consejeros y capitanes. Llegó el Habaquí, apeóse del caballo y se puso de hinojos á los pies del príncipe, diciéndole: «Otórguenos V. A. á nombre de S. M. perdon de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves.» Esto dicho, entregó su espada á D. Juan, y concontinuó: «Estas armas y banderas rindo á S. M. en nombre de Ben-Aboo y de todos los alzados cuyos poderes tengo.—Levantaos, respondió D. Juan de Austria, tomad esa espada, y guardadla para servir con ella á S. M.»—Concluido este acto so-

lemne en medio del regocijo de todos, tratáronse algunos puntos concernientes al definitivo arreglo de la reduccion, y en 22 de mayo, regresó el Habaquí á la Alpujarra á dar cuenta á Ben-Aboo del negocio de la paz.

Con el fausto suceso de la capitulacion, y con haber embarcado el Habaquí para Africa los berberiscos y turcos auxiliares, parecia que hubiera debido darse por terminada de todo punto la rebelion de los moriscos. Mas por desgracia no fué así. El empeño de Felipe II, del Consejo y de los partidarios de la guerra sin cuartel, que se decian los mas conocedores del carácter de aquella jente y los mas previsores para lo futuro, produjo una cruzada general contra los moros de paz, ó sea los no rebelados, que se estendió por todo el reino Granadino, incluso la serranía de Ronda, cuyos habitantes sufrieron todos los horrores de una guerra no menos feroz y vandálica que la que habia devastado toda la parte oriental y la central de Granada.

La narracion de esta guerra que comenzó en el mes de mayo, 1570, y no terminó hasta noviembre del mismo año, la podrán ver nuestros lectores en la *Guerra de Granada*, por Hurtado de Mendoza, que despues de describirla estensamente, termina su narracion con las siguientes palabras: «He querido tratar tan particularmente «de esta guerra de Ronda: lo uno porque fué va«ria en su manera, y hecha con gran sufrimiento «del capitan general, y con gente concejil, sin la

«que los señores enviaron, y la mayor parte del «mismo duque de Arcos: y aunque en ella no hu«bo grandes reencuentros; ni pueblos tomados «por fuerza, no se trató con menos cuidado y «determinacion, que las de otras partes de este «reino; ni hubo menos desórdenes que correjir «cuando el duque la tomó á su cargo; guerra «comenzada, y suspendida por falta de gente, de «dinero, de vitualla, tornada á restaurar sin lo «uno y sin lo otro; pero sola ella acabada del «todo, y fuera de pretensiones, emulaciones ó en«vidias.»

Entretanto el rey morisco Ben-Aboo, alentado por un refuerzo de turcos y de berberiscos que llegó en aquellos dias á las playas españolas, y envidioso al mismo tiempo de el Habaquí que habia concluido el negocio de la paz con notorias ventajas para su persona, comenzó á mostrarse disgustado de una capitulacion que á él nada le habia aprovechado y que le despojaba del título de rey, y acabó por negarse á firmarla. Irritado el Habaquí con el engaño que se le hacia, ofreció á D. Juan de Austria obligar á Ben-Aboo á cumplir lo prometido ó que lo traería preso al campo. Aceptó el príncipe el ofrecimiento y autorizóle para que con algunas fuerzas fuese en busca del caudillo rebelde; mas como este tuviera noticias del intento que movia los pasos del Habaquí, envió contra él un cuerpo de tropa de turcos que le sorprendieron en el lugar de Berchul. Prendiéronle y lo llevaron á su titulado rey,

quien le hizo ahorcar secretamente y enterró su cadáver en un muladar donde permaneció mas de treinta dias sin que se supiese de su muerte.

Hecho esto, Ben-Aboo escribió á dos capitanes españoles, D. Fernando de Barradas y D. Alonso de Granada Venegas, invitándoles á que fuesen á terminar con él el negocio de la capitulacion. Contestáronle estos preguntándole entre otras cosas qué habia hecho de el Habaquí, les respondió que le tenia preso por algunos dias como á hombre que los habia engañado á todos, atento solo á ganar mercedes para él y sus parientes; pero que consolaran á sus hijos, asegurándoles que estaba bueno, que le soltaria de allí á pocos dias. Mientras negociaba con los cristianos, el pérfido moro escribia á los alcaides turcos de Argel, dándoles cuenta de la justicia que habia hecho con el traidor el Habaquí, y pidiéndoles sus auxilios de jente y de armas.

D. Juan de Austria deseoso de terminar aquellos tratos, envió á Hernan Valle de Palacios para que se avistase con Ben-Aboo (30 de julio). Recibióle el reyezuelo en medio de un simulacro de córte, y despues de oido el mensaje del capitan cristiano que le exhortaba á someterse, respondió con arrogancia: «Que Dios y el mundo sabian que los turcos y moros le habian elejido rey sin pretenderlo: que él no se opondria á que se redujesen los que quisieran hacerlo de buena voluntad; pero que tuviera entendido D. Juan de Austria, que él habria de ser el último; que aun

cuando quedase solo en la Alpujarra, no se daria nunca á merced; que si la suerte de la guerra le obligaba á ello, se meteria en una cueva que tenia provista de agua y bastimentos para seis años, en cuyo tiempo no le faltaria una barca para pasar á Berberia.» Con esta respuesta del soberbio moro regresó el mensajero de D. Juan de Austria, en ocasion en que viendo con disgusto Felipe II la lentitud con que caminaban las operaciones de la guerra y las negociaciones de la paz, habia mandado que se formaran otra vez dos cuerpos de ejército, á las órdenes de D. Juan de Austria y del duque de Sessa, para operar con celeridad y enerjía, el uno en la Alpujarra y el otro por la parte de Guadix, combinando sus operaciones de manera á encontrarse ambos en medio de las sierras.

Hallándose el príncipe D. Juan en Guadix, recibió una carta de Ben-Aboo, ofreciéndole rendirse con ciertas condiciones admisibles. Disponíase el príncipe á reanudar las negociaciones cuando llegó por casualidad á sus manos una carta del astuto moro, en la que se patentizaba la doblez de su conducta; en su virtud D. Juan mandó activar la guerra, y el comendador mayor Requesens salió de Granada con un cuerpo numeroso de milicias para entrar en la Alpnjarra (setiembre 1570). Esta vez la guerra se hizo con mayor rigor, si cabe, que las anteriores, talando, incendiando y degollando sin piedad todo cuanto encontraban los soldados á su psao.

Tenian los moros el pais oradado de cuevas entre las breñas y riscos donde se escondian. En estas cuevas eran cazados por las cuadrillas del comendador como alimañas en su madriguera. Cuando á fuerza de armas no podian rendirlos, arrojaban los soldados por la boca hases de leña encendidos, para que el fuego los abrasara ó los sofocara el humo. Así murieron muchos centenares de moriscos siendo mayor el número de los cautivos que se vendian en los mercados cuyo producto era para los aprehensores. Al mismo tiempo el comendador hacia construir multitud de fuertes para tener asegurada la tierra.

En 28 de octubre se promulgó una real cédula de Felipe II ordenando á D. Juan de Austria, á D. Pedro Deza y al duque de Arcos que acababa de someter los sublevados de Ronda, para que con la brevedad y diligencia posible sacaran del reino de Granada todos los moriscos, así los de paz como los reducidos. Pásose en ejecucion la órden en los mismos términos en que estaba mandado. Dispuso D. Juan de Austria que se ocupasen todos los pasos de la sierra, y en un dia dado, que lo fué el primero de noviembre, se mandó que todos los moros del reino de Granada hubieran de estar en las iglesias de los pueblos señalados para llevarlos de allí en escuadras de á mil y quinientos, fuertemente escoltados á los puntos á que se los destinaba. Ejecutóse la real disposicion con órden y sin dificultad en algunos puntos, y en otros con atropellos, muertes y asesinatos á

que dieron lugar los soldados con sus desmanes y codicia. No pocos moriscos se ocultaron en lo mas áspero de las breñas, ó huyeron á Berbería. Los que se sometian eran entregados por listas nominales á los alcaldes de los pueblos donde habian de residir.

Segun refiere Mármol, la distribucion que de ellos se hizo, fué la siguiente: los de Granada y su vega, valle de Lecrin, sierra de Bentomiz, Ajarquía y hoya de Málaga, y serrania de Ronda y de Marbella fueron repartidos por las provincias de Estremadura y Galicia; los de Guadix, Baza y rio de Almanzora, por la Mancha, Toledo y Castilla la Vieja, hasta el reino de Leon: los de Almería y su costa fueron llevados á Sevilla. Se acordó no destinar ninguno al reino de Murcia ni á las cercanías de Valencia, para evitar el peligro del contacto y comunicacion con los moriscos naturales de aquellas tierras.

Así quedó despoblado de moros el reino de Granada, despues de haber costado dos campañas sangrientas el vencerlos.

Terminada la expulsion de los moriscos, y despues de dejar bien guarnecidos los fuertes de la Alpujarra, volvióse el comendador Requesens á Granada, y lo mismo hizo D. Juan de Austria con el duque de Sesa desde Guadix. Allí licenciaron la gente de guerra de las ciudades; y dejando dispuesto lo conveniente para el reemplazo de los presidios durante el invierno, así como los cuerpos volantes que habian de perseguir

á Ben-Aboo y los pocos rebeldes que le permanecian fieles, D. Juan de Austria partió para la córte (20 de noviembre). Siguióle á los pocos dias el comendador mayor de Castilla D. Luis de Requesens, mientras don Fernando Hurtado de Mendoza y el duque de Arcos acababan de esterminar los restos de los moriscos de Ronda y de la Alpujarra.

Réstanos dar la última pincelada á este sangriento cuadro, narrando el triste fin que tuvo el reyezuelo Ben-Aboo, quien seguido de cuatrocientos hombres andaba fujitivo por lo mas enriscado de las sierras, guareciéndose en las cuevas entre Bérchul y Trevélez. Eran sus privados y confidentes un tal Bernardino Abu-Amer, que desempeñaba á su lado las funciones de secretario, y un famoso monfí llamado Gonzalo el Xenix, y estos fueron precisamente los autores de su trágico fin, instigados por un platero de Granada, nombrado Francisco Barredo, que habia obtenido autorizacion y ayuda del presidente y Consejo de Granada para acometer la empresa. Cuentan que un morisco que llevaba una carta del presidente para Gonzalo el Xenix, en la cual se referia la traicion, cayó en manos de los escopeteros de Ben-Aboo, y reveló á este todo el proyecto. Indignado el reyezuelo marchó al frente de una cuadrilla de sus hombres de mas confianza en busca del Xenix, á quien sorprendió en la cueva de Huzúm, entre Bérchul y Mecina de Bombarón. Entró en ella con solos dos

hombres; enseñó la carta á el Xenix; mostróse este encolerizado diciendo que era una calumnia; y cuando Ben-Aboo salia á llamar á los suyos, detuviéronle en la puerta de la cueva seis hombres de el Xenix. Llegóse este por detras, le dió con el *mocho* de la escopeta en la cabeza y le aturdió, y allí le acabaron de matar. Aterrados los escopeteros huyeron despavoridos, si bien el mayor número acabó por agregarse á el Xenix, para gozar del indulto que había sido ofrecido á este gefe.

El cadáver del mísero Ben-Aboo fué envuelto en unos zarzos de cañas y en esa misma noche lo llevaron sobre un macho á Verchul, donde se encontraba Francisco Barredo y su hermano Andrés; y allí para evitar la putrefaccion le abrieron el vientre, le sacaron las entrañas y lo rellenaron de sal. Esto hecho, Francisco Barredo requirió al capitan de aquel presidio que le diese auxilio y escolta para llevarlo á Granada. En el camino encontraron doscientos cincuenta moros de paz, que sabedores del suceso, y del indulto que el rey acababa de conceder, se convinieron en acompañarlos. En Armilla, lugar de la Vega, entablillaron el cadáver por debajo de los vestidos, y pusiéronle caballero en un macho de albarda. En este estado llegaron á Granada precedidos de los moros de paz y seguidos de los soldados. Al entrar en la plaza de Bibarrambla hicieron salvas con los arcabuces, repitiendo esta demostracion en la puerta de la Chancillería. El pre-

sidente Deza, salió á recibirlos, y recibió de manos de el Xenix las armas del malaventurado Ben Aboo, cuyo cadáver fué descabezado en el acto y el cuerpo entregado al populacho, que lo arrastró por las calles de la ciudad y despues lo quemó. (Marzo de 1571.)

Pusieron la cabeza en una jáula de palo sobre el arco de la puerta del Rastro, que dá salida al camino de las Alpujarras y encima un rótulo que decia:

Esta es la cabeza del
traidor de Abenabó.
Nadie la quite
so pena de muerte.

Quedó la tierra destruida y despoblada hasta que fué viniendo gente de toda España para habitarla. A los nuevos pobladores dábanles las haciendas de los moriscos con un pequeño tributo que pagaban cada año. Francisco Barredo recibió del rey seis mil ducados en bienes raices de los moriscos, y una casa en la calle del Aguila, que era de un mudejar echado del reino. Despues pasó á Berbería diferentes veces á rescatar cautivos, y en un convite lo mataron. (Hurtado de Mendoza.)

Así acabó el levantamiento y guerra de los moriscos de Granada. «Guerra, sangrienta y feroz, en la que musulmanes y cristianos cometieron todo género de escesos y ejecutaron crueldades horribles, y no pocas acciones de valor heróico; guerra desigual entre un pueblo de mon-

taña, reducido al recinto estrecho de una provincia española, y el poder de un soberano que dominaba la mitad del mundo; guerra en que los esfuerzos individuales y los arranques de la desesperacion suplieron en el pueblo rebelado la falta de gobierno, de organizacion, de ejércitos y de leyes; guerra que hubiera podido evitarse con alguna mas prudencia de parte del monarca y de sus consejeros, pero necesaria si se atiende al modo con que Felipe II se propuso establecer la unidad religiosa en el reino; guerra en fin, en que el jóven D. Juan de Austria hizo una gloriosa prueba de capitan valeroso, activo y prudente, y cuyo triunfo bien que honroso fué solamente como el anuncio de los laureles que mas en abundancia habia de recojer en otro campo donde vamos á verle ahora.» (Lafuente, *Historia de España.*)

IX.

LEPANTO, REINCORPORACION DEL PORTUGAL.— DESASTRE DE LA INVENCIBLE. 1570 á 1588.

Muchas fechas hemos de fijar y muchos ruidosos acontecimientos hemos de apuntar todavía antes de encontrarnos con un nuevo suceso de interés general pertinente á la historia de Andalucía, despues de haber narrado compendiosamente la de la rebelion y guerra de los moriscos del reino de Granada, cuyos resultados dejaron sangrienta y dolorosa huella en Andalucía y principalmente en el país que fué su teatro.

Y, sin embargo, es de notar, que entre todas las guerras que se sucedieron en esta magnífica rejion, entre las razas cristiana y musulmana, la de los moriscos fué la única que no tuvo carácter religioso, por mas que la religion entrase por mucho en el ánimo de los contendientes, y la única tambien que á su conclusion no fué se-

guida de un decreto de proscripcion en masa de los vencidos á paises estranjeros. Más duro si se quiere, más inhumano Felipe II que los reyes sus predecesores, fué no obstante mas previsor que ellos en cuanto á las medidas que tomó con los moriscos rebeldes y no rebeldes, puesto que, si bien los arrancó de sus hogares y del suelo que los vió nacer, no los lanzó de España, medida absurda que estaba reservada para uno de sus descendientes, sino que los desparramó por su reino, donde fraccionados, divídos en grupos y en familias, y vigilados de cerca, no cometiesen los *grandes delitos* de bañarse, tocar dulzainas, bailar zambras y no aprender la doctrina como papagayos; la correccion de cuyos escesos costó á España la muerte de mas de veinte mil soldados y el degüello de cien mil moriscos.

Con la terminacion de aquella guerra montaraz, sanguinario epílogo de la larga y heróica epopeya de que fué teatro durante tantos siglos el suelo de Andalucía, coincidió el principio de la campaña marítima que mas celebridad tiene adquirida en los anales modernos, y en la que España y D. Juan de Austria obtuvieron la gloria de haber salvado á Europa del dominio de los turcos.

Puede decirse que en este tiempo comenzaba á declinar el inmenso poder del imperio Otomano, cuyas formidables escuadras continuaban, sin embargo, enseñoreadas del mar, y devastando las costas de Italia. En febrero de 1570, el Sultan Selim II intimó á la república de Venecia que ce-

diera la isla de Chipre á la Sublime Puerta. Venecia harto débil para negarse á la cesion, volvió los ojos á las naciones cristianas en solicitud de auxilios; mas en pocas halló calor y apego. Solo España y Roma se prestaron á darle ayuda. En mayo de 1570, encontrándose Felipe II en Sevilla, suscribió la famosa liga ó confederacion perpétua entre la Santa Sede, España y la república de Venecia contra el sultan de Turquia y contra los infieles enemigos del nombre cristiano. En una de las capitulaciones de aquel memorable pacto, quedó estipulado que el general en gefe de las fuerzas de la Santa Liga, sería el Sr. D. Juan de Austria, y en su ausencia ó imposibilidad el capitan que mandara las galeras del pontífice.

En 20 de Julio se hizo á la vela del puerto de Barcelona D. Juan de Austria; llegó el 26 á Génova donde acudieron á felicitarle el dux, el senado de la Señoría y casi todos los príncipes de Italia, y en 25 de agosto ancló la escuadra española en el puerto de Mesina, punto de reunion para la armada de la Liga. Hecha muestra general de todas las fuerzas de la confederacion, contáronse mas de trescientas naves entre grandes y pequeñas y sobre ochenta mil hombres de pelea y de servicio. El dia 16 de setiembre dieron las velas al viento, en demanda de la flota enemiga fuerte de doscientas galeras que se hallaba en el golfo de Lepanto.

En la amanecida del 7 de octubre, D. Juan de Austria descubrió la armada turca hácia la isla

de Santa Maura, ó Leucadia, y en el momento mandó que sus naves tomasen el órden prescrito para el combate. El príncipe pasó á una galera de dos órdenes de remos, y con un crucifijo en la mano recorrió la línea exhortando á los cristianos á morir ó vencer por su fé. Por otra parte, el general pontificio y D. Luis de Requesens recorrieron tambien la línea para asegurarse que todas las disposiciones para la batalla estaban fielmente cumplidas. Publicóse el jubileo pontificio, absolvióse á los guerreros que iban á morir por el triunfo de la cruz, y enarbolado el estandarte bendecido por el papa, las trompetas y tambores dieron la señal del combate.

La armada turca mas numerosa que la cristiana se había formado en media luna dividida en tres cuerpos: mandaba el de la derecha el general Faita que tenia ochenta galeras á su cargo; el del centro Ali-Bajá con ciento treinta, y el de la izquierda compuesto de cincuenta y tres, lo mandaba Aluch-Ali; finalmente, tenia á retaguardia una reserva de veintidos galeras capitaneadas por Hascen y el gobernador de Tripoli. Es de advertir, que hasta entonces no se habia practicado otro órden de combate que el de batirse los buques en línea, abordarse una á una las naves enemigas hasta que una fuese apresada por la otra. Don Juan de Austria cambió de táctica en esta ocasion. Disparado el primer cañonazo por la galera capitana turca que enarbolaba el estandarte del Gran Señor, y contestado

por la cristiana que tremolaba el de la Liga; adelantáronse á fuerza de remo seis galeazas que montaban gruesas piezas de artillería que rompieron un vigoroso y nutrido fuego contra la línea de los turcos, quienes para neutralizar el efecto de tan recia acometida rompieron su primera formacion y cayeron con viento en popa redondo, sobre la armada cristiana con cuyas galeras quedaron las suyas aferradas.

Duró el combate indeciso desde las seis hasta las nueve de la mañana, momentos en que la victoria se declaró por los cristianos, siendo desde aquella hora hasta el anochecer la batalla una horrible carniceria. Perdieron los turcos en ella doscientos veinticuatro bajeles; de ellos ciento treinta quedaron en poder de la escuadra confederada; mas de noventa fueron incendiados ó echados á pique, y cuarenta solamente se salvaron. Murieron veinticinco mil turcos, cinco mil quedaron cautivos; tomóles el vencedor ciento diez y siete cañones gruesos y doscientos cincuenta de menor calibre, y dió libertad á doce mil cristianos cautivos que remaban en las galeras musulmanas. No menos lamentables fueron las pérdidas que tuvieron los de la Liga, pues murieron cerca de ocho mil soldados y marinos, de ellos dos mil españoles, ochocientos pontificios y los restantes venecianos, y perdieron quince buques.

Entre los heridos en aquel combate inmortal lo fué, en el pecho y en la mano izquierda de un tiro de arcabuz, un soldado no menos inmortal

que el gran dia de Lepanto: MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Tal fué, en brevísimo resúmen, el famoso combate naval de Lepanto, que humilló á la hasta entonces invencible Puerta Otomana; y la hizo perder su supremacía en el Mediterráneo. La gloria de aquel gran dia fué toda para los españoles, y para el invicto caudillo que en el discurso de un año venció el último y mas desesperado esfuerzo de los moros de España, y el incontrastable poder marítimo de los sultanes de Constantinopla.

Ocho años despues, esto es, en 1578, la trájica y novelesca muerte del rey D. Sebastian, acaecida en África, en la batalla empeñada con el rey de Marruecos Muley Moluc, cerca de Alcazarquivir, dejó vacante el trono de Portugal, que ocupó el anciano cardenal D. Enrique, tio del malogrado D. Sebastian. Felipe II envió á Lisboa de embajador al duque de Osuna con la mision de exijir á D. Enrique una declaracion en favor del rey de España como inmediato sucesor á la corona portuguesa. El cardenal eludió dar una contestacion categórica, pretestando que la decision de tan espinoso asunto correspondia á las Córtes del reino, dado que eran muchos los pretendientes que se creian con derecho al trono de Portugal. Estos eran:

Felipe II, como hijo de D.ª Isabel, hija mayor del rey D. Manuel.

La duquesa de Braganza, hija del infante

Duarte, duque de Guimarens, hijo del mismo don Manuel, y casada con D. Juan de Braganza.

El duque de Saboya y Parma, general de los ejércitos de Felipe II como esposo de María, por el duque de Guimarens.

Don Antonio, prior de Ocrato, bastardo de la rama portuguesa.

Emanuel Filiberto, nieto de Emanuel el *Grande*, por Beatriz su madre, mujer de Cárlos segundo duque de Saboya.

El papa Gregorio XIII, porque decía que un papa habia dado la Corona á Alfonso Enriquez, y porque los Estados de la Iglesia debian ser los herederos de un Cardenal.

Catalina de Médicis hija de Lorenzo II y de María de la Tour, heredera de Bolonia, como descendiente de Roberto conde de Bolonia, hijo de Alfonso III y biznieto de Alfonso Enriquez.

Las pretensiones del Papa y las de Catalina de Médicis eran las menos aceptables, las del duque de Braganza mas fundadas, las de Felipe II las mas lejítimas. Convocadas las córtes, el monarca español obtuvo en ellas el voto del alto clero cuya benevolencia supo captarse, y el de la nobleza que se le mostró muy adicta; pero el estado llano, ó el tercer brazo se le declaró hostil, hasta el punto que Felipe tuvo que recurrir á la última razon de los reyes para hacer triunfar su derecho. En 19 de Junio, 1580, abrió la campaña contra Portugal con un ejército fuerte de 32,000 hombres de infantería, 2,000 caballos

y 80 piezas de artillería, que al mando del duque de Alba, con quien se habia reconciliado el rey, entró en el reino Lusitano y se apoderó de él á *paso de carga*, no encontrando resistencia séria hasta llegar al pié de los muros de Lisboa. Pocos dias despues (8 de Julio) salia de Cádiz y del Puerto de Santa María, la armada española compuesta de 91 galeras, 30 navíos, 70 trasportes, 19 fragatas y otras embarcaciones menores, que se apoderó con la misma facilidad de todos los pueblos importantes de la costa de Portugal desde Castro-Marin hasta Setubal.

A 13 de Agosto la escuadra al mando de don Alvaro de Bazan entró en el Tajo y se puso en órden de batalla frente á la portuguesa fondeada junto á la torre de Belen. Las naves lusitanas no aceptaron el combate y se alejaron haciendo fuerza de remo y vela. El prior de Ocrato, última esperanza de los portugueses, se atrincheró con veinticinco mil hombre delante de Lisboa dispuesto á defender la plaza; mas el dia 25 de Agosto, el duque de Alba al frente de 18.000 infantes y 1,800 caballos, atacó las trincheras, de que se apoderó á la tercera embestida, poniendo fuera de combate mas de cuatro mil portugueses. Huyeron estos á la desbandada, y el de Alba intimó la rendicion á la ciudad amenazándola de nó con el saqueo. Los majistrados abrieron al vencedor las puertas de Lisboa, donde á 12 de Setiembre se hizo la solemne jura y proclamacion del rey D. Felipe.

Ese dia quedó reincorporado el Portugal á España. La unidad de la península Ibérica quedaba hecha.

Desvanecido Felipe II con los laureles de Lepanto y la fácil conquista del reino de Portugal, é irritado al mismo tiempo contra la reina Isabel de Inglaterra por los eficaces auxilios que prestaba á la insurreccion de los Paises-Bajos, dispuso llevar á cabo la conquista de Inglaterra; audaz empresa en que le alentó el papa Sixto quinto ofreciéndole la corona de aquel reino (1587). Al efecto pusiéronse en extraordinaria actividad todos los puertos y arsenales marítimos de la península, para construir naves de alto bordo capaces de montar piezas de artillería de un calibre extraordinario para aquellos tiempos, en tanto que en Flandes, Alemania, en el Milanesado, Nápoles, Sicilia, Portugal y en todos los reinos de la monarquía castellana se hacian grandes levas de soldados y de marineros.

Empero mientras se hacian aquellos formidables preparativos guerreros, apareció de improviso el célebre marino inglés Drake, con seis galeones y diez y nueve navíos en la bahía de Cádiz, incendió veintiseis naves mercantes surtas en el puerto y sembró la alarma en toda la Andalucía. No bien tuvo noticia el duque de Medina Sidonia del atentado cometido por el inglés, tomó disposiciones tan activas y eficaces para la defensa de Cádiz y de toda la costa, que Drake tuvo que alejarse de las aguas andaluzas, apre-

sando y quemando al retirarse á Inglaterra mas de cien galeones españoles que venian cargados de riquezas. La prevision y admirable actividad de que dió muestra el duque de Medina Sidonia en aquellas graves circunstancias, fué motivo para que Felipe II le creyese dotado de relevantes prendas para el mando, en cuya virtud se lo confirió muy luego, pero demasiado importante y superior á sus fuerzas.

La audacia del marino inglés aguijoneó el ánimo de Felipe para mandar activar los aprestos con que contaba para tomar cumplida satisfaccion del reciente ultraje, y conquistar el reino de Inglaterra. La Europa entera mantenia fija la vista en las costas inglesas donde esperaba ver representar de un momento á otro uno de los mas imponentes espectáculos que la mente del hombre pudiera concebir; y era tanto lo que sonaba en todas las naciones el rumor del formidable armamento que se estaba haciendo en los puertos de España y de Flandes, que en todas partes y particularmente en Roma se dió en llamar *armada invencible* á la mandada reunir en las aguas del Tajo por Felipe II. Notoria exajeracion fué semejante dictado, pues la tan célebre armada constaba solo de ciento quince naves mayores y menores, con veinte mil soldados, ocho mil doscientos marineros, trescientos remeros y unos dos mil voluntarios.

A principios de Junio de 1588, surcaba las olas del Atlántico la temida armada, al mando

del duque de Medina Sidonia, nombrado para tan alto puesto por muerte del ilustre marino español D. Alvaro de Bazan, y el dia 30 del mismo mes se presentó delante de Plymouth, donde encontró la escuadra inglesa. Durante mas de cincuenta dias las armadas española é inglesa se hostilizaron sin cesar en el canal de la Mancha, esforzándose la primera por traer á un combate general y decisivo á los ingleses, y estos haciendo prodijios de valor y pericia naval evitaban el temido encuentro, empeñando cada dia combates parciales en que los triunfos y los reveses se repartian por partes iguales entre los belijerantes. Se notó, dice un historiador particular de este suceso, en los ingleses grande audacia para hostigar, é impotencia para un combate decisivo; y en los españoles valor extraordinario para entrar en lid sangrienta, é impotencia para obligar al enemigo á admitirla. Y es, que el duque de Medina Sidonia era tan valeroso capitan como inesperto marino.

A nueve de Agosto, despues de un porfiado combate empeñado en las aguas de Calais, en el que ambas escuadras quedaron sobremanera quebrantadas, la española determinó dirijirse rumbo al norte; mas al entrar en el canal de Irlanda (20 de Agosto) vióse acometida de aquella furiosa borrasca que se ha hecho célebre en la historia, causando el completo desastre de la armada invencible. Luchando con las olas, con los vientos, con el terror de las tripulaciones,

las naves sin gobierno se separaron las unas de las otras arrastradas en todas direcciones por el huracan, yendo muchas de ellas á estrellarse sobre las costas de Irlanda. Medina Sidonia pudo salvar una parte de la armada tomando puerto en Santander, y desde allí se retiró á sus estados de Andalucía, no menos enfermo de cuerpo que de espíritu.

Treinta y dos navíos y diez mil hombres perdió España en aquella desastrosa campaña marítima, en cuyo triste desenlace tuvo no poca parte la falta de un buen almirante. Pero su mayor pérdida, y de la cual no ha vuelto á reponerse, fué la de su preponderancia marítima, que parece arrebató diez y ocho años antes á los turcos en Lepanto para hacer de ella un donativo á los ingleses.

Cuéntase que Felipe II respondió al portador de tan infausta nueva: *yo no envié la armada á pelear contra los huracanes, sino contra los ingleses.* En aquel mismo dia mandó socorrer con cincuenta mil escudos á los heridos y enfermos, y prohibió por un edicto el luto que España toda habia vestido por tan grande infortunio.

Diez años despues del desastre de la invencible, espacio de tiempo que llenaron grandes acontecimientos marítimos y terrestres llevados á cabo por las armas españolas en América, en Portugal, en Francia y en los Paises-Bajos, falleció Felipe II (1598) á poco de haberse ajusta-

do la suspirada paz en Vervins, entre España y Francia, y de haber abdicado el monarca español la soberanía de los Paises-Bajos, esa profunda cima donde se habian sepultado la sangre y los tesoros de España durante tantos años, en su hija la infanta doña Isabel, y en su sobrino el archiduque Alberto, que siendo cardenal y arzobispo obtuvo dispensa del pontífice para casarse con su prima.

Felipe II bajó al sepulcro á los setenta y un años cumplidos de su existencia y á los cuarenta y tres de su reinado. Pocos hombres, dice uno de sus historiadores, han tenido una muerte mas serena, mas tranquila ni mas cristiana; á lo cual añadimos nosotros, ni una vida mas ajitada por la ambicion y las mas encontradas pasiones. No nos incumbe hacer su biografía; pero condensaremos toda su vida política en los siguientes rasgos: Gran conocedor de su época y de los hombres, fué su talento de primer órden, y así tenia que ser, cuando logró hacer de la Roma de Sixto quinto y de Pio quinto el Santo, un juguete de su política; del Santo Oficio un cuerpo de policía para tener sujetos sus reinos; conducirse, sin incurrir en la nota de protestante, como *rey y como papa* á la vez en las Españas, y ponerse él mas alto que la justicia. Fué un déspota en toda la estension de la palabra; con lo que gastó en guerras extranjeras y en temerarias empresas, hubiera habido lo muy bastante para levantar á España á un grado de

prosperidad fabulosa. Sin embargo, en su largo reinado florecieron las letras y las artes, á las que dió un noble y generoso impulso. Brillantes resplandores que iluminaban con trazos de viva luz el caos que envolvia la nacion, á la que dejó Felipe II en un lamentable estado reducida en poblacion, segun el censo de 1591, á ocho millones doscientos seis mil setecientos noventa y un habitantes, de los diez y ocho á veinte millones que contaba en tiempo de sus abuelos los Reyes Católicos.

Las glorias de San Quintin, Lepanto y la conquista de Portugal, así como las pretensiones de Felipe á ejercer una supremacía sin rival en los mares, y como su escesivo celo por conservársela en absoluto al catolicismo, fueron causas no solo de la ruina de la nacion, cuyo tesoro dejó gravado aquel soberano con una deuda de 150.000,000 de ducados, sino que tambien de su detension en las vías del progreso; en términos de que un historiador crítico tuvo sobrado motivo para decir de España: «que por haberse inmovilizado, muy luego apareció haber retrocedido en el camino de la civilizacion.»

Sucedió á Felipe II su hijo Felipe III á la edad de veinte y un años. Su padre que lo conocía muy á fondo, murió con el convencimiento de que dejaba un rey nulo sentado en el trono de las Españas. Realizáronse sus tristes presentimientos. La historia de los veinte y tres años del reinado de este indolente monarca, es

una larga série de desaciertos políticos, de despilfarros y de inmoralidad que hicieron inevitable la ruina de aquella poderosa monarquía que dejaron fundada los Reyes-Católicos y que sostuvieron con su gran talento y sus grandes errores Cárlos I y Felipe II.

X.

Expulsion definitiva de los moriscos. La casa de Medina Sidonia.

Uno de los acontecimientos mas memorables y mas funestos del reinado del tercer Felipe, fué sin duda alguna, la total expulsion de los moriscos de España, decretada en el Escorial en 11 de Enero de 1609. El clero, como siempre habia acontecido, abrió las primeras pájinas de este ruidoso proceso que tanto dió que hablar al mundo entero. Quejóse de que nada podian las exhortaciones, la dulzura, el celo y la predicacion de los pastores para mantener en el rebaño católico á unos hombres obstinados en el error, incorrejibles y traidores á Dios y al rey, que mantenian secretas inteligencias con los piratas berberiscos que infestaban las costas del Mediterráneo, y les daban la mano en sus vandálicas incursiones. Por tanto suplicó repetidas veces al

rey se dignase expelerlos de sus dominios como yerba mala y ponzoñosa. Estas súplicas apoyadas por altos personajes de la corte, impresionaron vivamente al monarca, quien remitió el caso al Consejo de Estado, encargándole propusiese las medidas que fuera conveniente adoptar.

El Consejo de Estado dió el informe que se le pedia ajustándose al decreto de expulsion y á las miras bastardas y codiciosas que produjeron la mayor iniquidad que rejistra la historia de España, no solo por el espíritu que la dictó sino por la manera con que se llevó á cabo.

No era, ciertamente, esta la primera persecusion que sufria en la Península aquella raza desventurada; mas en ninguna de las anteriores como habrán tenido ocasion de verlo nuestros lectores en las pájinas precedentes, se procedió de una manera tan cruel, tan absoluta y tan inmoral, puesto que se llegó hasta el completo despojo de cuanto poseian los míseros desterrados. En aquellas se tomó por pretesto la acomodaticia razon de Estado; se les pusieron condiciones dejándolos en libertad de aceptarlas ó nó; se respetó todo cuanto poseian, obligándoles solo á permutar sus bienes por dinero y el dinero por papel ó por frutos ó mercancías del país. Los Reyes-Católicos al decretar su expulsion cuidaron de hacer ilusoria la medida; y Felipe II ni á tanto se atrevió á llegar puesto que se limitó á internar á los de Andalucía en Castilla

y Estremadura, dejando vivir en paz á los que moraban en el resto de la Península; mas en esta ocasion se los lanzó del todo de España y se les despojó en absoluto de todo cuanto poseian.

Al examinar detenidamente el decreto de expulsion de 1609, se viene en conocimiento de que las súplicas del clero al rey, fueron acaso un instrumento dócil de que se valieron ciertos cortesanos poco escrupulosos en cuanto á buscar medios de restaurar ó engrandecer su fortuna. Basta para ello fijarse en el hecho particular, que entre los altos personajes que medraron con aquel cínico despojo, figuran el conde y la condesa de Lemos á quienes el rey regaló ciento cincuenta mil ducados, y el duque de Lerma y su hijo que recibieron trescientos cincuenta mil, procedentes de los bienes confiscados á los moriscos.

En fines de setiembre comenzó la expulsion de aquellos desgraciados. De ellos llegaron trescientos mil á Dénia uno de los puertos que se le habian señalado para el embarque. No habiendo suficiente número de barcos para trasportarlos, el mayor número hubo de quedarse en tierra. Esto mismo sucedió en los demás puertos. Los embarcados en aquella primera expedicion fueron casi todos viejos, niños y mujeres. A estos los registraban de un modo brutal, particularmente á las mujeres, pues no se les permitía llevar consigo alhajas, dinero, ni *letras de cambio*. Robáronlos en las naves los marineros y les hicieron sufrir los mas malos tratamientos, considerándolos como

á gentes malditas del cielo, á quienes era lícito atormentar de todas las maneras. Los que no pudieron embarcarse, que fueron los hombres mas ágiles y robustos, se dividieron en bandos, y arrastrados por la desesperacion se entregaron á la vida de salteadores. Unos juntáronse en el valle de Allora, y eligieron rey á un moro rico llamado Turigó; otros fueron á buscar un refugio en las agrestes montañas que circundan el valle de Alhuar, en la provincia de Alicante y tomaron por caudillo á un molinero apellidado Millini. Empero faltos todos ellos de buena direccion, y careciendo de armas y municiones, hubieron de rendirse muy luego, y fueron embarcados todos para las costas de Africa, donde perecieron los mas á manos de sus mismos correligionarios que los acusaban de malos musulmanes.

Algunos autores hacen subir el número de los expulsados á nuevecientas mil almas; cifra que no nos parece exajerada, atendiendo á que salieron de todas las provincias de España, donde es notorio que en aquellos tiempos existian en gran número ejerciendo la industria y el comercio y cultivando la tierra.

Es cosa singular, que en los tiempos en que la tolerancia religiosa sancionada en la dieta de Ausburgo comenzaba á figurar entre los principios de derecho público en Europa, España que en la época de los Reyes Católicos, cuando todavía no se conocía ni aun la palabra, la habia consignado en sus leyes y la practicaba de hecho, en los

tiempos de Felipe III diera pruebas de la mas feroz intolerancia. A esta inhumana, impolítica y torpe conducta, y al desmedido afan de engrandecimiento territorial, que lanzó á Cárlos I y á Felipe II á las mas atrevidas y aun descabelladas empresas, debió España su despoblacion, tal y tan grande, que al finalizar el siglo XVIII se veia convertida casi en un desierto.

En el año 1621, á los cuarenta y tres de su edad y veinte y dos y medio de reinado, falleció Felipe III, dejando á su hijo y sucesor Felilipe IV, jóven de diez y siete años, la monarquia en decadencia; empero que por una combinacion de extráordinarias circunstancias mas bien que debido al génio de los que dirijieron sus destinos, no habia perdido una sola pulgada de terreno durante el anterior reinado. Todo lo que tuvo de ascético é indolente de ánimo y de cuerpo Felipe III, tuvo de amigo de fiestas, de amoríos y de aficionado á la poesía y á los poetas, su hijo, sin embargo de ser mozo de pocos estudios, escaso talento y no menos inexperto é indolente que su padre.

Dicho se está con esto, cual sería la situacion en que se encontró la desventurada España. La grandiosa obra de los Reyes Católicos que, como dice un historiador contemporáneo, habia dado alto renombre á los españoles, y hécholos temidos y respetados en el estranjero, fué debilitándose en manos de sus sucesores en términos que al advenimiento del cuarto Felipe, si bien conservaba mucho brillo fuera de nuestras fronteras, dentro solo

se hacía notar por el empobrecimiento, la miseria y la abyeccion del país. No obstante, los funestos efectos de aquel cúmulo de sistemáticos errores no se hacian sentir por igual en todos los ámbitos de la península, pues la contínua emigracion del centro á la circunferencia, consecuencia de la detestable administracion de los gobernantes, hacía refluir á las costas con la poblacion toda la vida, la actividad y el movimiento que habia quedado en España.

Andalucía fué como no podia menos de ser la rejion donde menos se hicieron sentir los deplorables resultados de la política de los reyes de la casa de Austria; dado que á la fertilidad de su suelo y á la actividad de sus habitantes se unia el movimiento comercial que la península mantenía con sus colonias de América. Para formarnos una idea bastante exacta del contraste que presentaba la despoblacion y miseria de las provincias del centro con la animacion y riqueza que se disfrutaba en las del litoral del Mediterráneo, vamos á reproducir los siguientes pormenores que encontramos en una curiosa crónica de los tiempos de que nos estamos ocupando.

A principios del año 1624 resolvió el rey Felipe IV hacer una visita á las ciudades de Andalucía, y dió aviso al Duque de Medina Sidonia, que estaba en su bosque de doña Ana, de que tenía pensado el pasar por sus estados. El Duque se encontraba enfermo, sin poder moverse de la ca-

ma; pero tan grande era el amor y respeto que profesaba á su rey, que inmediatamente dispuso lo conveniente para recibir á tan augusto huésped.

Ideó formar en el desierto del bosque un palacio digno de la persona que habia de ocuparlo, y al efecto envió á aquel paraje á su mayordomo, D. Bernardo de Morales, con cnatrocientos hombres y los correspondientes maestros de obras, para que á toda prisa, pero con la suntuosidad que el caso requeria, improvisasen el palacio que habia de servir de albergue á S. M.

Arduo era el encargo confiado al maestro Morales; pero logró llenarlo cumplidamente, terminando en pocos dias la obra que le habia encomendado el duque de Medina-Sidonia.

Hé aquí las palabras con que la crónica aludida describe aquellas fiestas que revelan cuanta era la opulencia de aqnella antigua y noble casa.

«Renovaron la casa del bosque, que es muy capaz, y aderezaron treinta aposentos de ricos tapices, y hicieron de nuevo una caballeriza para los caballos de S. M. de doscientas plazas, cocheras para todos sus coches, granero para dos mil fanegas de cebada, pajar y guadarnés, de ciento diez y seis varas de largo, dos cocinas arrimadas á la antigua, de ciento veinte piés cada una, un gran horno para las masas, un guardamanjel de ochenta varas, todo incorporado en el Palacio del bosque.

«Dispúsose el aposento para el Duque y los señores que le acompañasen, en el hato que está

cerca del Palacio, en seis casas que allí tienen los vaqueros, que se aderezaron de costosas tapicerías, techos y paredes: y enfrente se labró de nuevo otra caballeriza de ciento cincuenta pesebres, guadarnés, cocheras, pajar, granero, cocinas y horno; todo cási del mismo tamaño, que se ha referido del cuartel de S. M.

«Armáronse en estos dos sitios diez y seis tiendas, y las once que estaban en el de S. M., muy capaces, los suelos entablados, ricamente adornados de colgaduras y camas, sillas y bufetes. Y en el del Duque habia cinco tiendas, la una muy grande, esterada, para comer y asistir á los señores. Hiciéronse unas veintidos barracas en ámbas partes, con muchas camas para la gente que seguia á S. M., criados y vasallos del Duque, de las cuales servian dos, una en cada cuartel, de albergue. La de S. M. tenia 70 varas de largo y cuatro de ancho, mesas y bancos para comer y recoger unas 500 personas, porque estaban dos gradas por la una y otra banda. La del cuartel del Duque tenia 50 varas de largo, cinco de ancho, con mesas y bancos en la misma conformidad, capaz para 300 personas; puesto todo con tal órden, que formaban vistosas calles.

«Para estas obras, se llevaron:

«Ocho mil tablas.

«Mil y quinientos pinos.

«Cien velas de navío.

«Setenta mil clavos, y una gran cantidad de materiales y pertrechos.

«Para el guardamangel de S. M. y botillerías del Duque:

«Ocho baules grandes de mantelerías y servilletas alemaniscas finas.

«Dos de ordinarias.

«Doscientos cuchillos de Balduque.

«Una caja muy grande de vidrios de Venecia y búcaros.

«Un gran cajon de loza de China, fina.

«Seis cargas de la ordinaria.

«Setecientas fanegas de harina de flor.

«Ciento para los perros de S. M. y del Duque.

«Ochenta botas de vino añejo.

«Gran cantidad de vino de Lucena, y bastardo.

«Diez botas de vinagre.

«Doscientos jamones de Rute, Aracena y Vizcaya.

«Cien tocinos.

«Cuatrocientas arrobas de aceite.

«Mil de agua del caño dorado de San Lúcar.

«Trescientas arrobas de uvas, orejones, dátiles y otras frutas.

«Seiscientas arrobas de salmon, atun de ijada y pescado.

«Gran suma de arencones.

«Cincuenta arrobas de manteca de Flandes.

«Quinientas palmas de manteca de vacas, fresca, y ochocientas libras de la de puerco.

«Muchas orzas de leche de vacas.

«Trescientos quesos de Flándes.

«Cuatrocientos melones.

«Mil barriles y botijas de aceitunas.

«Cien arrobas de azúcar y otras ciento en pilones.

«Cincuenta arrobas de miel.

«Doscientas arrobas de cajas de conserva, cubiertos y almíbares.

«Ocho mil naranjas dulces y ágrias.

«Tres mil limones ágrios y dulces.

«Mucha especería de todo género.

«Cuatro mil bujías.

«Cuatro mil velones.

«Ochocientas hachas.

«Cien hachotes.

«Cien morteretes, todo de cera blanca.

«Quinientas hachas amarillas.

«Un balon de papel.

«Gran cantidad de obleas, cañones y hilo de cartas.

«Doce cargas de palmitos de Meca, de que gustó mucho S. M.

«Cincuenta y cinco arrobas de cobre labrado.

«Mil trescientas libras de hierro de Sevilla.

«Once mil velas de sebo.

«Seis árboles grandes de navíos y sesenta berlingas para los fuegos.

«Treinta y ocho faroles para las tiendas y barracas.

«Trescientas cucharas.

«Diez carretadas de sal.

«Un cajon grande de lanzas para montear.

«Muchas libras de pólvora y municion.

«Setenta y cuatro bufetes, para los aposentos y tiendas.

«Gran cantidad de sillas.

«Una sobre mesa de damasco, de cuarenta y dos varas con sus flecos de oro.

«Otras quince de Tabi, de diferentes colores, con pasamanos de oro, para los bufetes de los aposentos.

«Otras tantas de raja de cochinilla con flecos de oro, para los de las tiendas.

«Otras veinte de guadamacil, la una para veinte bufetes, otra para doce y las demás de diferentes tamaños.

«Para la caballeriza de S. M. se enviaron doscientas cincuenta carretadas de paja, mil quinientas fanegas de cebada, veinticuatro de trigo y diez de harina con que regalar los caballos.

«Para la cocina se cortaron cuatro mil cargas de leña y se trajeron cuatro mil arrobas de carbón.

«De la orilla de Huelva se enviaron quinientos barriles de escabeches lenguados, ostras y besugos, sin otros mil nuevecientos que habian llevado de San Lúcar de diferentes pescados regalados, y seis mil cuatrocientos pastelones de lampreas y gran número de empanadas que le fueron haciendo en el bosque.

«Previnieron todas las artes de pesquería que hay en la villa de Huelva para que todo el pescado que se pescase se remitiese, el cual se

traia desde la torre de la Arenilla hasta las del Asperillo, y de allí al bosque, que son once leguas sin parar, con diferentes arrieros, y de esta suerte, entraban cada dia veinte cargas de pescado regalado, cada una de quince arrobas.

«Previniéronse todas las jábegas, labadas y artes de cazonales de Huelva y Almonte, para que estuviesen en el sitio de la Barrosa, una legua de dichas casas, por sí S. M. fuese servido de entretenerse algun rato viéndolas pescar, como lo hizo, sirviendo en tanto para hacer mayor la prevencion del pescador, enviando cada dia otras ocho cargas al bosque sin otras seis que se enviaban de las Tartanas á San Lúcar, con que se juntaban cada dia en Doñana, treinta y dos cargas de pescado con cási quinientas arrobas, por diez y seis dias contínuos, doce ántes que llegase S. M., sirviendo sólo de afectar el desperdicio, llegando á tanto el cuidado del Duque, que por si los temporales estorbasen la pesquería, previno barcos para que pescasen en el Rayo, y se trajese el pescado por tierra.

«Traíanse cada dia seis cargas de nieve de Ronda, en cuarenta y seis acémilas repartidas en diferentes puertos con que no paraba la nieve en ninguno.

«Mandó el Duque que toda la caza que se matase en veinte leguas, se enviase al bosque, y mandó que no se matase ninguna en él por no escarmentarla, ni apurarla para que S. M. estuviese más entretenido, ó por hacer mayor el

gasto, no queriendo valerse de tanta como tenia en su tierra, y así de diferentes partes se enviaron á Doñana, en diez y seis dias:

«Cincuenta cabritos.

«Cuatrocientas perdices y conejos.

«Mil gallinas.

«Quinientos pollos.

«Seis machos capones y pavos cebados de leche.

«Del Condado y San Lúcar llevaron cien mil huevos.

«A dos leguas se pusieron seiscientas cabras paridas, de las que cada dia se traian veinte arrobas de leche para natas y otros regalos.

«Llenáronse los guardamangeles de cardos y criadillas de tierra, y muchas yerbas, con que es, sin duda, que si se pintasen las diferencias de regalos que en ellos se juntaran, sería el más entretenido lienzo que pudiera disponer la imaginacion.

De esta manera preparaba el Duque de Medina Sidonia los festejos con que pensaba obsequiar á su Soberano. En cuarenta y cinco dias estuvieron terminadas las obras improvisadas en el coto, con gran admiracion de los habitantes de aquellas inmediaciones, que vieron surgir un palacio en el centro de aquellas magníficas arboledas.

La llegada de Felipe IV á Sevilla no permitió que se concluyesen ciertos detalles. El rey permaneció trece dias en Sevilla, y el miércoles, do-

ce de Marzo, salió de aquella ciudad para dormir en sus casas de Palacio. El Duque continuaba enfermo, y siéndole imposible levantarse de la cama, pues los médicos se lo impidieron y su estado no se lo permitía, escribió á S. M. el sentimiento que le causaba no poder ir á besarle la mano, y le envió esta carta con su hijo el Conde de Niebla, acompañado de D. Alonso, su hermano, y del Marqués de Ayamonte, su primo, y de todos los criados y vasallos que estaban dispuestos para acompañar al Duque. La noche del 12 la pasaron en su alojamiento del bosque, y el dia 13 salieron los tres nobles con sus criados y vasallos del Duque, dispuestos en la forma siguiente:

«Delante del coche, dice el cronista, cuarenta y dos monteros de á pié y á caballo, y tiradores de vuelo, y dos trompetas, todos con libreas de paño de Segovia, verde; calzon, capotillo y ropilla, forrado en tafetan naranjado; bonetes y guarnicion del mismo color, cada uno con los instrumentos de su ministerio, y todos á caballo, guarnecidos los aderezos de seda verde sobre ante; y en este órden daban principio dos trompetas con la dicha librea, y aderezos de caballos, coletos, pretinas y tahalíes de ante, cairelados de seda verde, espadas doradas y banderillas de damasco, pintadas las armas del Duque: seguian diez tiradores de vuelo con el mismo traje, excepto que en lugar de las espadas llevaban cuchillos de monte en la pretina, dorados los cabos y bol-

sas de guarnicion de ante. A los tiradores seguian veinte monteros de á caballo con la misma librea, coletos, tahalíes y pretinas de ante, aderezos de espada, daga, espuelas y clavazon dorada, botas de baqueta, sombreros con toquillas de muchos cordoncillos, naranjadas como los tiradores, y lanzas. Despues diez monteros de á pié, que tambien iban á caballo, con la misma librea, polaina y montera, cuchillos, chifles y bolsas de guarnicion como los tiradores. Y detrás de todos, D. Diego de la Cueva y Aldana, gentil hombre de la cámara del Duque y alcaide del dicho bosque, muy galan á caballo y con lanza.

«Detrás de todos, y delante de los coches, iban veinticuatro lacayos con la librea del duque, todos con fieltros. Seguia el coche de los señores en que iba el conde, el Sr. D. Alonso y el marqués de Ayamonte: á mula, tras de los coches, D. Melchor de Herrera y D. Miguel Paez, sus caballerizos mayores. Despues todos los pajes y ayudas de cámara, hasta en cantidad de setenta, con librea de raja fina de Avila, color cabellado; el tafetan de los aforros rosado, botones rosados y plata: toquillas de lo mismo con mucha obra, y muy curiosos jubones de tela rosada y plata, ligas con puntas de plata y medias rosadas, aderezo de espada, y espuelas plateadas; botas negras con cañones de grana, guarnecidos de plata y lentejuelas, y de la misma librea se vistieron ocho reposteros y cuatro cocheros con fieltros.

Despues de toda la librea, iba el segundo coche y en él Pedro de Vallejo Cavañas, secretario de S. M., ajente de los negocios de Madrid, y mayordomo de esta jornada, y otros caballeros criados del duque: detrás de este coche, todos los criados del duque y mucho número de vasallos, los unos y los otros con muy galantes y costosos vestidos, todos á mula, con cojinetes y portamanteos leonados, que llegaron á número de quinientos, y para otro dia tenian caballos para todos.

«A las diez de aquel dia llegaron á media legua de distancia de las casas del palacio. Salió á recibir á su sobrino en un coche el conde de Olivares, acompañado del marqués de Castel Rodrigo, de el del Carpio y su hijo y del de Portalegre, todos de la cámara de S. M. y D. Francisco Zapata su caballerizo. Despues de cambiar los correspondientes saludos, el conde de Olivares, dejando el coche del rey, en que habia venido, se pasó al del conde de Niebla y se encaminaron á las casas del palacio donde estaba S. M. El rey estaba al balcon cuando llegaron, é inmediatamente se dignó recibir al de Niebla, el que despues de besarle la mano, le entregó la carta del duque su padre, espresándole el grandísimo sentimiento que á este dominaba por no serle posible tener la honra de recibir á S. M. Contestó el rey diciéndole que sentia mucho la indisposicion del duque y que se alegraba de conocer al conde. Despues de tener el honor de besar la mano al

señor infante, se retiraron el conde y demas señores, acompañados tambien del conde de Olivares y del duque del Infantado, y se volvieron al bosque con todo su acompañamiento.

«El dia siguiente, añade el cronista, quedaron de acuerdo de que los monteros de á pié del duque, hiciesen algunos conciertos de jabalíes, que pudiese S. M. correr pasando del bosque de Palacio al de Doña Ana; y por no hacer ruido, ni causar embarazo salió en esta misma conformidad. Viernes, que fué á 14, el conde de Niebla, el Sr. D. Alonso, su tio, y el marqués de Ayamonte salieron á recibirle, llevando solo consigo los monteros de á pié y á caballo, tiradores y perros de la misma librea con sus sabuesos y lebreles, y de respeto caballos en que montar.

«Llegó S. M. tarde al concierto, que estaba tres leguas de las casas, donde le besó segunda vez la mano el conde de Niebla, y le sirvió en nombre de su padre, para sí, para S. A. y los demás señores que le acompañaban, con doce caballos, con sus aderezos de campo, algunos bordados de oro sobre ante y gamuzas, y otro de cordobanes con muchas diferencias de colores, tambien bordados, y los caballos para S. M. y Alteza, cubiertos con tellices de terciopelo verde, bordados con cortaduras de tela naranjada y torzales de oro todo naranjado, y doce lanzas, las dos de las personas reales de junco de Indias, guarnecidas de oro, y las demás de plata, y otro dia se repartieron los caballos entre los señores,

reservando S. M. y A. y el conde para sí los que iban señalados. A dos ballesteros de S. M. dió tambien otros dos caballos y aderezos de monte, y órden al conde su hijo que los sacase aquel sitio donde se pudiese correr en ellos el primer jabalí en su tierra. Por ser tarde y muy ásperos los montes, no tuvo lugar mas de que los sabuesos matasen uno de los que estaban encerrados, en que S. M. se entretuvo, y despues en ver correr los galgos una banda de gamos.»

Llegada la noche, el rey tomó el coche, y haciendo entrar en él al conde de Niebla, se encaminó á las casas de Doña Ana, desde donde vió los magníficos fuegos artificiales que el duque habia preparado en su obsequio, y despues se retiró á acostarse.

«El dia siguiente, sábado, como á las ocho de la mañana, continúa diciendo la crónica, dió á entender S. M. que gustaria de ver lidiar unos toros en el patio de dichas casas, y en menos de hora y media se hizo el toril y se encerraron doce muy valientes; los nueve de ellos que se lidiaron hicieron muy buenas suertes sin desgracia. Toreó á caballo D. Juan de Cárdenas, un truhan del duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro mas furioso dió una muy buena lanzada, entreteniendo de manera á S. M., en esta ocasion y en todas las demás, que se le llevó consigo á Madrid.

«Mató S. M. tres toros con el arcabuz, y el duque tuvo prevenidos los mejores conocedores

de Andalucía, que á caballo torearon en el patio, haciendo muy buenos lances, y despues derribaron en el campo algunos toros á vista de S. M.

«Por la tarde fué á montear con el marqués de Castel Rodrigo, y el conde de Niebla y los señores se entretuvieron en oir una comedia que representó la compañía de Tomás Fernandez y Amarilis, á quien el duque tuvo por su cuenta en la ciudad de Sevilla, desde el miércoles de Ceniza, despues que se acabaron las representaciones, solo para este efecto. Mató S. M. con el arcabuz un famoso jabalí y otro los perros, habiendo pasado el resto de la tarde en ver correr otros, de que vino muy entretenido.

«Domingo por la mañana no salió S. M. de las casas de Doña Ana, que en ellas se entretuvo con el conde y los demás señores que le seguian.

«Por la tarde fué á la playa, al sitio que llaman de la Barrosa, donde vido que echaban un lance los pescadores á las redes, y se entretuvo S. M. viendo las diferencias de pescados que mataron. Despues volvió á la laguna de Santa Olalla, donde tenia el duque prevenida una falúa y tres barquetas. La falúa para que se embarcase S. M., toda la popa dorada, proa y perfiles y remos verdes, forrada toda por dentro en tabí del mismo color, y guarnecida con pasamanos y tachuelas doradas. Los que vogaban en la falúa iban al uso de marineros, jaquetas y calzones anchos, verdes, jubon, medias

y ligas del mismo color. Aquí se embarcó S. M., el conde de Olivares y el conde de Niebla, que la gobernaba, y dos ballesteros que cuidaban de las escopetas de S. M. y A., y otros dos tiradores del duque, quedando los demás con los monteros de á pié en las veras de la laguna levantando la caza, y todos los monteros de á caballo con lanzas á las espaldas de ella, para descubrir y guardar la mar. En las demás barquetas se embarcaron algunos de aquellos señores y criados del duque y de S. M., que, andando embarcado, con la escopeta mató mucha caza, y quedó tan aficionado á este ejercicio y á la dicha laguna, que diferentes veces repitió al conde que no habia tenido en su vida mejor rato.

«Habíales representado Tomás Fernandez á los de la Cámara aquella tarde una comedia, y por la noche hizo otra á S. M., con que se recojió, y el conde á su cuartel.

«El lunes no salió S. M. hasta la tarde, que fué al campo yéndole acompañando uno de sus gentiles hombres, y el conde de Olivares, y el conde de Niebla, y fué hasta la dicha laguna y habiéndose entretenido en ella un rato en la forma que el dia pasado, se partió de allí á montear, y corriendo un lijero jabalí, le acosaron dos monteros del duque, con los sabuesos, hasta echarles los lebreles, y hallándose cerca S. M. y D. Miguel Paez de la Cadena, se echó del caballo á tenerlo por las orejas, y S. M., con un cuchillo de monte lo mató, de que volvió muy

gustoso y entretenido. La noche la pasó como las demás, y el dia siguiente resolvió irse.»

La crónica que nos ha conservado estos curiosos detalles describe á seguida el viaje de Felipe IV por los Estados del duque de Medina-Sidonia, durante el cual no cesaron los festejos que dispuso para obsequiarle su poderoso vasallo. Dejaremos para otro lugar su descripcion, toda vez que nuestro objeto ha sido ofrecer á nuestros lectores un lijero boceto de la situacion próspera en que se encontraba Andalucía, en contraste con el triste cuadro de miseria y despoblacion que presentaban, segun todos los historiadores, las provincias del centro de la Península. Este es un dato mas que aducimos para demostrar la esactitud con que en todos tiempos se ha llamado á esta rejion la mas privilejiada de España, y la que en todos tiempos se señaló como la mas culta, la mas apasionada por todas las maravillas del arte y por todos los adelantos que el jénio de sus hijos, y la prodigalidad con que la dotó la naturaleza, hizo florecer y fructificar.

Nos ha movido, además, á reproducir tan curiosa y pintoresca narracion el deseo que sirva de dato, de precioso antecedente que no debiamos omitir, para hacer alguna luz sobre el dramático suceso de que fué teatro Andalucía, diez y ocho años despues; y en el que fueron protagonistas el mismo duque de Medina-Sidonia y el marqués de Ayamonte, víctimas acaso de su insensata ambicion, y acaso tambien de una

pérfida intriga hábilmente dirigida por un valido, que pretendió compensar por este medio una de las grandes pérdidas que con sus errores ocasionó á la monarquía española.

XI.

SEPARACION DE PORTUGAL. CONSPIRACION DEL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA. 1640-1641.

Antes de dar comienzo á la narracion del suceso que dejamos indicado en el capítulo precedente, cúmplenos llenar el espacio que medió entre el año 1624, época del mayor esplendor de la memorable casa de Medina-Sidonia, y el de 1640 que vió realizado su inmenso desastre, con un rápido bosquejo de los hechos mas señalados que se verificaron en aquel período histórico.

Dos meses muy cumplidos permaneció la corte en Andalucía (del 8 de Febrero al 19 de Abril) pasados los cuales regresó á Madrid, donde él funestamente célebre privado, D. Gaspar de Guzman y Pimentel, mas conocido en la historia con el nombre de Conde-Duque de Olivares, continuó su sistema de dominio sobre el ánimo de Felipe IV, distrayéndole en espléndidas fiestas y

alegres pasatiempos, y lisongeándole con el título de *grande*, que estaba muy lejos de merecer. Existian, á la sazon, en la córte, dos partidos el uno que lamentando los inmensos males que destrozaban la nacion suspiraba por la paz como su único remedio, y el otro que educado en la escuela de Cárlos V y de Felipe II no veia salvacion posible para España fuera de los campos de batalla donde tantas *estériles* glorias habian conquistado los españoles durante los reinados precedentes. Púsose el Conde-Duque á la cabeza de este partido, y abrió desde aquel dia, con sus errores, la série de desastres que andando pocos años mas sumieron á España en los abismos de la abyeccion y de la miseria, y la hicieron descender de un salto, desde el puesto de primera potencia continental y colonial, al de nacion de segundo órden, y acaso mas abajo, donde se ha mantenido hasta nuestros dias.

La guerra famosa llamada de los treinta años por su larga duracion, en la que el gobierno español tomó una imprudente parte por falta de habilidad para preveer sus consecuencias; la de Holanda que tan funesta fué para el poder marítimo y comercial de España; la lucha política y militar con Francia ocasionada por las torpezas del Conde-Duque, y el encono con que el cardenal Richelieu, ministro de Luis XIII, miraba al gobierno español inmiscuirse en todos los asuntos de Europa, ya astuta y diplomáticamente ya por medio del arrojo de sus poderosas ar-

mas; el enfriamiento de las buenas relaciones entre las córtes de España é Inglaterra; las guerras de Alemania y Holanda tan costosas como infructuosas para los españoles; los campos de batalla de Flandes, Italia, Alsacia y vertientes de los Pirineos; una série de desastres marítimos, y, por último, la sublevacion y guerra de Cataluña, nos conducen pisando ruinas formadas con la sangre y el oro de España, nunca mas temeraria é inutilmente prodigados al año 1640, época de la sublevacion de Portugal, y del descabellado proyecto del duque de Medina-Sidonia.

Desde la incorporacion de aquel reino á España llevada á cabo por Felipe II, nada habia hecho nuestro gobierno por unir sólida é íntimamente los dos pueblos; por el contrario, Portugal fué tratado como país de conquista, privado de sus fueros y libertades; agoviado de tributos; esquilmado en provecho de la codicia de algunos magnates aduladores; tratado su clero con desabrimiento, su nobleza con orgulloso desden, y su pueblo con la mas insufrible de las tiranías; enviadas todas las tropas portuguesas á la guerra de Cataluña, para evitar de que formasen en el país un núcleo de apoyo para el descontento público, y, por último, arruinado su floreciente comercio y perdidas sus ricas colonias de las que se apoderaban los holandeses sin encontrar resistencia.

Así las cosas, era evidente que la separacion del Portugal solo pendia de la ocasion. El ejér-

cito estaba ocupado en la guerra de Cataluña; todas las plazas fuertes del país estaban desguarnecidas; el descontento público tocaba en los límites de la desesperacion, y el gobierno de Madrid miraba con el mayor desprecio la tormenta que se anunciaba prócsima á estallar. Esta era, pues, la ocasion; y los portugueses supieron aprovecharla, escitados por la Francia que fué el motor secreto de aquella revolucion, y por su ministro el Cardenal Richelieu que buscaba enemigos á España en todas partes.

Favorecidos por las circunstancias la nobleza, el clero y el pueblo de Lisboa tramaron una conspiracion con tanta actividad y sigilo, que nada traslucieron las autoridades españolas á pesar de ser tan crecido el número de los comprometidos en el compló. La conjuracion dirijida con perseverante sagacidad, por un hombre llamado Pinto Riveiro, mayordomo del duque de Braganza, tenia por objeto coronar á este magnate descendiente de la antigua familia real de Portugal. Era el duque de Braganza un hombre indolente, pero que no carecia de ambicion, el cual aceptó la corona que se le ofrecia, estimulado por su mujer doña Luisa de Guzman, hermana del duque de Medina-Sidonia, cuyo carácter varonil suplia con creces por la timidez de su marido.

La aparente nulidad del de Braganza que vivia tranquilamente en sus Estados, mantenia al gobierno español en una nécia confianza que la

actividad de la duquesa y la inteligencia de Pinto, supieron aprovechar para los fines de la conspiracion. Sin embargo, el conde-duque de Olivares llegó á tener noticias de lo que se maquinaba en Portugal, y en su virtud intentó conjurar la tormenta nombrando al duque de Braganza general de todas las tropas de Portugal, y con órden de visitar todas las plazas fuertes del reino, á las que préviamente habia enviado á los comandantes de las mismas, la de prenderle en cuanto se presentase en cualquiera fortaleza; pero el sagaz duque se hizo acompañar con fuerzas suficientes para dejar burlada la órden del gabinete de Madrid.

Por último, llena ya la medida del sufrimiento, y contando con la proteccion de Francia y los auxilios de Inglaterra, el pueblo de Lisboa dió el grito de independencia y libertad el dia 1.° de diciembre de 1640.

Oigamos los fidedignos pormenores de este memorable acontecimiento relatados en una carta escrita por un padre jesuita de Lisboa, testigo ocular de los sucesos, y dirijida á otro del colegio de Madrid, el cual dió traslado de ella, con fecha 31 de Diciembre de 1640, al P. Rafael Pereyra de la Compañía de Jesus en Sevilla, donde vivia á la sazon, y recojia con particular diligencia todo cuanto tenia relacion con su historia (cartas de algunos padres de la Compañía de Jesus, insertas en el *Memorial histórico español*, pu-

blicado por la Real Academia de la Historia. T. XVI. P. 104 á 115.)

La carta dice así:

«Sábado primero dia del mes de diciembre, á las nueve de la mañana, llegaron á Palacio ocho fidalgos portugueses en un coche, y apeándose rompieron la guarda exterior que para su persona tenia D. Miguel de Vasconcelos, secretario del reino. Subiendo despues al salon con muchas pistolas y armas de fuego, disparando y haciendo grande estruendo, se dirigieron hácia el aposento donde estaba el secretario. Opúsoseles la guardia tudesca, de los cuales mataron con sus pistoletes á uno é hirieron muy mal á dos. Al ruido salió del escritorio el secretario Adrian de Sarasa, y les preguntó qué querian; pero uno de los fidalgos le puso una pistola á los pechos y le dijo que se retirase si queria vivir, y que no se espantase por nada de lo que viese ú oyese.

De allí pasaron al aposento de Miguel de Vasconcelos, que al ruido se escondió en una alhacena; á otros tres que con él estaban hirieron muy mal. Buscáronle por todas partes, y no hallándolo iban ya á retirarse, cuando una criada qne tenia le descubrió, indicando á los conjurados el lugar en que estaba. Sacáronlo á fuera, y le tiraron con sus pistolas, matándolo sin dejarle siquiera lugar para pedir confesion; arrojándolo luego por una ventana que cae á la plaza de Palacio. Por allí mismo tiraron sus bie-

nes, plata, joyas y tapicerias y todo cuanto hallaron. Un ganapan le cortó un dedo por quitarle una sortija que llevaba; desnudáronle, sacáronle los dientes, arrancáronle los bigotes y barbas y diéronle muchas cuchilladas, cortándole ambas orejas que despues andaban mostrando y pregonando, y tambien la cabeza que no pareció. En dicho lugar quedó insepulto el cadáver del infeliz secretario, haciendo la plebe escarnio de él, hasta que el domingo por la mañana don Gaston Coutinho mandó que le enterrasen debajo de un escaño de la Misericordia.

Hecho esto, otro grupo de los conjurados se fué á las casas del secretario que están en Chafariz del Rey, en busca de su hermano el dean de Braga, el cual tuvo tiempo para escapar en hábito de mujer; otro hermano suyo, el obispo de Leiria, que estando en su iglesia tuvo aviso del caso, se fué á un convento y se escondió.

A un mismo tiempo se levantó la plebe cerrando las puertas de Palacio, por cuya cáusa se lévantaron los Consejos, procurando cada uno huir de aquel tumulto; hasta el arzobispo de Braga, que estaba en la sala de gobierno, se fué á la capilla de Palacio. El pueblo todo, y en particular los clérigos y frailes, comenzaron á apellidar ¡Viva nuestro rey D. Juan, el duque de Berganza! Los vecinos cerraban sus tiendas y salian á la calle, unos á caballo y otros á pié con sus espadas y broqueles y armas de fuego, haciendo los mismos apellidos sin que nadie los

contradigese. A esto ayudó no poco el andar por las calles un hombre á caballo, armado de punta en blanco, que se suponia ser el duque de Berganza, precedido de un clérigo que llevaba un Cristo en las manos, y seguido de infinita chusma que decía á voces: «Este es el tiempo que hemos de salir de las tiranías de los castellanos: ¡Viva nuestro rey D. Juan!»

Tambien contribuyó mucho al alzamiento el haber ido aquella mañana á Palacio el arzobispo de Lisboa en procesion, con toda la clerecia, animando á las gentes y esforzándolas á que dijesen: ¡Viva el rey D. Juan! lo cual movió mas á la plebe. El dicho arzobispo mandó repicar todas las campanas de Lisboa, y los conjurados soltaron los presos que habia en las cárceles.

Al ruido y tumulto salió S. A. á la ventana (la vireina de Portugal, D.ª Margarita de Saboya, duquesa de Parma) y dijo al pueblo á voces que se aquietase, y viendo que no se calmaba, mandó abrir las puertas y salió para ir á tranquilizar el tumulto en persona; mas encontróse con varios fidalgos que se lo estorbaron poniéndole pistolas al pecho: apartándolas de sí S. A. les dijo con mucho valor: «¿Qué haceis? ¿Qué teneis?» Y ellos respondieron que tenian rey: «Si por cierto, dijo ella, que teneis rey, á mi señor y vuestro.» «No decimos eso, repusieron ellos, sino que tenemos al duque de Berganza por nuestro rey.» y queriéndoles S. A. persuadir á que advirtiesen las obligaciones con que habian na-

cido, y la lealtad con que siempre sirvieron á S. M., la atajaron diciendo que no era aquel tiempo de razones, pues no habia remedio, que se retirase á su cuarto, no diese lugar á que el pueblo hiciese alguna demasía. Entróse, pues, y pusiéronla guardas á la puerta, y tambien al marqués de la Puebla, secretario Sarasa, D. Pedro de la Mota, y demas criados particulares de S. A.

Aquella mañana deshicieron el cuerpo de guardia en el que no habia gente por haberse subido la nuestra al Castillo. Tambien se llevaron toda la caballeriza, y los fidalgos andaban á caballo, montados en los caballos de respeto; habiendo así mismo robado alguna plata al marqués de la Puebla.

Juntos los fidalgos aquel mismo dia en el cuarto de S. A. nombraron gobernadores del reino á los arzobispos de Braga y de Lisboa hasta la llegada del futuro rey. Inmediatamente juntaron consejo á que concurrieron el marqués de Govea que antes de entrar en Palacio pidió licencia á S. A., que se la dió, por si podia aquietarlos. Concurrieron tambien el Inquisidor general, el conde de Castañeda, y otros nobles caballeros.

Los fidalgos pidieron á S. A., aquel mismo dia sábado, que del castillo de Lisboa no se tirase, ni saliese gente y S. A. dió para ello órden por fuerza. Del primer Consejo de Estado que hicieron resultó que saliesen las milicias y sitia-

sen el Castilllo, que para que se rindiese no se necesitaba mas que quitarles la comida un dia. S. A. lo que deseaba era que aunque enviaba las dichas órdenes y tambien que no se fortificasen, que no las obedeciesen é hiciesen toda resistencia posible; pero tanto la apretaron que fué menester las diese y muy terminantes, diciéndola los fidalgos á voces que la habian de entrar á matar con todos sus criados.

El mismo dia fueron con dos galeras á embestir los navios que en el rio habia de la corona de Castilla, y trajeron preso al almirante de ellos que se llamaba D. Estéban de Oliste (¿Olite?) con dos capitanes, y pidieron á S. A. diese órden para que se entregasen, y S. A. se excusó diciendo al secretario Sarasa y á otras personas que dijese al almirante que se fuese aquella noche, y él lo ofreció, aunque le costase la vida; pero los fidalgos, no fiándose de que S. A. habia dicho que les entregasen las galeras, volvieron á replicar que les diese de nuevo la órden, la cual dió aunque deseando no se cumpliese. Fueron allí los fidalgos y les quitaron los tiros velas y járcias.

Este mismo dia despacharon dos carabelas, la una á Cataluña, dándoles aviso del levantamiento para que no se compusiesen con S. M., y no contentos con ser traidores levantando rey, procuraron incitar á los demas vasallos á que lo hiciesen tambien, pues habiendo el Dr. Marcial de Andosilla Varastegui pedido pasaporte para Castilla, sabiendo que era navarro, le prometie-

ron dos mil ducados de renta eclesiástica si lograba alborotar y levantar el reino de Navarra. La otra carabela fué por D. Duarte de Portugal, que estaba en Alemania, avisándole viniese luego.

Todo este dia estuvo el cuarto de S. A. lleno de fidalgos, con armas de fuego, diciéndola mil desvergüenzas. Hallábase esta mala en cama, y la asistían el marqués de la Puebla, secretario Sarasa, el obispo Mansueto y D. Pedro de la Mota.

El dia siguiente que fué domingo, pidieron de nuevo á S. A. diese órden para que se entregase el Castillo de Lisboa, cosa que sintió mucho, contestando que antes moriría que mandar se les entregase aquella fuerza, y los fidalgos recibieron tanto enojo de su respuesta, que amenazaron echar por la ventana al marqués de la Puebla y al secretario por cuyo consejo se gobernaba Su Alteza.

Estaba el Castillo enteramente desprovisto, (de los 2.000 hombres de su guarnicion, habíanse sacado 1.500 para la guerra de Cataluña), sin mas pólvora que ocho quintales, ni mas comida que la que subian cada dia de abajo. Estaba, ademas, abierto por todas partes y muy mal fortificado. De los 400 soldados que le guarnecían los mas eran portugueses; el resto la escoria que quedó del tercio que se mandó á Cataluña. El teniente gobernador que se llamaba don Luis del Campo, y era teniente de maese de Campo gene-

ral, se halló acaso aquella mañana en el Castillo. Luego envió á S. A. un ayudante suyo vestido de estudiante, con un billete en que le decía cuán desproveido se hallaba de toda municion, y principalmente de comida, que no la habian probado sus soldados aquel dia y el anterior; estando el Castillo cercado de más de seis mil hombres de todas armas.

Resistióse todavía S. A.; pero visto el apuro en que se hallaba, con parecer del maese de Campo general, D. Diego de Cárdenas, lo mandó entregar.

Las capitulaciones fueron que se entregaría á D. Alvaro de Abrantes, quien lo tendria en nombre de S. M. el Rey Felipe IV, con guarnicion portuguesa, y prévio el pleito homenaje hecho en manos de los arzobispos de Braga y de Lisboa. La guarnicion saldria con sus armas de fuego, cuerdas encendidas y balas en boca, y se les daría embarcacion segura para ir á Cádiz ú otro puerto de España.

El mismo dia domingo, hicieron á S. A. que desocupase el Palacio, y que viese adonde quería ir. S. A. respondió que á Castilla; pero el lúnes la llevaron por mar á los palacios de Xobregas, y la pusieron una compañía de guardia.

. . . . . .

El domingo 2 de diciembre, pidieron á Su Alteza diese órden para que se entregasen los Castillos de Belen y San Gian, y negándose á ello S. A. fueron allá y los sitiaron, tomando luego

los de Belen, Cabezaseca, y Cascais, los cuales no tenian soldados ni artilleros sino portugueses.

A los seis del dicho mes entró en Lisboa el duque de Berganza con grande acompañaminto de títulos y fidalgos, aunque llovió muchísimo, habiendo hecho antes y despues lindos dias; y habiéndole saludado un navío inglés, se desmandó una bala que mató un caballo é hirió á un lacayo. Besáronle la mano los arzobispos de Braga y de Lísboa y demás clero que se hallaba en la ciudad, y además los tribunales con los títulos, fidalgos y primojénitos. A la noche hubo luminarias que se continuaron por dos dias.

. . . . . .

El dia 12 se tuvo noticia de haberse rendido todos los castillos de esta ribera.... Tambien se rindió el de San Gian, cuyo gobernador D. Fernando Cobos de la Cueva, sobornado con la quinta del Señorío de Vasconcelos que renta 2.000 ducados anuales, le entregó á los rebeldes... Tenía cuando se sometió 150 quintales de bizcocho, 300 de pólvora y 9.000 balas. Dá por disculpa que todos los artilleros eran portugueses así como la mayor parte de los soldados.

Los promovedores de toda esta traicion, fueron el arzobispo de Lisboa, y D. Francisco de Faro, y D. Gaston Coutincho, que despues se les juntaron 40 mas. Comenzóse á trazar cuando Su M. mandó enviar por gobernador de las armas en Milan al duque de Berganza, ahora tres años,

y se concluyó cuando se sacó de Portugal el tercio para Cataluña, y se efectuó á 1.° de diciembre, segun dejamos dicho.

. . . . . .

Han echado los rebeldes varios bandos: pena de la vida al castellano que lleve espada ú otras armas; igual pena á los soldados portugueses del Castillo y navíos que no se presentaren, y que á los castellanos que quisieren tomar servicio con ellos, se les den dos pagas adelantadas; los que nó que puedan irse á Castilla con pasaporte y solamente de cuatro en cuatro.

. . . . . .

El sábado 15, á las once del dia, llevaron al duque de Berganza á coronarse á la iglesia mayor, adonde le esperaban los arzobispos de Braga y de Lisboa. Iba vestido de paño negro bordado, con el Toison y cadena de oro, sombrero negro con pluma blanca y ferreruelo de seda, con un cetro de oro en la mano y montado en un caballo castaño oscuro, enjaezado. Las varas del palio llevaban cuatro fidalgos de los mas principales, y tres pajes sostenian la falda del ferreruelo. Delante iban doce reyes de armas con ropas de terciopelo, bordadas en ellas las armas del reino, con muchos clarines, y la principal nobleza con los gentiles-hombres de su cámara, en cuerpo, con ricos vestidos y cadenas. Detrás la infantería con arcabuces, mosquetes y picas. De esta manera llegó á la iglesia mayor que llaman La See y allí le coronaron, y concluida la

ceremonia, que duró mas de dos horas, le llevaron con el mismo acompañamiento por la Platería al Terrero de Pazo, donde estaba dispuesto un tablado, y subiendo en él le juraron por rey, diciendo: ¡Viva el rey D. Juan IV de Portugal! hecho lo cual se metió en Palacio por un pasadizo y llegó muy mojado él y su comitiva, por haber llovido mucho aquel dia.»

Esta sencilla pero animada relacion del buen jesuita, revela que Portugal debió el haberse emancipado de la corona de Castilla en 1640, mas bien que á su esfuerzo, á las intrigas de Francia y á los socorros que le suministró Inglaterra, y que se hizo pagar con sobrada usura á la torpe política y á la incalificable imprevision del primer ministro y favorito de Felipe IV: torpe política en haber tratado como reino conquistado al Portugal y en no haberlo incorporado dividido en provincias, á España; y funesta imprevision en haberlo dejado desguarnecido de tropas al mismo tiempo que le trataba como país de conquista.

Poco ganó el pueblo portugués con haber conquistado su independencia despues de perdida toda su representacion política en Europa, quedando convertido en una colonia inglesa, y su poder colonial que le arrebataron los holandeses.

La manera con que el Conde-Duque de Olivares anunció á Felipe IV la sublevacion de Portugal, revela cuan indolente era el carácter

del monarca.—Señor, le dijo, traigo á V. M. una agradable nueva; el duque de Braganza ha perdido la cabeza dejándose coronar por la canalla portuguesa. En justo castigo perderá todos sus bienes, que serán incorporados á la corona de España.»—«Ya pondremos remedio á eso,» respondió tranquilamente Felipe IV.

Aquel anuncio de confiscacion, ¿sería á manera de una profecía que debía cumplirse muy luego, sustituyendo el nombre del duque de Braganza con el de Medina-Sidonia, víctima elegida por Olivares, ó por el destino para compensar la vergüenza de la pérdida del Portugal? Los hechos que se sucedieron inmediatamente autorizan cualquiera de estas dos suposiciones.

Es así que á los pocos meses de haberse coronado el duque de Braganza, comenzó á cundir el descontento en Portugal, y á manifestarse tan á las claras que el nuevo rey «dejó de salir en público y se rodeó de mayor número de guardia de la que al principio usaba.» Cuéntase á este propósito que en el palacio de Lisboa pusieron el siguiente pasquin:

Bom Rey temos.
Boa Reina é boons infantes
Mas ó Governo
Pior que de antes.

Esplotó el Conde Duque hábilmente el descontento de los portugueses y trató de recobrar lo perdido por medio de la intriga y de la conspiracion. El arzobispo de Braga antiguo amigo y consejero

íntimo de la ex-vireina D.ª Margarita de Saboya, se hizo el alma del proyecto de contra revolucion, movido por el resentimiento que le causaba la privanza que su rival el arzobispo de Lisboa gozaba cerca del nuevo rey. Manejóse tan diestramente aquel prelado, que hizo entrar en la conjuracion no solo á los afectos que España conservaba todavía en aquel reino, sino á muchos personajes principales del clero y la nobleza portuguesa, y tambien á los judios, lo que hizo decir al historiador Faria: «La pasion del arzobispo era tan violenta que no tuvo empacho de servirse del socorro de los enemigos de Jesucristo: entonces fué la primera vez que la Inquisicion obró de concierto con ellos.»

El movimiento contra-revolucionario debia estallar en Lisboa el dia 5 de agosto de 1641, sostenido por un ejército de 10,000 españoles que habia de atravesar súbitamente la frontera por la parte de Ayamonte para caer sobre Lisboa, en combinacion con una escuadra «de barcos luengos, que ceñida á la costa llegase á la misma ciudad por el Tajo.» Mas quiso su mala estrella que el intento se frustrase por haber caido en manos del marqués de Ayamonte, gobernador de una de las plazas de la frontera, y pariente de la reina de Portugal, un pliego con el sello de la inquisicion, que iba dirijido al Conde-Duque de Olivares. El de Ayamonte cometió la indiscrecion de abrirlo, y viendo en él todos los detalles de la secreta trama que se urdia contra el duque de

Braganza, remitióle el pliego en vez de mandarlo á su destino. D. Juan IV avisado con tiempo hizo prender á los principales conjurados el mismo dia en que debia estallar el compló; formóseles proceso, y descubierto todo por las declaraciones, inclusa la circunstancia de que los judios eran los que, al entrar la armada española por la barra, debian atacar el palacio real y apoderarse vivo ó muerto del rey, se condenó al marqués de Villareal, al Duque de Caminha su hijo, á ser degollados en la plaza pública de Lisboa, al judio Baeza y algunos otros á ser descuartizados, y al arzobispo de Braga y otros prelados que habian dirijido ó tomado parte en la conjuracion á ser encerrados en prisiones hasta que la córte de Roma dispusiese de su suerte.

Se acusó al duque de Medina-Sidonia, *capitan general de Andalucía y mar Océano* de haber hecho abortar el compló, por no haber entrado á tiempo en Portugal con los 10,000 hombres acampados en Ayamonte; pero el duque se disculpó, segun cuenta Vivanco, historiador contemporáneo de aquellos sucesos, alegando que la mar con sus borrascas y alteraciones no le permitió cumplir con sus deberes, si bien no faltó quien lo achacase á falta de valor, ó á amor de la propia sangre (era hermano de la mujer del rey Don Juan IV,) suponiéndose por algunos que el duque mismo habia revelado el secreto de la expedicion á su cuñado el de Braganza.

Con el suceso de la frustrada contra-revolu-

cion de Portugal, coincidió en Andalucía una conspiracion tan descabellada, que solo puede esplicarse teniendo en cuenta el desgobierno que tenia España y el estado decadente en que habia entrado con la pérdida del Portugal, la rebelion de Cataluña, la ya inevitable emancipacion de los Paises-Bajos, y la miseria, hambre y peste que despoblaba las provincias interiores de la península.

Andalucía, á pesar de sus grandes recursos naturales, no habia podido eximirse de participar hasta cierto punto de la ruina y desconcierto general. Por este tiempo, época de grandes reveses para la marina militar de España, una escuadra de navios franceses y holandeses mezclados con algunos de Portugal, dió vista á Cádiz é intento quemar nuestra flota que se estaba aparejando para la Nueva-España, llenando de inquietud todo el litoral de Andalucía cuyos habitantes así como todos los del resto del país, «se quejan chicos y grandes, y nadie sabe de donde ha de venir el remedio.» Estas quejas se expresaban hasta por pasquines, algunos de los cuales no carecian de ingenio, en tanto que otros eran franca y audazmente sediciosos; *¡Viva el rey Don Juan y muera el rey D. Felipe IV y el mal gobierno!* decian unos rotulones que amanecieron en la parroquia de la Magdalena, en Sevilla, en tanto que en otros parajes no menos público se fijó un pasquin que representaba una mujer con los pechos descubiertos, tan abultados

y caidos que la mantenian agobiada con su peso, y una letra que decia: ¿por qué no te mueves? y la mujer respondia: «El peso de aquellos pechos no me dejan mover.» Pues *levántate*, decia el pasquin.

En una carta que en aquellos dias escribió un cortesano de Madrid á un título de Andalucía, (se presume que residente en Sevilla,) en la cual le pintaba con los mas vivos colores el descrédito en que habia caido la monarquia, dice pasando revista á las diferentes provincias de la nacion, lo siguiente con respecto á la nuestra: «Andalucía no puede andar, que tiene necesidad de *levantarse tambien como sus vecinos*, y hablando moralmente, no todas las Lucías se dejan sacar los ojos. Esta aunque los tiene á puro deshechos tuertos, en fin tiene ojos, y vé cuando quiere, sabrá morir mártir á ojos cerrados por su libertad y virginidad primera, y aunque está manoseada, está sino alhajada, aliñada. Pues V. S. está con esa doncella dele mis encomiendas, y no de Santiago, que ha dias que nos ha dejado este Santo.» (Correspondencia del P. Pereyra, *Memorial Histórico Español.* T. XVI.)

Como se vé, la situacion de Andalucía, como la de toda la Península, ofrecía ancho campo á los espíritus turbulentos para lanzarse en proyectos temerarios en la medida de su ambicion y de sus recursos para satisfacerla. Así es que el duque de Medina Sidonia, D. Gaspar Alonso Perez de Guzman, capitan general de Andalucía y

mar Océano, como dejamos anteriormente dicho, á quien el gobierno conservaba en el mando de tan importantes provincias siendo hermano de la nueva reina de Portugal, y magnate de cuyo poder y riqueza hemos dado una lijera muestra con la relacion de las espléndidas fiestas con que obsequió en sus Estados á Felipe IV en el año de 1624, se dejó ilusionar por lo favorable de la coyuntura y reducir por los halagos del marqués de Ayamonte, á cuyas revelaciones se debió el descubrimiento de la conspiracion tramada contra D. Juan IV, y soñó con el insensato proyecto de hacerse proclamar rey de Andalucía.

Alentábale para acometer tan quijotesca aventura la situacion escepcional en que se encontraba la España toda; el ejemplo de los catalanes rebelados; el de su cuñado el duque de Braganza; la debilidad del gobierno y los consejos del de Ayamonte. En su virtud, empezó á conspirar contando con el auxilio del rey de Portugal, y de los gobiernos de Francia é Inglaterra con los cuales anudó relaciones, para coronarse rey de Andalucía. El ajente en Lisboa del duque, para entenderse con su cuñado, lo era un relijioso franciscano nombrado fray Nicolás de Velasco, hombre activo y entendido que gozaba gran favor en aquella corte. La privanzá del buen fraile y lo mucho que se movia, hizo sospechar á un tal Sancho, antiguo criado de la casa de Medina-Sidonia, tesorero que habia sido del ejército y á la sazon prisionero en Lisboa como otros mu-

chos españoles, que el Velasco manejaba alguna intriga contra España. Propúsose descubrir la trama, y al efecto haciendo mérito de sus servicios al duque de Medina Sidonia y mostrando cartas que tenía de su señor, suplicó al fraile que intercediera por él para obtener su libertad. Hízolo así el agente del duque, y Sancho se le mostró tan agradecido y supo inspirarle tanta confianza, que como le dijese que queria ir á Andalucía á presentarse al duque su amo, fray Nicolás creyéndole conducto seguro le confió cartas reservadas para el de Medina Sidonia y el de Ayamonte, en las que se contenian noticias del estado de las negociaciones que seguia con D. Juan IV.

Sancho salió de Portugal y se dirigió á Madrid, donde entregó las cartas de que era portador al Conde-Duque. Este sorprendido con la lectura de las noticias en ellas contenidas, dió cuenta inmediatamente del suceso al rey, quien, segun su costumbre, se contentó con dejar la informacion y fallo del negocio al de Olivares.

Irritado el Conde-Duque, llamó á la corte al de Medina Sidonia (Vivanco) que se negó á obedecer pretextando falta de salud. Esta respuesta confirmó muchas sospechas y recelos que con su conducta de la no ida en tiempo oportuno con el ejército y la escuadra sobre Lisboa habia hecho concebir. Llamaron al marqués de Ayamonte, y como obedeciera la órden, prendiéronlo en Córdoba y lo condujeron á la fortaleza de Mon-

tanche donde lo guardaron en estrecha prision.

Con temor de que el duque de Medina Sidonia llevado de la desesperacion intentase alguna novedad, recurrió el de Olivares al expediente de mandar poner paradas de mulas en el camino de Andalucía, y envió á D. Luis de Haro, hijo del marqués del Carpio, con una mision secreta cerca del duque, cuidando de ocultar el objeto de la jornada. El dia 4 de Setiembre, 1641, salió el de Haro de Madrid, y sin poder encubrir mas el secreto, se divulgó por toda la corte que iba á Andalucía á prender al duque de Medina Sidonia, ó á matarle caso de que lo resistiese. Alarmado con la nueva, el Patriarca de las Indias, D. Felipe de Guzman, tio del de Medina Sidonia, despachó con toda diligencia un correo al duque su sobrino, dándole cuenta del objeto del viaje de D. Luis de Haro, y encargándole se presentase cuanto antes en la corte para evitar mayores males. El enviado del Conde-Duque llegó á Córdoba en cuarenta y ocho horas, y allí se detuvo por haber tenido aviso de la partida del duque.

Vivanco nos refiere los siguientes curiosos pormenores de la estancia de D. Luis de Haro en Córdoba. «Dióse D. Luis á recibir las visitas y el festejo de los caballeros, títulos y parientes de aquella ciudad (como natural de ella) y tambien los mensajes que le enviaron los duques de Lerma y Cardona, su cuñado el de Arcos, los marqueses

de Aguilar y Montilla, donde pocos años antes habia casado en segundas nupcias el duque de Medina Sidonia. Pagóles las visitas y en ellas se trató de las cosas del Estado y sobre todo del suceso que motivaba su viaje. Halló D. Luis en gran serenidad y ocio el ánimo de aquellos nobles, que vivian gozando de la opulencia y riquezas de sus casas, de sus estados y familias, si bien trabajados y descontentos con lo gravoso de los pedidos, donativos y otras sacas é investigaciones de tierras, alcabalas y otros impuéstos con que los traian agoviados los ministros de justicia, y, por último, aquietó en Córdoba la irritacion que por estos motivos traia desasosegados á algunos caballeros que decian no poder tolerar mas tiempo un estado de cosas que los empobrecia.

«Entretanto, (continua el historiador Vivanco, quien por su destino en palacio estaba en posicion de saber muchos secretos) llegaba el duque de Medina Sidonia por sus jornadas á Illescas, donde salió á recibirle su tio el Patriarca de las Indias. Muy tristes y acongojados hablaron los dos del suceso que motivaba su viaje. Rogóle el Patriarca le dijese la verdad y se franquease con él á fin de buscar el remedio de todo. Él le aseguró que su fidelidad era inalterable y justo su proceder en lo que el rey le habia encargado, y que sentia que no se hubiese elejido una persona que con arte y con prudencia hubiera tratado que entre él y el ministro se obrase lo

que á todos convenia para excusar cosas que sirvieran mas de daño que de reputacion. El Patriarca le dirigió varias preguntas respecto á ciertos acontecimientos, y el duque se disculpó diciendo que no habia podido mas.

El de Medina Sidonia continuó su viaje, y llegado á la córte recibió aviso que pasase al soto de Luzon donde le esperaba el ministro. Avistáronse allí con demostraciones de amor y cortesía, si bien los ánimos estaban muy lejos de corresponder á la expresion que se pintaba en el semblante. Entablada la conferencia, Olivares exijió al duque bajo juramento que dijese la verdad en cuanto por él fuese preguntado, pues solo así y de ninguna otra manera podria conservar la honra, la vida y la hacienda. Era el duque de Medina Sidonia caballero de mas sangre que de saber, corto de entendimiento y falto de sagacidad y prudencia; así que lo interrogó el ministro con tanta habilidad, que lo que negó á su tio el Patriarca, dicen que lo confesó al Conde-Duque. Yo opino, continua Vivanco enemigo del de Olivares que no es cierto el hecho, porque no es natural hacerse reo con aquel en cuya mano está toda la potestad, sobre todo cuando se decia que no tenia mayor enemigo ni mayor émulo la casa de Medina Sidonia, á quien tenia en grande apuro con los repetidos pedidos que le habia hecho, y últimamente con haberle puesto pleito á las almadrabas, renta la mayor y mejor que tenia la casa, y sobre la que fundaba su mayor lustre

y grandeza. Una vez el pájaro metido en la red y habiéndole hecho cantar de plano, llamó el conde ministros del Consejo de Castilla y del de Estado, é hizo que tomase la declaracion al duque el consejero real D. Alonso de la Carrera. Terminadas estas primeras diligencias, y procediendo con el mayor disimulo y finjidas consideraciones, el Conde-Duque hospedó al de Medina Sidonia á su costa en el Retiro, mas con tanta estrechez como hubiera podido hacerlo cualquier licenciado. Del Retiro trasladaron al duque á Loeches desde donde venia de noche á la presencia del rey continuando allí el conde armándole lazos. Por último, discurriendo sobre el castigo que se habia de dar al de Medina Sidonia, se convino en tomar antes la confesion del marqués de Ayamonte, para lo cual fué comisionado D. Enrique de Salinas, alcalde de Casa y Córte. En las primeras declaraciones que le fueron tomadas, negó rotundamente el marqués el crímen que se le imputaba; pero el de Salinas le reconvino con la confesion del duque de Medina Sidonia, y el marqués aturdido, dicen, en un principio, acabó por confesar y conceder por falta de valor en aquel trance de la fortuna.»

Así terminó aquella descabellada conspiracion á cuyos descubridores, que fueron tres, hizo el rey merced: «al primero 2,000 ducados de ayuda de costas, un cargo muy honroso en la armada del mar Océano y un escudo con cinco reinos y un hombre con la espada en la mano; al segun-

do, una plaza de contador de resultas y hábito; al tercero, veedor general del ejército de Portugal y hábito.» (*Memorial Histórico Español*, T. XVI p. 233.)

El marqués de Ayamonte fué condenado á la última pena, y subió al cadalso con animosa entereza. El duque de Medina Sidonia se echó á los piés de Felipe IV, implorando su perdon. Otorgóselo el rey; mas por via de castigo se le confiscó una parte de sus bienes, y se le mandó vivir en la corte. No satisfecho el Conde-Duque, á pretesto de que justificase en público su inocencia, le comprometió á desafiar al duque de Braganza por medio de un cartel que se circuló por toda España y por Europa.

Hé aquí los términos en que estaba concebido aquel célebre cartel de desafío.

«Yo don Gaspar Alonso de Guzman, duque de »Medina Sidonia, marqués, conde y señor de San »Lucar de Barrrameda, capitan general del mar »Océano en las costas de Andalucía y de los »ejércitos de Portugal, gentil hombre de la cá»mara de S. M. C. que Dios guarde:

»Digo, que, como es notorio á todo el mun»do, la traicion de D. Juan de Braganza, antes »duque, lo sea tambien la mala intencion con »que ha querido manchar la lealtad de la casa »de los Guzmanes, etc.... Mi principal disgusto es »que su muger sea de mi sangre, que siendo cor»rompida por la rebelion, deseo hacer ver al rey »mi señor lo mucho que estimo la satisfaccion

»que muestra tener de mi lealtad, y darla tam-
»bien al público, etc.

»Por lo cual desafío al dicho señor de Bragan-
»za, por haber falseado la fé á su Dios y al rey,
»á un combate singular, cuerpo á cuerpo, con
»padrinos ó sin ellos, como él quisiere, y dejo á
»su voluntad el escojer las armas: el lugar será
»cerca de Valencia de Alcántara, y el dia que
»me señalare, le aguardaré en los límites. Doy
»este tiempo al tirano para que no tenga que
»decir, y para que la mayor parte de los reinos
»de Europa, sepan este desafío, con condicion
»que asegurará los caballeros que yo le enviaré
»una legua dentro de Portugal, como yo le ase-
»guraré los que él me enviare una legua dentro
»de Castilla. Entónces le prometo hacerle cono-
»cer su infamia tocante á la accion que ha co-
»metido, que si falta á su obligacion de hidal-
»go.... viendo que no se atreverá á hallarse en
»este combate.... ofrezco desde ahora, debajo del
»placer de S. M. (Q. D. G.) á quien le matare
»mi villa de San Lucar de Barrameda, morada
»principal de los duques de Medina Sidonia; y
»humillado á los piés de su dicha majestad, le
»pido que no me dé en esta ocasion el mando de
»sus ejércitos, por cuanto ha menester una pru-
»dencia y una moderacion que mi cólera no po-
»drá dictar en esta ocurrencia, permitiéndome
»solamente que le sirva en persona con mil caba-
»llos de mis vasallos, para qne no apoyándome
»sino en mi ánimo, no solamente sirva para res-

»taurar el Portugal y castigar á este rebelde, »ó traerle muerto ó vivo á los piés de S. M. si »rehusa el desafío; y para no olvidar nada de »lo que mi celo pudiese, ofrezco una de las me»jores villas de mis estados al primer goberna»dor ó capitan portugués que hubiese rendido »alguna ciudad ó villa de la corona de Portugal »que sea de alguna importancia para el servicio »de S. M., quedando siempre poco satisfecho de »lo que deseo hacer por su servicio, pues todo »lo que tengo viene de él y de sus gloriosos pre»decesores. Fecha en Toledo á 19 dias del mes de »Setiembre, 1641.»

A este ridículo papel que recuerda los tiempos de la andante caballería, contestaron los portugueses con otro intitulado: *Cartel de desafío y protestacion caballeresca de Don Quijote de la Mancha, caballero de la triste figura en defension de sus castellanos;* su fecha en la ciudad del Toboso á 29 de Octubre de 1641.

Sin embargo, corrió la voz de que D. Juan IV habia respondido aceptando el desafío del duque de Medina Sidonia, con condicion que fuesen en su compañía doce señores que le habian jurado por rey de Andalucía, y que si no se sabía quienes eran, él los nombraria. Fundado ó no fundado este rumor, es lo cierto que el de Medina Sidonia, acompañado del maestre de campo don Juan de Garay, se personó en el punto que habia señalado para el combate y esperó ochenta dias á contar desde el primero de Octu-

bre, hasta que viendo que nadie se presentaba se retiró á Madrid, satisfechos él y el Conde-Duque de lo bien que habian representado aquella farsa.

Pasado un año de tregua impuesta por las circunstancias en que se encontraba el gobierno español, volvió á reanudarse la guerra con Portugal, eficazmente ayudado este reino por las grandes naciones de Europa interesadas en destruir el poder de la casa de Austria. Sin embargo, la campaña de 1642 no tuvo resultados decisivos, por encontrarse las armas de España harto ocupadas en Cataluña y en los paises extranjeros.

Entre tanto la situacion era demasiado grave y comprometida para que pudiera ser llevada en paciencia por todos los hombres pensadores y por el pueblo verdaderamente víctima de tantos desaciertos. Emancipado el Portugal, humilladas las armas de la nacion en Cataluña, desprestigiadas en Flandes y amagadas de igual ruina en Italia, á do quiera que se volviesen los ojos solo se veian ruinas, desolacion y miseria.

Y, á pesar de tantas desgracias, el rey Felipe IV gobernado por su favorito solo se cuidaba, así como la córte que tomaba ejemplo de él, de embriagarse en los placeres dejando correr su vida entre fiestas, banquetes, corridas de toros, comedias y comediantas, que así en el teatro como en el seno de aquella sociedad cor-

rompida, representaban los primeros papeles.

La nacion indignada acusaba á una voz al Conde-Duque de Olivares de ser el autor de tantos males por su ambicion y su vanidad, por su ineptitud y sus desaciertos que le hicieron acreedor á que el escritor mas agudo y de mas ingenio de su época, D. Francisco de Quevedo, le llamase el *Neron hipócrita de España*; calificacion harto apasionada pues es indudable que Olivares mas bien que un hombre malvado fué un gobernante de mala estrella, cegado por el demonio de la soberbia y del orgullo. Al calor de la pública reprobacion formóse un partido poderoso contra el favorito, que acabó por derribarle de la privanza que durante veinte y dos años tuvo con Felipe IV (enero 1643). Dos años despues murió en Toro, ejerciendo el modesto cargo de regidor, el hombre que por espacio de tantos años habia gobernado á su arbitrio la monarquía; siendo causa de que se malgastasen durante el tiempo de su funesta administracion, ciento diez y seis millones de doblones de oro que sacó al pueblo, y que se perdiesen mas de 280 navios en las aguas del Océano y del Mediterráneo; agregando á estas inmensas pérdidas las del ducado de Mántua, la del Rosellon, la de casi toda la Borgoña y la del reino de Portugal con sus inmensas posesiones coloniales.

Mas de ochenta años de guerras sangrientas y calamitosas, desde los primeros del reinado de Felipe II hasta 1648, hicieron absolutamente ne-

cesaria una paz general anhelada por todas las potencias y príncipes de Europa. Entabláronse activas negociaciones entre Francia y el Imperio que dieron por resultado el célebre tratado de Westfalia, que puso término á la guerra de *Treinta años*, y sirvió durante mucho tiempo de base al sistema político europeo, estableciendo el equilibrio entre las primeras potencias.

Los principales cambios que se operaron en Europa por la paz de Westfalia, fueron: Dar á la vasta confederacion germánica una organizacion mas regular y mas precisa, asegurar á los príncipes derechos auténticos y los medios de hacerlos valer: Hacer perder al Austria todo cuanto poseia sobre la orilla izquierda del Rhin, y asegurar á Francia la posesion de Toul, Metz, Verdun y toda la Alsacia (que acaba de perder en nuestros dias despues de 223 años de posesion): Emancipar del dominio de la monarquia española las Provincias Unidas de Holanda y el Portugal, con lo cual perdió en Europa magníficos puertos y en América opulentas colonias; y, por último, hacer cesar las antipatías relijiosas, en términos que desde aquella fecha no ha vuelto á encenderse la guerra de relijion en Alemania, dejando que la política sola dirimiese con las armas ó por medios diplomáticos las diferencias entre católicos y protestantes.

El tratado de Westfalia (24 de Octubre de 1648) fué como se vé, humillante para la nacion española, y no puso término á las sangrientas

guerras que España mantenia contra Francia y Portugal.

De la misma manera que las calamidades sin cuento que trajo sobre Europa la guerra de *Treinta años* hicieron necesaria la paz de Westfalia, los veinte y cinco de no interrumpida lucha entre España y Francia hicieron ineludible la famosa *Paz de los Pirineos*, firmada en 17 de noviembre de 1659. Paz que habia de influir poderosamente en el porvenir de nuestra nacion, y que fué como la de Westfalia humillante y afrentosa para nosotros, pues por ella perdimos los condados de Rosellon y Conflans, una parte de Flandes, del Henao y del Luxemburgo; se estipuló el casamiento del rey Luis XIV con la infanta doña Teresa, hija promojénita del rey D. Felipe IV, habiendo esta de renunciar á la corona de España, mediante la promesa de darle en dote 500,000 escudos. Los negociadores de este tratado fueron D. Luis de Haro, ministro y favorito de Felipe IV, y el sagaz cardenal Mazarino, que lo era del jóven rey de Francia Luis XIV.

Tres meses despues de la funesta batalla de Montesclaros, acontecida en junio de 1655, en la cual los castellanos perdieron toda su artillería y cerca de 8,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y los portugueses pudieron considerar como conquistada definitivamente su independencia, falleció en Madrid (17 de setiembre) Felipe IV á los sesenta años de su edad y cuarenta y cuatro de uno de los reinados mas funestos

que ha conocido España. Cuéntase que momentos antes de morir dirijió á su hijo y sucesor, niño á la sazon de cuatro años, enfermizo y endeble, estas lastimosas palabras: *¡Quiera Dios, hijo mio, que seas mas venturoso que yo!*

En el reinado de este monarca llegaron á su apojéo la literatura y el arte dramático, cultivado en España con mas entusiasmo y con mas talento que en ningun otro pueblo de Europa. El teatro español se elevó á su mayor altura y sirvió de escuela y de modelo á los injénios de otras naciones. De la misma manera florecieron la pòesía épica y la lírica, la novela, los artículos de costumbres y otros ramos de las bellas letras, y finalmente, el noble arte de la pintura prosperó estraordinariamente así como todas las artes liberales.

Y esto acontecia en la época de mayor decadencia de España; cuando la gran monarquía fundada por los Reyes-Católicos y desmedidamente engrandecida por los primeros reyes de la casa de Austria, se desmoronaba bajo su inmensa pesadumbre y á impulso de los mas grandes errores políticos, sociales y económicos que rejistra la historia del mundo.

El conde-duque de Olivares dió á Felipe IV el dictado de *Grande,* por exeso de lisonja. Un festivo escritor dijo de él con donaire, que su grandeza, como la de un foso, se hacia mayor á medida que le sacaban mas tierra; y este dicho se hizo tan popular en España, que en Madrid

apareció un pasquin pintado el rey Felipe IV llamando á la puerta del cielo para entrar. Desconociéndole S. Pedro, le preguntaba quién era. Respondia S. M.: «Soy el rey de España,» y S. Pedro con admiracion le decía: «¿Cómo puede entrar en el cielo un reino en Flandes, otro en las Indias, otro en Italia, otro en Africa?» y que S. M. poniéndose un poco á pensar, le respondía: Señor, si por eso se me niega la entrada, no le dé cuidado, que dentro de un año ese y esotros puertos se acabarán. (Apuntes orijinales del P. Pereyra.)

XII.

CÁRLOS II.—FELIPE V.—GUERRA DE SUCESION.—FERNANDO VI.
1655 á 1759.

A Felipe IV sucedió su hijo Cárlos II, niño que á la sazon no llegaba á los cuatro años de edad, bajo la tutela y gobierno de su madre doña Mariana de Austria y de un consejo de rejencia compuesto de seis miembros con voz consultiva.

Mas funesta que cuantas la habian precedido la menoria de Cárlos II condujo á España al estremo de la miseria y de la abyeccion. Ultrajada indignamente por Luis XIV; saqueadas sus colonias por enjambres de piratas; amenazada por el Portugal, cuyas armas alentadas por Francia é Inglàterra, habian penetrado hasta el corazon de la península obligando al gobierno de Madrid á reconocer su independencia y la soberanía de la casa de Braganza; vencida su bandera, pero

no humillada, en Flandes; viendo rebelársele la Sicilia, y á los franceses hacerse dueños de Cataluña, España, que habia perdido sucesivamente la nobleza que le dieron los Reyes-Católicos, la gloria, el poder, la gravedad y la cultura que le dieron Cárlos I y los Felipes II, III y IV estaba en el principio del fin de su grandeza, como primera potencia de Europa.

Y entre tanto el vértigo de la corrupcion se habia apoderado de todos los corazones, y parecian completamente dormidos, tomando ejemplo de la incuria del monarca, todos los sentimientos nobles y levantados que hicieron en otro tiempo del carácter español el espejo donde se miraban todos los grandes hombres estranjeros. La córte dividida en dos partidos, al frente de uno de los cuales se encontraba la rejente, mas alemana que española, aconsejada por su confesor el jesuita aleman Everardo Nithard, y del otro D. Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, que aunque con menos jénio que el de Lepanto, era muy popular en España, la córte, repetimos, daba el triste espectáculo de una lucha incesante entre opuestas y bastardas ambiciones; lucha de intrigas y de miseria, que aumentaban los grandes riesgos de dentro y de fuera y aceleraba el desmoronamiento de la gran monarquía que habia llenado con su nombre todo el siglo XVI.

No fué mas afortunada España en los tiempos que sucedieron á los de la menoría de Cárlos II.

Aquella sombra de rey sentado en un trono que se habia apoyado en dos mundos, dió lugar con su ineptitud á nuevas guerras entre España y Francia, en las que, si bien la justicia estaba de su parte, la fortuna continuó vuelta las espaldas á nuestras armas, que sufrieron inmensos y trascendentales reveses hasta dentro del mismo suelo español, donde los franceses llegaron á dominar la provincia de Cataluña en términos de que se la juzgase tanperdida como el Portugal.

Por fortuna, la paz de Ryswick puso fin en 1697 á tantos desastres, y la Europa cansada de tan prolongadas y sangrientas guerras celebró con júbilo el acontecimiento.

No bien se hubo firmado la paz comezaron á formarse sobre los horizontes de España gruesos nubarrones presajio de nuevas tempestades. Cárlos II, á pesar de haberse casado dos veces, no tuvo hijos de ninguna de sus dos mujeres; y es mas, su estado enfermizo, ó acaso un defecto orgánico, quitaba toda esperanza de que los tuviese. Así, pues, la gran cuestion de aquellos tiempos era la sucesion de la corona castellana, que consistia en los reinos de España y Nápoles, la Cerdeña, Sicilia, Milanesado, los Paises-Bajos y las inmensas colonias en ambas Indias. Pretendientes á ella eran todos los príncipes que podian probar que corria por sus venas una gota de sangre de Cárlos I. El rey de Francia Luis XIV aducia en favor de su nieto el duque de Anjou los de-

rechos de su esposa Maria Teresa, hija primojénita de Felipe IV; el emperador Leopoldo como gefe de la casa de Austria y como esposo de la hija segunda de aquel mismo rey; el hermano de Luis XIV como hijo de Ana de Austria, hija de Felipe III; el archiduque Cárlos, hijo del emperador Leopoldo y de Maria Ana de Austria, hija segunda del tercer Felipe, y Victor Amadeo, duque de Saboya, descendiente de Cárlos Manuel, su segundo abuelo casado con Catalina, hija de Felipe II.

La córte de Madrid era el centro donde se ajitaban todos los manejos é intrigas de los pretendientes, buscando cada uno en ella todo el apoyo é influencias que necesitaba. La reina y la mayor parte de los cortesanos eran adictos al partido del emperador; pero Luis XIV minaba hábilmente la influencia austriaca por medio de su embajador el entendido conde de Harcourt y del marqués de Trocy. La España habia llegado á un estremo tal de postracion y miseria, que en 11 de octubre de 1698, pudieron reunirse en el Haya los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra y Holanda, para *repartirse la grande monarquía de Cárlos I* entre todos los pretendientes que aspiraban á la sucesion de Cárlos II. La muerte del hijo del elector de Baviera (febrero de 1699) dejó frente á frente al Austria y á la Francia en esta árdua cuestion, é hizo caducar el reparto de España hecho en el Haya. Pero en 3 de marzo de 1700 abriéronse nuevas conferencias

en Lóndres por los plenipotenciarios que se reunieran en el Haya, las que tampoco tuvieron resultado por haberse negado el emperador á firmar ningun convenio, diciendo que toda la monarquía española correspondia á su rama, con arreglo al testamento de Felipe IV.

Indignada España y enrojecidas las mejillas, apremió al rey para que designase sucesor. Cárlos II sometió el asunto al Consejo de Estado, y este y los magnates dieron su dictámen favorable á la casa de Borbon.

Cárlos II falleció el dia 1.° de noviembre de 1700, terminando con él la dominacion de la dinastía austriaca, que principió grande como ninguna con el nieto de los Reyes-Católicos, y terminó dejando á España exhausta de poblacion, falta totalmente de recursos, pobrísima de industria y de comercio, y puesta á contribucion por los contrabandistas, los corsarios y los piratas franceses, ingleses y holandeses. Muchos políticos de aquellos tiempos creyeron que la raza española habia dejado de existir.

Llamado por el testamento de Cárlos II, el duque de Anjou, hijo segundo del delfin de Francia, hijo de Luis XIV, á la corona de España, fué proclamado con jeneral regocijo en todas las ciudades de la monarquía con el nombre de Felipe V de Borbon. Muy luego fué reconocido por el Portugal, la casa de Saboya y algunos príncipes de Alemania, y aceptado, aunque no con franqueza, por la Inglaterra y la Holanda. Solo el emperador

Leopoldo se negó resueltamente á reconocerle, negando la validez del testamento de Cárlos. En su consecuencia preparóse para conquistar la sucesion de España, aprovechando la irritacion que en las potencias marítimas habia causado el anciano Luis XIV, con la brusca invasion de los Paises-Bajos, con los perjuicios ocasionados al comercio ingles mandando cerrar á los buques ingleses y holandeses los puertos de España, y con haber cometido la imprudencia de reconocer al hijo del destronado rey de Inglaterra Jacobo II, como lejítimo rey de la Gran-Bretaña; acto que el pueblo inglés miró como un ultraje y y como un atentado contra sus derechos é independencia.

De estos y otros errores políticos resultó una guerra general entre Inglaterra, Alemania, Holanda, Portugal y Prusia de un lado, y del otro Francia y la mayor parte de España; guerra que declarada en la dieta de Ratisbona, fué publicada en un mismo dia (15 de mayo de 1702) en Lóndres, Viena y el Haya contra Luis XIV y Felipe V, como usurpadores del trono de España, y guerra, en fin, de cuyos sangrientos estragos se libró Andalucía, á pesar de haberse mostrado sinceramente adicta á la causa de Felipe V, si bien estuvo amenazada de repetidas invasiones, y vió sus costas saqueadas y las aguas de los mares que las bañan, teñidas de sangre.

Es así que las potencias coaligadas contra Felipe V, considerando á Andalucía coma la llave

del reino, creian que ocupadas sus provincias, seria cosa fácil lanzar de España la casa de Borbon. En tal virtud, se dispusieron á acometer la empresa, y dieron comienzo á ella enviando á Cádiz un holandés para dar aviso á los negociantes estranjeros, que residian en España, á fin de que retirasen sus efectos, y que reconociese al mismo tiempo el estado en que se encontraban sus plazas y fortalezas, la riqueza y situacion de sus pueblos, el carácter de sus habitantes, y el número y calidad de los parciales que en estas provincias tenian los austriacos. Cumplió fielmente el holandés su encargo, «y para hacerlo «mejor pasó á la córte, donde le dió hospedaje en «su casa el ministro de Holanda. Allí tomó mas «exactas y verdaderas noticias de todo, y com«prendió que el descontento público era provo«cado mas bien por aversion al Gobierno que al «rey. Trató familiarmente con el Almirante de Castilla (conde de Melgar). «Este le alabó la An«dalucía, y no calló el descuido y abandono de «las plazas, cuyas fortificaciones no eran de la «moderna militar arquitectura, y presentó al «holandés un mapa de España, exactamente de«lineado, esplicándole la topografía del lugar, con «todas las circunstancias que pudieron hacerle «capaz de lo que pretendia inquirir.»

«El holandés regaló al Almirante un reloj de «repeticion, y le dijo: *Acordaos de mí cuando «suene la hora....* Así se tramó una tácita con«jura, comprendiendo el *forastero explorador*

«*que se debia atacar la Andalucía,* y que no se-«ria el Almirante el postrero en declararse por «los austriacos: así se lo refirió á su vuelta al «gobierno de Holanda, quien lo participó al rey «Guillermo con menos secreto del que era menes-«ter, porque lo penetraron los franceses, y em-«pezaron á desconfiar mas del Almirante.» *(Comentarios de la guerra de España,* por el marqués de San Felipe. T. 1.° p. 33.)

A pesar del inminente peligro que amenazaba á Andalucía, el gobierno de Madrid no parecia cuidarse de poner sus costas en estado de defensa, y dejó continuaran ruinosas y desguarnecidas sus fortalezas, sin provisiones sus almacenes, sin naves sus puertos, desiertos sus arsenales, vacíos sus astilleros y completamente falto de tropa el país.

Así las cosas, en el mes de julio de 1702, apareció en los mares de Andalucía una escuadra anglo-holandesa fuerte de cincuenta y cuatro buques de guerra y numerosos trasportes con 14,000 hombres de desembarco, al mando del general en gefe duque de Ormond y de los almirantes sir Jorge Rooke, inglés, y Allemond, holandés. El objeto de la expedicion era apoderarse de Cádiz y sus puertos vecinos, y establecidos allí como base y centro de operaciones, derramarse por la tierra, á fin de producir un alzamiento general del país contra Felipe V. Este plan habia sido fraguado por el príncipe Darmstad, general de los ejércitos imperiales, que desde Lisboa fué á in-

corporarse á la escuadra, y el almirante de Castilla, conde de Melgar enemigo del gobierno de Portocarrero, y magnate de grande influjo en Andalucía.

Mandaba á la sazon las costas de Andalucía, como capitan general, D. Francisco del Castillo, marqués de Villadarias, quien tenia á sus órdenes por todo ejército para la defensa *un cuerpo de* 150 *infantes veteranos y* 30 *caballos....!* La guarnicion de Cádiz no llegaba á 300 hombres, y en todo aquel territorio no habia almacenes ni armas para dar á las milicias urbanas, única fuerza disponible, que no tenia instruccion ni disciplina militar. La noticia de este suceso conmovió hondamente á España y llenó de sobresalto la córte, mas no el ánimo varonil de la reina doña Maria Luisa de Saboya, gobernadora del reino en ausencia del rey, la cual con un valor é intelijencia superior á su sexo y edad, reunió inmediatamente el Consejo y ministros del gobierno, ofreció sus joyas para atender á los gastos de la guerra, y se manifestó dispuesta á ir en persona á Andalucía, y morir si necesario fuese por salvar estas provincias. Su ejemplo inflamó el patriotismo de los indolentes ó ineptos ministros, y todos hicieron un donativo voluntario para acudir á los gastos de aquella guerra.

Por su parte la nobleza toda de Andalucía se armó entusiasmada para la defensa comun. El obispo de Córdoba ofreció un rejimiento de infantería equipado á su costa, y el arzobispo de Sevi-

lla todos los frutos y rentas de su arzobispado: en suma, nobleza, clero y pueblo todos empuñaron las armas, todos ofrecieron sus vidas y haciendas sobre el altar de la pátria «dando el ejemplo de la fidelidad mayor y del mas eficaz deseo de defender á Felipe V.»

«A 24 de agosto la escuadra anglo-holandesa dió fondo fuera de la bahía de Cádiz. Las naves se estendieron por la costa; unas echaron el ancla y otras se mantenian á la capa ó bordeaban lentamente. El primero que saltó en tierra fué el príncipe Darmstad, diciendo con arrogancia: «*Juré entrar por Cataluña en Madrid, ahora pasaré por Madrid á Cataluña.* Remitió luego varias cartas al marqués de Villadarias y á don Feliz Vallaró, que mandaba la caballería, y con quien habia tenido amistad en Cataluña. Eso mismo hizo el duque de Ormond al gobernador de Cádiz D. Scipion Brancacio. El objeto de estas cartas era tentar la fidelidad de aquellos caballeros con promesas y con amenazas; pero no surtió efecto el intento de seduccion, pues ofendidos aquellos pundonorosos gefes de que se les creyera capaces de semejante ruindad, enviaron las cartas á la reina.

«Quinientos ingleses entraron en Rota por traicion de su gobernador, quien tomó el partido de los enemigos, recibiendo del duque de Darmstad, en pago de su felonía, el título de marqués. Este ciego y acelerado premió otorgado en nombre del emperador era querer atraer

á los demas. Otro rejimiento desembarcó en el Puerto de Santa María, ciudad nó fortificada, y donde cometieron los mas enormes sacrilejios, juntando la rabia de enemigos á la de herejes, pues no se libraron de su furor los templos ni las sagradas imágenes. Su principal objeto era ganar á Cádiz, y lo intentaron acercándose de Rota á Matagorda, una de las fortificaciones esteriores mas importantes, conceptuando que tomado este castillo les quedaria franca la entrada del puerto. Al efecto echaron á tierra seiscientos hombres, abrieron trincheras y montaron su artillería para batirlo; pero el vivo fuego de este castillo combinado con el del fuerte de Puntales hizo infructuoso el ataque.

«No menos resistencia opusieron las galeras de España y Francia, mandadas por el conde Fernan Nuñez que acoderadas dentro del puerto dirijian el fuego de sus cañones sobre las trincheras enemigas, que por estar abiertas en arena eran fáciles de arruinar. Mandaron un refuerzo de dos mil ingleses para defenderlas y repararlas; mas no lograron su objeto, porque la buena puntería de los artilleros de las galeras no daba lugar á que se perfeccionasen los trabajos.

«En este estado permanecieron algunos dias, no atreviéndose el enemigo á penetrar tierra adentro, porque el marqués de Villadarias con la poca gente que tenía movíase tanto y usaba de tales estratagemas que la escuadra aliada llegó

á creer que tenia un numeroso ejército acampado á su frente. Durante la noche encendía hogueras á varias distancias y por el dia hacia recorrer la orilla del mar por pelotones de caballería veterana y del país para oponerse al desembarco de cualquiera fuerza. Ademas los aliados no podian saber la verdad de lo que pasaba en tierra, tanto porque no lograron ver un solo desertor, cuanto porque los naturales se mantenian fieles á su deber; y si alguna vez podian hablar con algun paisano, este encarecía su amor al rey y exajeraba los preparativos de defensa que tenian hechos los españoles.

«Ibáse haciendo tan comprometida la situacion de los anglo-holandeses frente al Castillo de Matagorda, asaltados todas las noches en sus trincheras por las tropas del marqués de Villadarias, y cañoneados sin cesar desde las galeras y los fuertes, que se vieron obligados al fin á renunciar á la empresa, y se retiraron hácia Rota. Emprendieron tan precipitada y desordenadamente este movimiento, que sufrieron grande estrago, acosados por las milicias del país, que los persiguieron espada en mano hasta la orilla del mar, donde se arrojaban desesperados; tal pánico se habia apoderado de ellos. Seiscientos ingleses fueron acuchillados en tierra, y otros muchos se ahogaron haciendo volcar las lanchas en que se embarcaban sin órden ni obediencia para acogerse á sus navíos.

«Recobróse Rota, cuyo desleal gobernador

fué hecho prisionero y mandado ahorcar por el marqués de Villadarias. Perdida Rota, los ingleses abandonaron á Santa María despues de saquear bárbaramente el pueblo. Viendo cuán difícil les era mantenerse en tierra, los almirantes enemigos resolvieron apoderarse á toda costa del puerto. Los nuestros habian tenido la precaucion de cegar la entrada echando á pique dos grandes navíos viejos llenos de piedras, y tendiendo una cadena de vigas y gruesos maderos enlazados. Los ingleses intentaron romperla lanzando impetuosamente contra ella dos navíos. Diéronle dos embestidas sin lograr romperla, sufriendo grandes averías á resultas del choque y del certero fuego de los cañones que montaban las fortificaciones exteriores de la ciudad; visto lo cual renunciaron á sn intento.

«Convencido el duque de Ormond de lo infructuoso de los ataques, acordó desistir de la empresa; mas antes reunió el consejo de guerra para oir su dictámen. Opúsose á la retirada el príncipe Darmstad, y hubo con tal motivo una acalorada disputa entre los dos gefes principales de la expedicion. Acusóle el general inglés de necia credulidad, y de haber dado falsos informes á los príncipes de la Liga, respecto al gran número de parciales que tenía en España el archiduque Cárlos, cuando la verdad era que en todo el tiempo que habian permanecido delante de Cádiz no se les habia presentado uno solo. El de Darmstad le contestó: «Que las obras grandes no

se hacian en pocas horas; que se debia desembarcar toda la gente, y marchando por tierra al puente de Suazo, ocuparlo, y apoderarse de la isla de Leon, donde se levantarían trincheras contra la ciudad, que podia sitiarse perfectamente, y rendirla hasta por hambre pues no estaba abastecida: Que debian batirse las galeras desde tierra, y echarlas á pique, y montar mejores baterías contra Matagorda para hacerse dueños del puerto. Por último, que debia marcharse sobre Sevilla y demas ciudades importantes de Andalucía, en la seguridad de ocuparlas fácilmente, dado que en toda España no habia tantos soldados como los que ellos traian embarcados en los navíos.» Y concluyó diciendo: Que si los parciales del archiduque no se habian presentado hasta entonces, debido era á que no se habia hecho ningun alarde de fuerzas que diese ánimo á los que temen correr los riesgos de un peligro cierto.

«El duque de Ormond convocó los pilotos y capitanes de los navíos, y preguntóles si podria permanecer la escuadra en aquellos mares sin puertos, qué riesgos habia que correr para ganar la tierra y qué número de fortalezas impedian poderla poner en seguro. Los consultados respondieron: «Que aquella costa era la mas brava y tempestuosa de España, donde el Océano bajaba impetuoso al Mediterráneo enderezándose al Estrecho; que no se podia fiar solo en las áncoras la seguridad de las naves, y mucho menos si

corriese furioso el poniente: y así, que el riesgo aumentaba en proporcion á lo que se dilatase la partida; que entrar en el puerto rompiendo la cadena, era imposible, sin rendir antes á Matagorda y el Puntal, y que aun despues de eso padecería mucho la escuadra con los fuegos de los baluartes de la ciudad.»

«De este mismo dictámen fueron los marinos holandeses; oido lo cual, el duque de Ormond mandó levar anclas y dar la vela (31 de agosto) rumbo hácia el Cabo de San Vicente. Indignado el príncipe Darmstad, escribió á Lóndres y á Viena contra el gefe inglés, acusándole casi de traidor y de inteligencia con el francés. El duque Ormond esplicó su conducta, y motejó á Darmstad de embustero y de crédulo: «Porque no se habian hallado los parciales austriacos que tanto habia decantado, ni se habia adherido español alguno á su partido, salvo el gobernador de Rota por necesidad y frajilidad de ánimo, y esto despues de haber sido hecho prisionero: Que se habia declarado toda Andalucía por Felipe V y que en término de pocos dias hubiese juntado muchedumbre de gente armada, que aunque poco perita, el conocimiento del país la hacía formidable, y que en defensa de su pais cada uno sabía ser soldado: Que por eso no habia querido aventurar los soldados penetrando tierra adentro: Que no era fácil tomar á Cádiz con ocho mil hombres, estando resuelto su gobernador á defender la ciudad hasta el último extremo: Que

ademas no podian entrar las naves en el puerto; y finalmente, que el éxito de la expedicion se fundó en las inteligencias que Darmstad suponía tener en el país, cuando estas no existian, hasta el punto de que el mismo almirante de Castilla habia sido el pirmero en ofrecer sus servicios á la reina para defender las Andalucías, por lo cual no le habia parecido conveniente proseguir una guerra donde los alemanes hacian gastarse inútilmente á sus aliados.» Estas razones de Ormond fueron tenidas por buenas en Inglaterra y en Holanda: mas no en Viena donde se creyó que los ingleses y holandeses no querian hacer la guerra de veras.» (San Felipe. Comentarios T. I. pájs. 76 á 84).

Dos años despues (1704) las costas de Andalucía volvieron á ser teatro de otra empresa marítima no menos ruidosa que el ataque de Cádiz, é infinitamente mas funesta para la dignidad de la pátria y la integridad del territorio español.

Ardia sin trégua la guerra en los Paises-Bajos, en Alemania y en Italia por causa de la sucesion á la corona de Castilla. Estaba de regreso en España Felipe V vencedor de los austriacos en las orillas del Pó. El rey de Portugal habia hecho alianza con los enemigos de la nueva dinastía, y recibido en Lisboa al archiduque Cárlos de Austria, que llegó con una escuadra inglesa y se hizo proclamar soberano legítimo de España con el nombre de Cárlos III (Mayo de 1704): habíase, en fin, vencido la primer campaña de aquella guer-

ra contra los portugueses en la que Felipe V acaudilló el ejército español en persona, cuando en fines de Junio se presentó por segunda vez delante de Cádiz el principe Darmstad con una escuadra inglesa, procedente de Barcelona, donde habia hecho una tentativa infructuosa para apoderarse de aquella importante plaza.

Dice el marqués de San Felipe, que en Cádiz se habia tramado una conspiracion para franquear una puerta de la plaza á los aliados despues que ocupasen el baluarte de San Felipe, y que este fué el motivo de su presencia en aquellas aguas. Dispuesto lo tenian todo para verificar la sorpresa, mas llegado el momento de dar el golpe, «faltó el valor y gente, porque eran pocos los que á esta ruindad consentian.» Despechados los aliados con este segundo fracaso de sus proyectos sobre Andalucía, repasaron el Estrecho, y cayeron sobre Gibraltar, noticiosos de que aquella importante plaza, llave de los dos mares se encontraba descuidada y falta de guarnicion. Su gobernador D. Diego de Salinas solo tenia para su defensa *ochenta soldados,* y treinta caballos para guardar la costa.

El dia 2 de Agosto de 1704, acoderóse la escuadra aliada delante de la plaza, y adelantó cuatro balandras armadas de morteros que empezaron muy luego á bombardear la ciudad, en tanto que cuatro mil hombres de desembarco marchaban para escalar sus murallas. Falto el gobernador Salinas de artilleros y de municiones, te-

niendo cortada por los enemigos toda comunicacion con tierra y sin esperanza de humano socorro, resistió, sin embargo, dos dias los recios ataques de fuerzas tan inmensamente superiores, y solo se rindió bajo las honrosas condiciones de una capitulacion que dejaba á cubierto el honor de la bandera y su responsabilidad como gefe, y que aseguraba á los habitantes su religion, bienes, casas y privilegios.

Dueños los aliados de aquella importante fortaleza merced á la incalificable incuria del gobierno español, el príncipe de Darmstad proclamó al rey Cárlos de Austria y plantó su bandera en las murallas de la plaza. Sin duda que este caso debia tenerlo previsto la astuta y previsora política inglesa, y dado respecto á él instrucciones reservadas á su almirante Rooke, cuando los ingleses se amotinaron arrancaron la bandera del pretendiente austriaco, y plantaron la de su nacion, proclamando á la reina Ana en cuyo nombre se confirmó la posesion de Gibraltar por Inglaterra, (4 de agosto) que esperaba á balancear por este medio la influencia francesa en la península Ibérica. *Esta fué*, dice el marqués de San Felipe *la primera piedra que cayó de la monarquía española; chica pero no de poca consecuencia.*

Comprendiendo los ingleses que para dominar completamente el estrecho no les bastaba la plaza de Gibraltar, proyectaron apoderarse de Ceuta. Treinta años hacia á la sazon, que el em-

perador de Marruecos la tenia sitiada cuando se presentó ante sus muros la escuadra inglesa. No se dejó intimidar por lo formidable de la doble acometida su bizarro gobernador el marqués de Gironella, quien auxiliado por el obispo Don Vidal Marin, hizo tan valiente defensa así contra los moros como contra los ingleses, que estos perdida la esperanza de vencer, levaron anclas y se hicieron á la vela hácia el Mediterráneo, para reunirse á una escuadra holandesa y combatir una poderosa armada francesa fuerte de cincuenta y dos navios, que al mando del conde de Tolosa habia salido de Tolon, y llegado á Málaga en el mes de agosto, con órdenes de su gobierno de espulsar á los ingleses del Mediterráneo sin reparar en peligros.

Avistarónse las escuadras enemigas en las aguas del estrecho; mas permanecieron dos dias casi en completa inaccion por falta de viento. En la amanecida del dia 23 de Agosto, observaron los marinos ingleses una nubecita que precedia al sol, anuncio de levante. Alegrarónse con una señal que les aseguraba el barlovento, y en su vista hicieron fuerza de vela para buscar el orígen del viento, y ponerse en posicion de entrar con ímpetu en la bátalla. Favorecíalos además la corriente, en tanto que la escuadra francesa permanecía en calma, por no llegar hasta ella el poco levante que corria. A la puesta del sol refrescó el viento en términos de que el conde de Tolosa tuvo algun trabajo para mantenerse

en aquellas aguas durante la noche; poco antes de amanecer se hizo á la mar ancha, navegando de bolina para que no se creyese que huia; se halló en las aguas de Málaga al amanecer, á cuya hora entablóse un fuerte levante que aprovecharon los ingleses para salir á toda vela sobre sus enemigos.

La escuadra anglo-holandesa al mando del almirante Rooke, constaba de ciento diez y ocho buques de todos tamaños; la francesa de ciento ocho de diferentes portes. Los coaligados vinieron al combate ordenadas sus naves en dos líneas; en el centro de la primera formada de setenta y ocho buques estaba la Real de los ingleses teniendo á su derecha la del almirante holandés Allemond: la de los franceses se ordenó en idéntica formacion, teniendo en su segunda línea cuarenta galeras de España y Francia. El movimiento de las olas contrario al viento, retardó algunas horas el combate, pero los marinos las aprovecharon para entrar mejor en él.

Por fin, pusiéronse á tiro, y casi á un mismo tiempo dieron los almirantes la señal de acometer, sacando las espadas; á ella respondieron todos los buques de ambas escuadras rompiendo un horroroso fuego de cañon. En un principio padecieron mucho las naves francesas, tanto que siéndoles contrario el viento, no podian afirmar su puntería, cuanto porque el humo de los disparos que penetraba por las portas y envolvía los buques tenía ciegos á los artilleros. Esto visto,

el conde de Tolosa hizo señales para que sus barcos estrechasen la línea y llegasen al abordaje; pero el inglés no queriendo desaprovechar las ventajas de su situacion mandó prolongar la suya y pelear solo con el cañon. Maniobrando con destreza consiguió el conde de Tolosa acercarse á tiro de pistola de la real holandesa; mas cuando ya creia próximo el abordaje, amainó el viento, obligándole á renunciar á su propósito, y á virar despues de haber abrasado el buque enemigo á cañonazos.

Entretanto el ala derecha de la escuadra francesa sufría tantos estragos que las galeras de la segunda línea no se daban un momento de descanso en sacar naves maltratadas y conducir otras á la línea de combate. Lo mismo acontecía en la anglo-holandesa; de manera que de tantos buques como reunian las dos armadas, ni uno solo dejaba de tomar una parte mas ó menos directa en aquel mortífero combate. «Tiñóse el mar; dice el marqués de San Felipe; y manchadas las naves de la vertida sangre, hizo la fortuna escarnio de los mortales. Veíanse afeados los rostros, ó ciegos, ó desmembrados y hechos pedazos os míseros combatientes; todo era horror, y hasta el aire, cubierto de una espesa nube de humo, casi prohibía la batalla. Mucho trabajaron los pilotos para conservar la línea, y mucho mas los ingleses porque el mismo favor del viento los empujaba sobre los buques enemigos. El conde Tolosa, que lo deseaba para llegar al aborda-

je, se mantenia á la capa. A puestas del sol embravecióse el mar, y arreció el viento en términos que los navíos ingleses tuvierón que aferrar las velas, retirar el centro de su línea y replegar sus alas, maniobrando con mucha precaucion para no ser arrastrados hácia tierra; la francesa no pudiendo resistir la fuerza del viento, y temiendo el mismo peligro torció el timon y navegó á orza. El temporal que se echó encima y la proximidad de la noche, pusieron fin al combate; si bien los buques no cesaron de hacer tronar su artillería mientras pudieron verse á la luz del crepúsculo.

Así quedó indecisa la victoria. La escuadra francesa tuvo mil y quinientos hombres fuera de combate; y si bien no perdió ningun buque, quedaron todos tan maltratados que á no haber tenido cerca el puerto de Málaga muchos se hubieran ido á pique. La anglo-holandesa perdió tres navios, y tuvo ochocientos muertos y gran número de heridos, muchas naves destrozadas y algunas que pudieron dar por perdidas. Al amanecer del dia siguiente la escuadra aliada se encontró en las mismas aguas de Málaga, y no hallando en ellas á los franceses, el almirante Rooh se atribuyó el triunfo. Sin embargo, el conde de Tolosa hizo cuanto pudo para renovar el combate; mas impidióselo la fuerza del viento que obligó á los ingleses á echarse hácia la costa de Africa; donde tampoco pudieron permanecer, saliendo de aquí rumbo al Es-

trecho para buscar un abrigo y reponer sus averias en los puertos de Gibraltar y Lisboa.

Tal fué el célebre combate naval de Málaga, que duró trece horas contínuas del dia 24 de Agosto de 1704. (Marques de S. Felipe.)

El conde de Tolosa se volvió con su escuadra á Tolon; mas no queriendo dejar completamente infructuosa aquella empresa marítima, envió doce navios con tropa y artilleria, al mando del baron de Pointy, para reforzar al marqués de Villadarias que acudiera, aunque tarde, en socorro de Gibraltar. El capitan general de Andalucía alentado con este refuerzo y con el de la gente que le llevaron el marques de Aytona, el conde de Aguilar, el de Pinto, el duque de Osuna y varios grandes de Andalucía, emprendió formalmente el sitio de la plaza de Gibraltar, que el príncipe Darmstad defendia con una numerosa guarnicion inglesa despues de haber reparado y aumentado sus fortificaciones. Prolongóse el sitio hasta la mala estacion; vinieron las lluvias, las privaciones y las enfermedades á diezmar el campamento español, lo cual movió á los oficiales generales á celebrar un consejo de guerra para acordar el levantamiento del sitio. Opúsose el marques de Villadarias, y escribió al rey que pensaba tomar la plaza en pocos dias. Pidió Felipe V nuevos y mas ámplios informes, y se convenció que el capitan general ofrecia mas de lo que podia cumplir.

Por este tiempo (noviembre de 1704, llegó á

Madrid el mariscal de Tessé á reemplazar al duque de Berwik en el mando superior del ejército, y á este general frances encomendó el rey el asunto del sitio de Gibraltar. En su consecuencia el de Tessé pasó á principios del año siguiente á reconocer el estado y trabajos del sitio, y viendo las fatigas y penalidades que pasaban los sitiadores, en tanto que los sitiados dueños del mar recibian con facilidad toda clase de socorros, desesperó de reconquistar la plaza, mas no quiso abandonar la empresa sin intentar un postrer esfuerzo. Al efecto mandó venir cuatro mil hombres de Castilla, y con ellos y las demas fuerzas de que podia disponer, determinó dar un asalto general el dia 7 de febrero. El ataque tuvo un resultado deplorable, para las armas españolas, con lo cual y perdida toda esperanza de triunfo, el mariscal de Tessé renunció á continuar un sitio que tantos hombres y caudales españoles habian consumido infructuosamente.

Tales son en sustancia, los sucesos mas señalados que tuvieron lugar en Andalucía durante los primeros años de la guerra de sucesion. El pais, como se vé, se mostró desde luego profundamente adicto á la causa de Felipe V y no desmintió ni un momento su adhesion en todo el trascurso de aquella prolongada y sangrienta guerra civil, que tantos desastres ocasionó en los antiguos reinos de la que fué corona de Aragon. Providencial fué el que de ellos se librasen

los de Andalucía, pues era opinion general entre los partidarios de la causa de Austria en España, que el medio mas seguro para dar un golpe mortal á la casa de Borbon, y coronar en Madrid al pretendiente austriaco, era apoderarse de las Andalucías, puerta la mas ancha para entrar en Castilla, y derribar la monarquía de Felipe V; «Porque en ellas estaban Cádiz y Sevi-«lla, emporios de la riqueza de América, la cual «obedecería á quien fuese dueño de estas ciuda-«des; quitándole así de un solo golpe al rey Feli-«pe, y sin gastos ni guerra alguna, las Indias «y el mantial de cuanto oro y plata se gastaba «en aquel tiempo en el mundo. Que el rey Cár-«los III de Austria deberia poner la córte en Se-«villa, lugar acomodado para el comercio de los «ingleses y holandeses; que era evidente, que «ganada Andalucía á la causa de Cárlos, Felipe «no tendria dinero ni caballos para formar sus «ejércitos, y por último, que si el rey don Cár-«los llegaba á Madrid por el Guadalquivir, el «Tajo y el Duero afirmaria su trono; pero que si «se encaminaba por el Segre y el Ebro, no po-«dria permanecer en él.» (Discurso del Almirante de Castilla en el Congreso de generales y diplomáticos reunidos en Lisboa (1705). (S. Felipe, T. I. p. 170.)

Desde esta fecha, pues, y salvos insignificantes episodios, puede decirse que Andalucía no figuró militarmente considerada, en la Guerra de Sucesion á la corona de España, que terminó

con el tratado concluido en Utrecht (1713) por todas las potencias beligerantes, menos el emperador. Tratado humillante para España que perdió la mitad de sus posesiones en el continente, quedando poco mas ó menos en el estado á que quisieron reducirla en vida de Cárlos II, los plenipotenciarios reunidos en el Congreso del Haya; es decir, desmembrada y reducida á potencia de segundo órden, ella que durante cerca de dos siglos habia sido el árbitro de los destinos de Europa.

En virtud, pues, de aquel célebre y para nosotros funesto tratado, la casa de Borbon obtuvo la España y sus colonias.

La de Austria, los Paises-Bajos, el Milanesado, Nápoles y la Cerdeña.

A la de Saboya se le concedió la sucesion eventual á la corona de España, y se le puso en posesion inmediata de la Sicilia.

A Inglatarra se le confirmó la posesion de Gibraltar, Menorca y Terranova, y se le dieron grandes ventajas comerciales.

Holanda obtuvo un cordon de plazas fuertes que la garantizasen contra toda invasion por parte de Francia.

El elector de Brandeburgo fué reconocido rey de Prusia.

Y, por último, quedó estipulado que las coronas de España y Francia no podrian reunirse jamás en una misma cabeza.

Las consecuencias que resultaron inmediata-

mente de la paz de Utrecht, fueron poner término á la antigua rivalidad entre España y Francia, que habia conmovido durante tantos años la Europa.

La cesion al Austria de las provincias que poseia España en los Paises-Bajos, de Nápoles, el Milanesado, etc., restableció el equilibrio europeo que Francia estuvo á punto de romper.

La Holanda de potencia marítima que hasta entonces habia sido, se trasformó en potencia continental, y esto fué en realidad el orígen de su decadencia.

Inglaterra adquirió una poderosa influencia en todos los asuntos del Continente, y España perdió la que había ejercido.

Sin embargo el tratado de Utrecht que restableció por algunos años la paz general en Europa, no puso término desde luego á la guerra civil que devastaba una de las mas bellas provincias de la península, puesto que hasta octubre de 1714, en que Barcelona, Cardona y Monjuich se rindieron á las armas de Felipe V, no se puede dar por concluida en España la guerra de sucesion.

En 1720, Sevilla, Cádiz, Málaga y todos los principales puertos de las costas de Andalucía viéronse de nuevo conmovidos con el ruido de las armas. El estraordinario movimiento de sus arsenales, la aglomeracion de tropas de infantería, caballería y artillería, y el acopio de pertrechos

que en ellos se hacian, alarmaron á todas las potencias, que temiendo la ejecucion de una séria empresa militar acometida por Felipe el Animoso, pasaron notas al gabinete de Madrid, para saber el destino qne España pensaba dar á aquellos formidables preparativos. Contestóles el rey que tenian por objeto acudir á la defensa de las posesiones españolas en la costa de Africa, y con esto se tranquilizaron.

Veinte y seis años hacia, desde 1694, que el emperador de Marruecos tenia puesto sitio á la plaza de Ceuta, por motivos no solo políticos sino qne tambien militares. Tenia el propósito de crearse un ejército á la europea; y al efecto, despues de tomar á sueldo multitud de oficiales de todas armas, procedentes de las naciones cristianas, emprendió aquel largo y porfiado sitio para hacer de él una escuela para sus soldados que al paso que se ejercitaban en la táctica de los ejércitos disciplinados se ensayaban en el arte de acampar, atrincherarse y sitiar las plazas en regla. De tal manera habian aprovechado los moros aquellos ensayos prácticos, que á la fecha en que Felipe V ordenó la expedicion, tenian construida una línea completa de fortificaciones al sur de Ceuta y abiertas cuatro paralelas, con comunicaciones, que cortaban la tierra de mar á mar en lo más angosto de la península.

Partió de Cádiz el ejército espedicionario á fines de octubre de 1720, mandada la escuadra por Don Cárlos Grillo, y las tropas de desembarco,

que ascendian á 16,000 hombres, por el marques de Lede. El dia 14 de noviembre estaba terminado completa y felizmente el desembarco de las tropas, y dispuesto todo para el ataque de las trincheras enemigas, que se verificó al amanecer del siguiente dia, saliendo de la plaza el ejército español formado en cuatro columnas de seis á siete batallones cada una, seguidas de otros tantos cuerpos de caballeria que caminaban por retaguardia á la derecha. Precedidas las columnas de las compañías de granaderos é ingenieros llegaron á tiro de las obras avanzadas de los sitiadores, en cuyo momento un disparo de cañon dió la señal del ataque.

Acometieron los españoles con tanto ímpetu á los moros que los desordenaron á la primera carga, obligándolos á retirarse de trinchera en trinchera hasta ampararse de su campo donde habia hasta 20,000 hombres defendidos con fosos y cortaduras. Allí se trabó la verdara batalla, que sostuvieron los infieles con bizarría, alentados con el esfuerzo de 2,000 negros de la guardia del emperador de Marruecos, que hicieron prodijios de valor. Cuatro horas consecutivas duró la batalla, y terminó con la completa derrota de los moros que huyeron en desórden los unos por el camino de Tetuan y los otros por el de Tánjer, siendo perseguidos estos últimos hasta un pequeño campo de caballería que tambien fué destrozado por el vencedor. Lo escabroso del terreno no permitió continuar la persecusion de

de los fugitivos. El ejército español quedó dueño del campo, donde cojió 29 piezas de cañon, cuatro morteros, otros tantos estandartes, una bandera y grande cantidad de víveres y municiones. Demoliéronse ejecutivamente todos los fuertes y atrincheramientos que durante veinte y seis años los moros habian construido delante de la plaza, terminándose así aquel largo y humillante sitio.

Este rápido y brillante triunfo que llenó de júbilo á toda la nacion española, causó viva inquietud á Inglaterra que temia algun peligro para su posesion de Gibraltar, y grandes contrariedades para su comercio de la costa de Africa. El rey Felipe V se apresuró á darle todo género de seguridades, comenzando por mandar retirar el ejército despues de dejar bien guarnecida la plaza de Ceuta; con lo cual se tranquilizó la recelosa y previsora Albion.

Tres años cumplidos despues de este fáusto suceso militar, sorprendió á toda Europa, y á España en particular, un acontecimiento por nadie esperado y que ninguno pudo esplicar satisfactoriamente, cual fué la solemne abdicacion que Felipe V hizo de todos sus reinos y señorios en su hijo primojénito Luis Fernando (10 de enero, 1724.)

El dia 9 de febrero del mismo año fué proclamado en Madrid con la pompa y solemnidades de costumbre el nuevo rey con el nombre de Luis I; quien á los siete meses de su reinado en el que la

nacion fundara las mas lisonjeras esperanzas, falleció de resultas de las viruelas (31 de agosto 1724) y su padre Felipe V volvió á tomar las riendas del gobierno.

En 1727, á consecuencia de la alianza ajustada el año anterior entre España, Austria y Rusia por medio del embajador holandes en Madrid, baron de Riperdá, la Inglaterra creyendo amenazados sus intereses políticos y comerciales, comenzó á hostilizar á España por mar sin prévio anuncio de sus intenciones; lo cual dió suficiente razon, á Felipe V para declarar abiertamente la guerra á la Gran-Bretaña, y comenzaron á hacerse preparativos para poner sitio á Gibraltar.

Con este motivo púsose Andalucía en armas, y muy luego vió reunido sobre su suelo un ejército de 20,000 hombres con todo el material necesario para emprender las operaciónes de tan importante sitio. Mas aquellos preparativos no correspondian á la magnitud de la empresa, así es que el decantado cerco se redujo á un inútil bombardeo. Sin embargo, las grandes potencias de Europa temerosas de que las diferencias entre España é Inglaterra tomasen tales proporciones que produjesen una nueva guerra general, se apresuraron á proponer un proyecto de pacificacion que afortunadamente fué aceptado sin dificultad por las naciones belijerantes y pusieron término á las hostilidades.

En su virtud, en 6 de marzo de 1728, firmóse en Madrid un tratado por el que se obligó Espa-

ña á levantar el cerco de Gibraltar, á restituir á Inglaterra las presas que le habia hecho, y á permitir á los ingleses el tráfico de negros en América, *que tanto codiciaban.*

En 1729, Felipe V dispuso hacer un viaje á Andalucía, con propósito de permanecer una larga temporada en estas provincias. Desde Badajoz donde habia pasado para verificar los casamientos del príncipe de Asturias con la infanta de Portugal, y el del príncipe del Brasil con la infanta de España D.ª Mariana Victoria, haciendo ruta por Lobon, Almendralejos, los Santos, Fuente de Cantos, Monasterio, Santa Olaya, y Castil-Blanco, llegó á Sevilla el dia tres de Febrero de aquel año. (Lustro de la córte en Sevilla.)

El recibimiento que la ciudad hizo al rey fué ostentoso, no perdonando sus autoridades y corporaciones civiles y religiosas sacrificio alguno para que las fiestas reales que dispusieron en obsequio del monarca, y de su real familia y córte que le acompañaban, fuesen dignas del objeto y de la opulencia de la capital de Andalucía. Cinco años (hasta mayo de 1733) permaneció Felipe V y la córte en ella, durante cuyo tiempo sucediéronse tan importantes acontecimientos como el tratado de alianza defensiva ajustado y firmado en Sevilla el dia 9 de noviembre entre España, Francia, Inglaterra y Holanda contra las pretensiones de la casa de Austria; la salida del infante D. Cárlos para Italia, donde mas adelante, en 10 de Abril de 1734, se coronó rey de las dos Si-

cilias, y otros señalados sucesos de los cuales daremos cuenta en la historia particular de nuestra Metrópoli y su provincia.

Durante los años siguientes hasta el del fallecimiento de Felipe V, las armas y la política española no se dieron un momento de descanso, pareciendo que habian vuelto los tiempos en que el emperador con sus proyectos de monarquía universal, y el *Demonio del Mediodia* con su sagaz y perseverante diplomacia se habian constituido en árbitros de Europa.

Llenaron cumplidamente estos últimos trece años la Guerra de Africa en la que las armas españolas al mando del conde de Montemar reconquistaron la importante plaza de Oran, é hicieron una demostracion infructuosa contra Argel y Mostagan: la de Sucesion de Polonia, en que lucharon españoles y franceses contra Rusia y Austria: las campañas marítimas entre España é Ingalerra por celos y rivalidades coloniales, el tratado de Fontaineblau, por el que se ajustó entre España y Francia un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que tuvo por inmediata consecuencia una guerra marítima en la que pelearon unidas las escuadras españolas y francesas contra los ingleses, y, por último, las guerras de Italia contra los imperiales para coronar rey de Nápoles al infante D. Cárlos, guerras que fueron desgraciadas para los ejércitos franco-hispanos, y en particular para estos últimos.

En 9 de julio de 1746 falleció Felipe V víctí-

ma de un ataque apoplético. Sucedióle su hijo Fernando, que, habia sido jurado príncipe de Asturias inmediatamente despues de la muerte de su hermano el rey don Luis I.

El reinado de Fernando VI, llamado con justicia el Marco Aurelio español, por su amor al pueblo, fué arto breve para la felicidad de nuestra lacerada pátria. Hé aquí la verídica y sumaria descripcion que nos hace de él un historiador de nuestros dias.

«Si la grandeza de un monarca consiste en esprimir todo el jugo posible de las haciendas de los súbditos, en reunir á estos en numerosos rebaños, y llevarlos á morir á los campos de batalla para gloria del soberano, Fernando VI no fué grande. Pero si hay grandeza en que un rey se compadezca de los males de sus pueblos, en que no sirva sino para darles felicidad y bienandanza, en que les abra todos los caminos que conducen al bienestar y á la dicha doméstica, en que bendiga á á Dios viéndolos alegres, en que lamente sus desgracias y tome parte en su llanto, en que sea económico no para atesorar riquezas sino para no prodigar el fruto de los sudores de su pueblo, y en que vele al mismo tiempo por el honor de la nacion que le está encomendada logrando que la respeten los extranjeros; si en hacer todo esto hay grandeza ningun rey fué mas grande que Fernando VI. Todas las artes útiles promovió, todas le debieron notables adelantos. Abrió escuelas gratuitas de pintura, de escultura, de arquitectura

y de grabado; hizo establecer jardines botánicos; cuidó de la conservacion de los puertos del reino, para que no se dijese que su nacion era tributaria de la de Francia; mandó construir el castillo de S. Fernando de Figueras, modelo de fortificacion moderna, próximo á la frontera de aquel reino; protejió á los literatos ilustrados, como al maestro Feijóo; mandó abrir caminos y principiar canales; puso la marina española bajo un pié brillante; defendió con teson ante la córte de Roma los derechos del patronato real; entabló relaciones comerciales con las demás naciones, y en suma, procuró á los españoles todos los bienes que los hijos pueden prometerse de un padre cariñoso y amante de su prosperidad. Verdad es, que siguiendo las tradiciones de su padre, desconoció los derechos que correspondian á las Córtes del reino; pero si algun gobierno mereció jamás un voto omnímodo de confianza, indudablemente fué el suyo. En ningun tiempo fué España tan independiente como durante su reinado. Su sepulcro debiera ser conservado en medio de un jardin y siempre rodeado de flores.»

En medio de aquella envidiable paz y creciente prosperidad que bajo el cetro de tan benéfico monarca disfrutaban todas las provincias de la nacion, Andalucía, una de las rejiones mas beneficiadas por aquel estado de cosas, puesto que á las causas jenerales de bienestar unia la de ser el centro del gran tráfico que se hacia entre la Península y sus colonias de América, vióse

azotada por dos grandes calamidades públicas que paralizaron durante largo tiempo el movimiento de su riqueza agrícola y comercial.

Fué la primera la pérdida de las cosechas que sufrieron sus pueblos en el año de 1751, tan completa y general, que se sintieron muy luego los horrores del hambre en el campo y en las poblaciones. Apresuróse Fernando VI á acudir en auxilio de estos desgraciados pueblos, enviando á Andalucía al marqués de Rafael para que sin pérdida de tiempo ni reparo en sacrificios socorriese cumplidamente á los labradores, á fin de que no se retardase la siembra. La segunda tuvo lugar cuatro años despues (1755.) Desde primeros hasta 17 de Noviembre experimentáronse tan espantosos terremotos en toda Andalucía, y particularmente en sus costas del Mediterráneo y Océano, que se arruinaron muchos pueblos, y sus habitantes aterrados huian por medio de los campos acometidos de vértigos incesantes, tan frecuentes y terribles eran las oscilaciones del terreno. En las costas crecia y se aplanaba el mar tan desmesuradamente, que unas veces parecia que iba á cubrir la tierra, y otras dejaba en descubierto inmensas playas donde quedaban los peces en seco. Las ciudades de Málaga, Marbella, Estepona, San Roque, Gibraltar, Aljeciras y Cádiz creyeron que iban á quedar sepultadas en el mar, y en Córdoba se llegó á temer la total ruina de la poblacion. Cuéntase que en algunos puntos las aguas del mar crecie-

ron sesenta piés mas alto que en las mareas comunes.

Aquel espantoso terremoto causó estragos todavía mas horrorosos en Lisboa, puesto que en los cinco minutos que duráron las oscilaciones de la superficie de la tierra, hundiéronse el palacio real, muchos edificios públicos y barrios enteros, bajo cuyos escombros quedaron sepultadas mas de quince mil personas, y entre ellas el embajador español y nueve personas de su servidumbre.

La noticia de aquel inmenso desastre llenó de congoja el generoso corazon de Fernando VI, quien envió comisionados á Andalucía y por todas partes, para prodigar socorros y consuelos á los infelices que habian sufrido las consecuencias de aquella tremenda catástofre; sin esceptuar al rey de Portugal, á quien ofreció por conducto del nuevo embajador, conde de Aranda, cuantos auxilios estuviesen en su mano.

Cuatro años despues, el dia 10 de agosto de 1759, falleció este magnánimo soberano en su palacio de Villaviciosa, donde se habia retirado transido de dolor por la muerte de su esposa doña Maria Bárbara de Portugal, que bajára al sepulcro en 27 de agosto de 1758.

A falta de hijo que le sucediese, nombró por su testamento heredero de su corona á D. Cárlos, su hermano que reinaba en Nápoles, y por gobernadora durante la ausencia del nuevo soberano, á la reina madre doña Isabel. En 11 de se-

tiembre se proclamó solemnemente al hermano de Fernando VI, con el nombre de Cárlos III, y á fines del mismo mes salió de Cartajena una escuadra de diez y seis navíos para conducirlo á España.

FIN DEL TOMO SESTO.

ÍNDICE DEL TOMO SESTO.

Páginas.

I.

Colon. 4

II.

Descubrimiento de América. 1492. . . . 22

III.

Gonzalo de Córdoba. 39

IV.

Sublevacion de los moros granadinos. 1499. 55

V.

Rebelion de las Alpujarras. 1500 á 1502. . 84

VI.

Reinados de Felipe el Hermoso y de Cárlos I. 1502 á 1560. 103

VII.

Levantamiento y guerra de los moriscos de Granada. 1569. 132

VIII.

Guerra de los moriscos de Granada. 1569 á 1570. (continuacion.) 155

Páginas.

IX.

Lepanto. Reincorporacion de Portugal. Desastre de la Invencible. 1570 á 1588. . 179

X.

Expulsion definitiva de los moriscos. La casa de Medina-Sidonia. 194

XI.

Separacion de Portugal. Conspiracion del Duque de Medina-Sidonia. 1640-1641. . 216

XII.

Cárlos II. Felipe V. Guerra de sucesion. Fernando VI. 1655 á 1759. 254